

# FRANCISCO

OPOSICIÓN  
A LA MAGIA

*seguido de*  
LA DOBLEZ

# PROAÑO ARANDI

Prólogo de  
Cristóbal Zapata

 FICCIÓN  
EQUINOCCIAL





Portada de la primera edición de *Oposición a la magia*, Editorial El Conejo-Oveja Negra, Bogotá, 1986

**Francisco  
Proaño Arandi**

**LA DOBLEZ**



PLANETA

Portada de la primera edición de *La doblez*, Editorial Planeta del Ecuador S.A., Quito, 1986. Diagramación: Silvia Almeida

OPOSICIÓN  
A LA MAGIA  
*seguido de*  
LA DOBLEZ

*Oposición a la magia seguido de La doblez*, de Francisco Proaño Arandi, es el segundo título de la colección «Ficción Equinoccial», un proyecto de la Casa Editora de la Universidad del Azuay dedicada al cuento ecuatoriano.

© Francisco Proaño Arandi, 1986, 2026

© Universidad del Azuay-Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-023-2

e-ISBN: 978-9942-54-024-9

EPUB: 978-9942-54-025-6

Concepto, edición y prólogo: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Juan Pablo Ortega

Revisión de textos: Silvia Ortiz Guerra

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

**Francisco Salgado Arteaga**

Rector

**Genoveva Malo Toral**

Vicerrectora Académica

**Raffaella Ansaloni**

Vicerrectora de Investigaciones

**Toa Tripaldi**

Directora Casa Editora

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.*

Cuenca, Ecuador, 2026



**UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY**

Casa  
Editora

FRANCISCO

PROAÑO ARANDI

OPOSICIÓN  
A LA MAGIA

*seguido de*

LA DOBLEZ



FRANCISCO PROAÑO:  
MAGIA DEL ESTILO Y DEL ENIGMA

He aprendido a vivir en la periferia, o, por decirlo de algún modo, en el otro lado. Utilizo ahora, de manera deliberada, un lenguaje de alegoría, arcaico.

F. P. A.

**E**n los cuentos de Francisco Proaño Arandi todo parece gobernado por las leyes de la herrumbre y la entropía: mientras los personajes experimentan, muchas veces, un proceso de deterioro físico (con frecuencia causa, efecto o metáfora de cierta crisis emocional o deterioro moral), a su alrededor los escenarios y los objetos cotidianos parecen sufrir, también, una mutación secreta, una descomposición gradual hasta su explosión o acabamiento. De repente, el universo tangible empieza a tornarse inasible, evanescente y fantasmal; los cuerpos y las cosas comienzan a transformarse o diluirse atacados por fuerzas extrañas. En estas ficciones, las metamorfosis, el envejecimiento y la destrucción no son signos del tiempo sino, más bien, el efecto corrosivo de las múltiples expresiones del *pathos* y del mal, de una indagación poética en el otro lado de la realidad, más allá de las apariencias de la vigilia y la vida diurna.

El Quito de los ochenta es el telón de fondo de los dos libros de Proaño reunidos aquí, *La doblez* y *Oposición a la magia*, ambos de 1986. Estamos ante una ciudad que desde los años sesenta ha experimentado una transformación sustancial en su fisonomía y funciona-

miento urbano; innovaciones que acarrearán nuevas formas de habitar la urbe y que resquebrajan el rostro y las costumbres del pasado, esas «antiguas caras» (recordando el título de una de sus novelas) que se miran en un espejo en el que no se reconocen. Además, la ciudad se ha tornado mundana y nocturna. En «Caronte», uno de los cuentos de *Oposición a la magia*, el narrador-protagonista registra esos cambios:

Quizá recorría en su mente la ciudad, tal como era o fue hace muchos años, resurrecta sólo en su memoria [...] tal vez salía de un encierro de mucho tiempo y pugnaba ávida por encontrar esquinas o plazas que ya no existían.

La atmósfera de sospecha y tensión que domina el cuento «Difusos bajo una luz cegante» —donde una familia convive con el espectro del padre—, o el magnífico «Dispersión de los muros» —donde el «comité de adultos» de cierta localidad evita, a toda costa, la presencia de los niños en su jurisdicción, y activa alarmas ante cualquier rastro infantil—, podrían leerse como una alegoría de ese orden viejo, patriarcal, que no se resigna a desaparecer ante el advenimiento de los nuevos modos de relación y convivencia que impone la modernización de la ciudad; «porque la ciudad, afuera, es lo desconocido, *lo otro*». Con el ojo avizor de la literatura, Proaño parece diagnosticar el pánico a la otredad que padece (aún hoy) la urbe franciscana, e incluso anticipar las epidemias del futuro, como ocurre en «Proposición del enigma».

Lo cierto es que la ciudad, con su recién estrenada arquitectura brutalista, con la multiplicación caleidoscópica de sus ventanales, vitrinas y escaparates, parece

propensa al juego de los reflejos, las duplicaciones, las deformaciones y, por supuesto, a las trizaduras psíquicas y emocionales. Las ficciones de Proaño trabajan con la fragilidad y el espejeo de las superficies cristalinas, como aquella bombonera de «La doblez», o el laberinto de espejos de «De bicéfalos y otros», magistral relato sobre el carácter inestable y movedizo de la identidad individual, uno de los *leitmotivs* del autor.

A propósito de «La condena» de Kafka —autor referencial de Proaño—, Roberto Calasso anota: «En la narración nada se explica, pero se siente la presión de fuerzas enormes». De modo parecido, Proaño se cuida de explicar los fenómenos o anomalías que irrumpen en los cuentos, sabe guardar los resortes que desencadenan la trama —secreto de todo buen cuentista— y, en vez de nombrarlos, opta por aludirlos o insinuarlos, por hacerlos aparecer en una operación que tiene mucho de magia verbal, como un médium actuando eficazmente entre el mundo real y el mundo imaginado. Estas maniobras poéticas corresponden a un fabulador que debutó escribiendo poesía.

Nosotros asistimos a las visitas nocturnas de algún íncubo que esculpe el rostro de su víctima, a los desdoblamientos de los personajes, al intercambio-sustitución-usurpación de roles e identidades (el detective que se transforma gradualmente en el investigado, el traicionado en traidor, la víctima en verdugo), a las diversas manifestaciones de la extrañeza invadiendo el ámbito de lo familiar, de lo conocido, subyugados por su prosa lenta y minuciosa, por una escritura que en su despliegue musical captura detalles esenciales, pues si las historias nos envuelven es porque el autor ha encontrado el tono adecuado para contarlas. Así que sus

cuentos demandan un lector paciente, atento, entrenado en la delectación de la frase, esas líneas demoradas que se distienden —y a veces se dilatan— con la fruición propia del eros barroco, y en las que el relato se juega el cuerpo y el sentido. Aquí un fragmento de «Reconstituciones del caos», uno de los cuentos sobresalientes de *La doblez*:

Supé que la cópula que vanamente trataba de iniciar, o concluir, no era posible entre dos seres solos. Más allá estaban las mil caras de la ciudad, la carcajada hiriente (o herida) de Freddy, la faz de la vieja puta descompuesta en otros tantos rostros yacentes y agónicos. Mi sexo no pudo soportar el acoso, sucumbió mucho antes de que pudiera cumplirse el inhabitual sacrificio, antes de que alcanzara siquiera el rictus guardián, la arruga atroz que esperaba a la entrada de la infausta caverna. La vieja abrió los ojos exangües. Abrió la boca, sospeché una clara blasfemia. Presentí, en sus labios, una maldición contra mi virilidad lacerada...

La escena ocurre en un prostíbulo de mala muerte a donde ha ido a parar el narrador junto a Freddy, su amigo de andanzas nocturnas. Contagiado por el vértigo de la noche y la sordidez del sitio elige una mujer anciana. Proaño combina la elipsis con la morosidad descriptiva, de modo que las metáforas genitales y el placer adjetival parecen ralentizar la acción. El *ars combinatoria* de este alquimista de la prosa importa la omisión estratégica de secuencias narrativas (lo propiamente elíptico), el trabajo sobre el lenguaje (se pueden rastrear numerosos sintagmas compuestos como endecasílabos o alejandrinos), y la visión al trasluz o de soslayo (una mirada la-

teral, sigilosa, elusiva); esta «fórmula» estilística otorga a su escritura su sello particular, su densidad atmosférica (opresiva, sombría, enrarecida), su grosor psicológico y emocional, su ambigüedad moral, su misterio.

Un cuento como «Recordando el mar» es un buen ejemplo del funcionamiento narrativo de Proaño: una pareja teje laboriosa e inconscientemente su propia trampa, pero no sabemos nunca de que está hecha la urdimbre de ese tejido (de esa trama), ni la causa, ni las consecuencias últimas. Nada se explica ni se aclara, estamos en el dominio del indicio, de la huella, de la sospecha. Todo queda en suspenso, suspendido como una telaraña que tiembla en un rincón. Acaso lo único cierto es que esa fina red de seda que han urdido los personajes ha terminado por atraparlos.

Mientras una cierta dimensión de lo inexplicable en estos cuentos parece recordarnos a Kafka, la recurrencia de los espejos y laberintos —y alguna frase oculta en el dédalo de sus oraciones— tienen un nítido sabor borgeano (v.g.: «el sutil engranaje del universo»). No en vano, en un microcuento publicado posteriormente, «Borges y Kafka», el narrador imagina el encuentro de estos dos monstruos literarios en una ciudad «donde todo está dicho y, a la vez, nada está dicho». Proaño sabe que la literatura existe porque siempre se pueden y se deben volver a decir las cosas, porque —como la ciudad— es una posibilidad abierta a múltiples destinos, intercambios y combinaciones. Melville, Poe, Dostoievski, Cortázar, «un tal Onetti», un cierto Palacio, son otros de los autores con los que Proaño ha dialogado vital y creativamente, y cuya traza o eco puede encontrarse en varios temas, líneas e imágenes felizmente traducidos y actualizados por este mago del estilo y del enigma.

Si lo fantástico se define «como una *percepción* particular de acontecimientos extraños» —según Todorov—, acaso no sea indebido adscribir los cuentos de nuestro autor a la literatura fantástica o, si se prefiere, a una vertiente del realismo fantástico, pues son el fruto de una penetrante mirada de su entorno, de una conversación profunda —nunca literal— con la realidad.

En la penumbra de las alcobas conyugales, bajo la luz opaca de las calles nocturnas, en el claroscuro de bares o burdeles, las ficciones de Proaño Arandi, con sus exploraciones en la conciencia y su sabor a pesadilla, alumbran con una luz particular algunas de las zonas más inquietantes y sombrías de la condición humana y la vida moderna.

Celebramos, con inmensa alegría, los cuarenta años de *Oposición a la magia* y *La doblez* reuniéndolos en estas páginas.

C. Z.

Cuenca, diciembre de 2025

OPOSICIÓN A LA MAGIA  
(1986)



## OPOSICIÓN A LA MAGIA

Nuevamente la atmósfera volvíase abyecta. Marta no estaba y el hijastro, en un rincón del cuarto, retrocedía. Uribe en tanto, sintiendo que su cuerpo era apenas una lenta, casi quieta contorsión al interior de una escena, asimismo lenta, avanzaba, avanzaba a través de un tiempo no medible, el cinturón de cuero en la mano, sabiendo que una vez más cobraba movimiento, mensura, el rito ya conocido de la flagelación cotidiana. Sintió los dedos adheridos al látigo, semejante éste a un animal sinuoso que cimbrara o silabease impías palabras, un ser casi vuelto contra su propia piel, una mordedura fría. Luego, igual que siempre, flageló repetidamente el cuerpo inerme del hijastro: al fondo, en la delirante y nunca aceptada secuencia, más allá de los golpes por los cuales buscaba las zonas donde el dolor pudiese hacerse incontestable evidencia, veía el cuerpo incesantemente trabajado de la víctima, lo veía recomponerse en miembros crecientemente deshechos: purulento, animalizado, babeante, algo así como una estatua descompuesta en el tiempo, un ente a medias, como planta o molusco, patéticamente disforme, parado allí, erguido, en la esquina del cuarto. Pero la visión sólo parecía reproducir lo que él hubiese deseado, la arcana meta que se había propuesto. Simulaba más bien un holograma que se proyectaba desde su propia

mente y que amagaba, avieso, la realidad. La verdad era que la víctima se agazapaba apenas, se contraía no más de un segundo, al tiempo que oponía una extraña mirada, todo sin un gemido, sin un rictus de sufrimiento, como si a lo largo de los años, entre una y otra de las sucesivas torturas, hubiese elaborado insospechadas defensas, peregrinas formas de rechazo al dolor: mundos imaginarios tal vez, adentro, universos no alcanzados por el castigo, o simplemente desmemorias: impunes, soterradas argucias, en todo caso. En la pared, un Uribe fantasmagórico, hecho de sombras, fustigaba también, sin piedad, el cuerpo multiplicado del hijastro: parecería entonces que la escena real se repitiese hasta el infinito en los cuatro muros del cuarto, como si en torno a la escueta luz del foco, en lo alto, se hubiesen engendrado nuevas, autónomas, no reconocibles siluetas de víctima y victimario.

Cesó de pronto el flagelo. Uribe, extenuado, se sentó en la única silla a sus espaldas y dejó que el látigo resbalara hacia el suelo. Sentía un enorme cansancio, una dejadez de meses que ahora lo acosaba de nuevo, un deseo de abandonar a medias la tarea iniciada. Advirtió un hilo de baba correr de su boca hasta el cuello, supo de un espumarajo animal que afloraba a sus labios, pero no hizo nada por limpiarse la cara, exánime, sólo atinaba a estarse quieto, al acecho, mirando cómo en la blusa del entonado, acucillado al fondo, unos hilos de sangre reproducían las heridas grabadas en la piel, igual que una copia al carbón, un diseño de médico alucinado. Pensó con tristeza que la persistente tortura ejercida en el curso de los años, día tras día, no lograba derruir, cual se había imaginado, la humanidad de aquel elegido para objeto de su sevicia, como si una fuerza ocul-

ta permaneciese intacta, no quebrantada, al interior de su cuerpo: un doble o encubierto alter ego que emergía ileso del castigo, transparentando en las pupilas fijas su propia mirada fosforescente. La obra, así, no sólo aparecía como inacabada o fallida sino también distinta, no previsible, desconcertantemente ajena.

Lo inopinado del resultado frustraba su peculiar pasión —rayana casi con la de un artista—, su vocación de endemoniado demiurgo se veía rota, malograda, cual si hubiera actuado en la nada o el material escogido fuese superior a sus fuerzas. Deseó la cercanía de Marta, pero Marta no estaba, y aunque no fuese así, ella no conocía, no podía saber, la verdad del castigo. Sólo sabía que él tenía a cargo la educación de su hijo. Durante años había sido de esa manera, ella trabajaba, y él lo hacía en turnos distintos. Cuando, a veces, reparaba asombrada en las cicatrices del hijo, él inventaba rebeliones insólitas, trazaba sobrecogedores diagnósticos acerca de las malas inclinaciones del niño, ensayaba elaboradas teorías en relación con una enseñanza austera, estricta, no contaminada por peligrosas ternuras. Con el tiempo, lo que en principio fue más bien un acuerdo, se tornó usual, cotidiano, una costumbre que parecía ser desde siempre, esto es, inconscientemente aceptada, sin preguntas, sin posibles reclamos. El silencio del hijastro quedaba asegurado bajo la amenaza de nuevos castigos. Y Marta, al fin, se volvió también como callada o distante, alcanzada acaso por la atmósfera inhóspita de los continuados flagelos, envuelta en una ausencia tenaz, sólo interrumpida a la hora magra de la cena, entre un café y un cigarrillo, o a altas horas de la noche, en el lecho, cuando era dable a ambos oír al hijastro y al hijo lanzar aterrorizados quejidos en el transcurrir agitado del sueño, sentirlo moverse

al otro lado del cuarto como un animal acosado, en tanto llenaba el vasto silencio de una respiración asimismo vasta, amenazadora, inquietante.

Sentado ahora en la única silla disponible, fatigado al extremo, evocó o deseó los primeros días de su matrimonio con Marta. Entonces, una especie de alegría perversa, un poder recién adquirido, le daban fuerzas para aplicar con renovado ímpetu las primeras torturas. Acababa de dejar para siempre los días de hombrecillo humillado y solitario, los largos años de empleado de última categoría, sujeto a cualesquiera reprimendas, a menosprecios, a burlas: los largos, dilatados días de sentirse absurdo y ridículo, cumpliendo viles menesteres, recibiendo órdenes que eran más bien afrentas, no palabras sino otras tantas llagas en lo profundo de su ser. Atrás, muy atrás quedaban todos los vilipendios, los años incluso de la infancia, transfigurados entre el miedo al castigo cruel y la imagen del padre hostil y la efigie, porque eso era, de la madre, una efigie olvidada casi, recordada apenas en una atmósfera de extenuación, de golpes, de duras carencias, de gritos. No, él no había sido un hijastro como éste, al cual accedía por obra de su matrimonio con Marta, pero en cambio tenía en su haber lo que él entendía el agravio de ser un hijo no reconocido; guardaba indeleble el desprecio de la familia paterna, la hostilidad o la vergüenza del padre, los comentarios, la humillación reiterada, el oscuro laberinto que transitaba dada su condición de empleado de ínfimo nombramiento. Eran, hasta la víspera de su matrimonio con Marta, como llagas, o heridas, como cuchillos adentrándose en la piel, o más que esto: la sensación de la puñalada retornando invisible en el tiempo, una herida que se abre, obsesiva. En aquellos primeros

días, luego de su unión con Marta, nada había cambiado en verdad, en lo que atañía a su imagen pública, pero eso ya no importaba, puesto que la tenía a ella, su mujer, y, sobre todo, al hijastro, ese ser en el cual podía, o debía, ejercer su pleno dominio. El hijastro había aparecido de repente en su vida como un ser inerte, algo que él podía moldear, modelar, hacer —crear sería la palabra— según lo que su propio, intransferible arbitrio ordenara. Acaso el primer golpe, o el primer flagelo, se produjo por fastidio o por no pensada, inconsciente venganza. Pero también podía recordar que desde un comienzo, la propuesta había sido radicalmente otra. Incluso habría podido reírse de los vecinos —que todo lo observan—, quienes, en secretas difamaciones, hablaban de que el hombre quería desquitarse de todas sus frustraciones en el cuerpo indefenso del entonado. Ellos no habrían comprendido, ni Marta, de saberlo, la razón que motivaba esta, en apariencia incontrolable, sevicia. La verdad era de otra índole, las razones no podían ser expuestas sino fuera a través de la propia obra que había emprendido, una vez terminada. Lo que se había propuesto no entrañaba, de ninguna manera, una simple venganza. Eso quedaba para otros padrastros bestiales, seres que reaccionaban animalmente, sin darse cuenta, por vía de reflejos condicionados. Lo suyo era distinto. Desde un inicio había previsto la conclusión de su obra como algo que oponer, a manera de contrapartida o espejo, al mundo mismo que lo había vilipendiado. Con pasión, con delectación de artista diría alguien, su empresa apuntaba a desprender, mediante una reiterativa tortura, al hijastro, de todo posible rastro de humanidad, a animalizarlo, a mostrarlo algún día como una especie de metáfora de la acción cotidiana del mundo has-

ta entonces conocido. Su empeño implicaba así, a la vez, una suerte de inquisición, de búsqueda de posibilidades extremas, de meditación física, vía el látigo y la evidencia nunca eludida de la llaga, hasta hallar al cabo una respuesta, una dilucidación final por la cual justificarse o acaso explicarse. El hijastro estaba allí, en sus manos, era sin duda una materia humana, y por ello el proyecto podía avanzar, encontrar múltiples, a veces insospechadas hipótesis o conclusiones. Cada día emprendía una y otra vez, a espaldas de Marta, la siempre renovada tarea: los azotes no caían jamás al azar, pugnaban por incidir, más que en la piel, en zonas recónditas, allí donde podían iniciarse irreversibles trastocaciones anímicas, semejantes a esas otras, las experimentadas por él en su oscuro pasado. Por eso, ensayaba otras formas inéditas de castigo. Siempre producía efectos no previstos el agua helada, por ejemplo, un lavacarazo de agua helada sobre las heridas apenas abiertas, a la hora ansiada del espasmo, contra el borboteo frustrado de la sangre. O eso de amarrar de pies y manos al hijastro y echarlo bajo la cama por horas y horas hasta escuchar sus broncos gemidos, hasta sentir su lamento como si fuera el de un animal no conocido nunca: un ser nuevo, un lenguaje extraño, una figuración vagamente humana contorsionándose bajo su propio lecho. O eso de encadenarlo estrechamente a una de las patas de la cama, obligándole a permanecer fijo, absolutamente inmóvil, sin posibilidad de dormir, abyectamente tenso ante la amenaza cierta del látigo. Y los flagelos, sobre todo los flagelos, cada vez con instrumentos distintos en partes no holladas del cuerpo, alcanzando día a día, con un virtuosismo creciente, correlaciones oscuras entre la piel y zonas arcanas del organismo, del ser profundo, diríamos.

Todo eso había sido por años y años, pero ahora, rendido casi, sentado sin lograr moverse en la silla, frente al hijastro, intuía que la obra no alcanzaba el rumbo propuesto, una fuerza incontrolable parecía desplegar su propio camino. La víctima, era cierto, estaba todavía allí, agazapada, en espera. Pero él ya no la veía, pensaba ahora en sí mismo, en su cuerpo, en ese deterioro que podía advertir en su piel, en sus huesos. De una manera impensada, tampoco él sobrevivía impune a los repetidos flagelos. Un cansancio largo, imposible de eludir, iba apoderándose, sobre todo en los meses últimos, de su cuerpo, a tal punto que, cada vez que aplicaba el cotidiano suplicio, mejor dicho el más leve suplicio, debía sentarse por un tiempo dilatado en la silla, babeante, desfallecido.

Había días en que miraba con asco el exiguo resultado alcanzado. Huía entonces, vagaba como ausente por las calles, anclaba al cabo, extraviado, en alguna perdida cantina, y bebía, bebía impertérrito, buscando olvidarse incluso de su propio ser fracasado, pero la presencia siempre latente del hijastro, la certidumbre de su obra no terminada, hacían que no lograra perder ni un instante su lucidez proterva, y regresaba entonces, regresaba brutal, atisbando que Marta estuviese ausente de la casa, para ejercer, descompasadamente, sin plan ni medida, flagelos que sólo eso eran, sevicias horrendas, azotes que apenas provocaban heridas, un agudo dolor, mas no transmutaciones de esas soñadas por él cuando los primeros días de su matrimonio, cuando creía aún que en sus manos estaba el poder de contraponer a la aborrecida realidad su espejo cierto, de crear el revés de lo real, la otra cara que sólo nos es permitido vislumbrar en las pesadillas.

Cansado, sin fuerzas para recoger el látigo que yacía a sus pies, miró como por última vez al hijastro: lo vio acuclillado, fija en él la fosforescente mirada, sangrante, lívido. Cerró los ojos y soñó, o creyó soñar, que era él quien se metamorfoseaba en peregrinas, inopinadas formas. Era él, Uribe, lo que trotaba en la arena vociferante del circo, en tanto alguien latigueaba inclemente su cuerpo: era él, precisamente él quien daba vueltas y vueltas en el redondel infinito, al tiempo que algo como el fantasma erguido del hijastro lo acosaba con un dedo largo, sinuoso, desde el centro mismo del ruedo. Era él, después, quien descendía a un determinado círculo del infierno, era el infierno —él lo sabía—, y era también la figuración agigantada del hijastro la que se acercaba con unos ojos de fuego: la que llegaba hasta él y untaba su cuerpo de pálidos excrementos, la que grababa en su piel una dolorosa marca, honda, insensata. Despertaba con un alarido de terror, abría los ojos. Frente a él, inclinado sobre él, lo vio; pero no lo vio en verdad, sino a otro ser, un ser nuevo, un rostro que adoptaba vagamente los rasgos del entenado pero que surgía del fondo, de las entrañas oscuras no alcanzadas por el castigo: lo vio inclinarse en la aciaga penumbra del cuarto, percibió en un tiempo más allá de toda medida el rictus atroz, implacable; comprendió todo en esa hora, hasta que sintió sobre su piel el chasquido cortante del primer latigazo.

## CARONTE

La mañana inicial de esta pesadilla secreta, yo estaba inerme, desprevenido, no preparado para cambios bruscos o noticias desasosegantes. Era un día tranquilo, me hallaba, como casi siempre, en la librería de la calle Chile, entre Venezuela y García Moreno, absorto en un recurrente, ahora olvidado ejercicio: la búsqueda, en los escaparates, de nuevos y viejos títulos. Esa librería no existe más. Situada en los bajos del antiguo y corroído palacio arzobispal desaparecería años después sepultada por un derrumbe. En esa forma, lo sucedido en la mañana que evoco, es decir su efecto, no llega al presente sino a través de mí mismo, deviene rescatable apenas en mi memoria, pero ya nunca podrá ser reconstituido, persiste en un pasado irrecuperable, inmóvil entre el polvo y la niebla que me imagino fueron los del derrumbe.

Recuerdo, afuera (entonces), un sol tibio, un furtivo ir y venir de transeúntes anónimos, una hora de esas en que los oficinistas permanecen dentro de sus multiplicadas murallas y todo sobreviene calmo, sin prisas, al borde mismo del silencio la ciudad (era así, me acuerdo), en una especie de encantamiento o de sueño las calles, los parques; una hora de esas en que un fragmento de cielo se refleja o pudo reflejarse en un charco y acaso

un jubilado descubre en ello, o soñó o descubrió, la huella última del gigante lluvioso que cruzara la ciudad la noche pasada.

Eso, o más, era o debió ser el difuso contexto. Rememoro también la librería: los libros alineados en una leve claridad, una mano alzándose a lo alto de una estantería, el perfil de alguien inclinado sobre un volumen, el intermitente susurro de la caja registradora, unos ojos que lo miran a uno del otro lado de las filas de libros, un torso a medias tras una puerta, un escupitajo, el detenido ascender del humo desde un cigarrillo. Yo estaba un poco encorvado examinando una contratapa; es decir, me hallaba sumido en mí mismo, abstraído de lo que me rodeaba, en un mundo sólo mío, apenas mi tensa respiración entre mi propio rostro inclinado y los libros frente a mis ojos. Fue entonces, allí, su aparición abrupta, al erguirme, cuando aún no salía de mi ensimismamiento. Allí estaba: obsesivamente vieja, de trapo, arrugada al absurdo, mirándome con ojos calcáreos desde otro tiempo. Emergía insólita en el escenario casi teatral de las estanterías. Me miraba. Debía tener más de un siglo, el rostro chupado se extremaba al punto de no aparentar sino unos rasgos trágicos pintados en el vacío, las arrugas grababan indeleble en el aire su máscara. Persistía mirándome, más acá del tiempo. Me hablaba también, acercaba a mi rostro su boca implacable, sin dientes; su ojo exangüe fijaba en mí, tenaz, la pupila; el brazo magro temblaba en gesticulación inútil, en espasmódico balanceo de marioneta.

Creo que en ese breve lapso no logré nunca repormerme. Percibía en la vieja un no sé qué a la par irreal y tangible, y en tanto preguntaba por algo, una dirección o una calle, no lo recuerdo, su atormentada figura de

sibila parecía infiltrar en mi vida un presagio, una indeseada noticia que cobraba forma en su gesto airado e imperativo. Quizá recorría en su mente la ciudad, tal como era o fue hace muchos años, resurrecta sólo en su memoria; acaso repasaba, como cada día, el mismo laberinto, en el ámbito o circunscripción de la ciudad que servía de marco para sus trastrabillantes andanzas; tal vez salía de un encierro de mucho tiempo y pugnaba ávida por encontrar esquinas o plazas que ya no existían. En la exigua persistencia del rostro, reducido a su límite extremo, había un inasequible designio. Su ojo, fijo, escarbaba en la realidad, en mí, en la pared hacia la cual yo —inmóvil— retrocedía. La mirada, esa mirada suya semejante a un dedo filo, huesudo, hurgaba en mi cuerpo, las arrugas del rostro me cercaban como crispada telaraña.

La vi, después, volverse lenta, ceremonial. La vi alejarse hacia la calle que todo lo devora o lo borra, mientras dejaba el moho áspero de su traje, un olor mortuario que venía de los trapos, de los repetidos vendajes, un caliginoso espesor de aire devuelto a mí desde la desconocida dimensión del encierro.

Me palpé ansioso la cara, no sabía por qué. Escudriñé mis manos, por mucho rato quedé suspenso, a la espera de percibir mi propio moho en la ropa. Entendí vagamente que el mal, una forma del mal, estaba ya hecha, pero mi insensatez no quiso, en ese primer momento, dar mayor importancia al incidente. Permanecí todavía por varias horas revisando los libros, de espaldas en lo posible a la calle, construyendo sin darme cuenta una impalpable muralla contra otras iguales, sobrevinientes apariciones.

Al llegar a casa, mi mujer pareció leer en mi rostro un secreto, me miró con aprensión, ofendida en su precaria, maquinal desconfianza; pero yo guardé, avaro, como un tesoro o una enfermedad infame, mis inopinadas sospechas. Mientras comíamos, en tanto trataba de desviar su atención en el recuento de sucesos banales, estudiaba ansioso su cara, y comprendía que por alguna rara magia estábamos allí los dos como si fuésemos otros, como si quienes habíamos morado en la casa la víspera no estuviéramos más, al tiempo que ahora, ante la mesa, se sentaban dos perfectos desconocidos, dos figuraciones sobrevenidas de modo abrupto en la indiferencia glacial de las habitaciones. Recordé muchas veces, en el curso de los años, aquella comida. Igual que en un teatro, puedo ver aún nuestras siluetas, mi mujer y yo, sentados frente a frente en una atmósfera de silencio que no lograban romper las palabras, las frases usuales de que echábamos mano para hacer alusión a los sucesos que con seguridad, entonces, debían preocuparnos. Todo lo monótono, el desencuentro, la incomprensión experimentados en estos años, se me figura que empiezan allí, en esa lejana comida; pero no es verdad, lo único cierto es su ubicación en lo que previsiblemente era una línea divisoria entre un atrás al que no volveríamos nunca, si no fuese en los sueños, y un ahora que duele, que sigue gravitando, sombrío, sobre nosotros. Pero la naturaleza del límite que sin percatarnos habíamos atravesado permanecía inédita, clandestina; su contenido real no nos sería revelado sino mucho después, quizá demasiado tarde.

A la noche, durante el insomnio, un demonio incansable representó para mí, una y otra vez, el rostro chupado de la vieja. Me levanté incluso, en cierto mo-

mento, a mirarme en el espejo del baño. Allí estaba mi rostro, pero ya unas ligeras patas de gallo se alargaban en torno a los ojos, las líneas de la frente parecían como ahondadas o multiplicadas, un imperceptible temblor en los párpados denotaba recónditos deterioros. No pensé que tales síntomas se hubiesen manifestado ya, desde antes; sobrecogido, sólo acerté a relacionar su brusca vigencia con el hálito pútrido, la revelación pútrida, diría, que la vieja o mejor dicho su rostro había echado sobre mí, unas horas atrás. En el silencio de la noche extendí las manos: vi en ellas las innumerables arrugas, las fui cerrando, contemplé en su cóncavo corrugamiento cómo la cara de la vieja se iba apretando, reduciendo, mirándome todavía sin ojos, no resignada a desaparecer, despiadada.

De vuelta en el lecho, sentí los ojos de gata de mi mujer observándome en la oscuridad. Nunca antes había experimentado ese efecto de desnudamiento total. Como si la noche no existiese para ella, mi mujer rastreaba mi rostro, la presentía como alcanzada por mis propias angustias; sin darse cuenta, ella iniciaba también, desde otro lado, el preciso camino que entonces, no podíamos, o no debíamos reconocer.

Al día siguiente, antes de desayunar, me observé otra vez en el espejo. Quien se despierta, no miente. Pude ver sin tapujos mi rostro de insomne, atisé en mis ojos hundidos. Ineludibles, reaparecían las patas de gallo, un matiz de antiguo pergamino se adhería a la piel extenuada. Odié al espejo, odié su mundo inútil, sentí perverso su laberinto inasible; lo dejé solo, vacío, reflejando apenas, sin objeto, los azulejos de siempre.

Desde ese día, la sospecha, una sospecha cruel que no lograba hacerse certeza, incubó en mi mente, extra-

vió o traspapeló mis costumbres. En el afán reiterado por develarla, dilapidé mis fuerzas, encanecí, me fui pareciendo poco a poco, a través del tiempo, a la imagen que yo rechazaba, como si el rostro de la vieja debiera impregnar todavía mi piel al cabo de los años, como si el gesto de su brazo estuviese destinado a perseguirme allí mismo, siempre en mi cuarto, en mi sueño, a manera de una señal invisible. Para olvidarla me enfraqué febril en tareas muchas veces banales, pero el mundo simulaba estar lleno de seres u objetos cuya forma, cuya textura me remitían puntualmente al recuerdo execrado, o, para decirlo con exactitud, a la certidumbre de que había sido alcanzado y transfigurado por el estigma.

Múltiples y distintos son los hechos que han ido marcando, a lo largo de todos estos años, esa radical modificación de mi ser. Pero me atrevería a decir que desde entonces, a partir de aquella primera comida, más allá inclusive de lo que la vieja pudo o quiso infiltrar en mi vida, mi mujer y yo empezamos a recorrer la existencia por atajos desconocidos, en una rigurosa acumulación de experiencias que sólo servían para dejarnos mayormente solos, con la sabiduría atroz de la soledad compartida, en el vacío de nuestra propia insuficiencia para conjurarla.

Sucedía, por ejemplo, que en nuestras conversaciones, y cada vez con mayor frecuencia, comenzábamos a reconstruir los comunes recuerdos como sucedidos en un pasado bruscamente lejano, irrecuperable, vistos al cabo de un proceso de desmemorización o derrumbe, como si ya no fuéramos los mismos sino otros, diversos, hechos de una materia en trance de disolución, una materia sin retorno, falaz, trastrocada. Cada cual sabía

que era común nuestro sobresalto, al darnos cuenta del rumbo inopinado, viejo, de la conversación; pero no nos atrevíamos a señalarlo, procurábamos guardar el secreto, temerosos de ser descubiertos, valdría decir, con miedo de reconocernos, uno en el otro. Y, sin embargo, la certidumbre de haber proyectado tales recuerdos en una perspectiva casi distorsionada, más que lejana, antigua, no dejaba de envolvernos con un resplandor lateral, aciago, propio de sobrevivientes o náufragos.

Los objetos que habíamos adquirido, se volvían de pronto, por un cierto número de años, casi invisibles, inveteradas costumbres en las que no reparábamos, manipulados una y otra vez a la misma hora, todos los días. Luego, al final de un dilatado período, cobraban inopinadamente la facultad absurda de sorprendernos; asombrados, los descubríamos en el lugar de siempre, testigos irrefutables de que tanto para ellos como para nosotros, un largo periplo había concluido. Ese parecía ser su horripilante destino, la imagen cabal, la contrapartida exacta de nuestro perpetuo vaciamiento.

Una guerra o inconfesado acoso se entablaba a veces entre nosotros. Cuántas noches me sorprendía atisbando las cosas de mi mujer, sus vestidos pasados de moda, incoloros, mustios, la variedad de cosméticos con que intentaba obstinadamente recomponer sus rasgos día a día marchitos. Ella posaba también una mirada inquisitiva en mis ternos, podía incluso verificar con el dedo el moho acumulado en el tiempo; en ocasiones, echaba en el basurero los accesorios inútiles, siempre con un gesto desesperanzado, más bien de derrota. Aprendimos a observarnos, inconscientemente. Sin hablarnos, sin confesarlo, uno y otro éramos testigos de un com-

partido deterioro. Cumplíamos, en una dimensión más torva, inhumana, la función testimonial, diría que probatoria, atribuida a los objetos.

Fue, sin embargo, después, mucho después, casi como resultado de estas furtivas intrigas, o como una forma de huir de la asfixia, que ensayamos un expediente por el cual, así lo creímos, podíamos reconstruir nuestras vidas. No tuvimos conciencia, al menos en un principio, de que ello no era más que un modo de expandir o multiplicar la atmósfera de lo irreparable. Iniciamos así nuestros viajes. No, no eran simples desplazamientos a lugares distantes. Nosotros programábamos los itinerarios de otra manera. Escogíamos, por ejemplo, un lugar conocido en la infancia, en la primera juventud, un sitio ligado incontrastablemente a nuestro pasado. O era también la casa donde nacimos o crecimos, la finca en que transcurrió alguna de nuestras vacaciones, la calle donde viviera antaño un pariente, un amigo ya muerto, el parque que un día lejano fue el escenario de un frustrado amorío. Una vez en el lugar elegido con tanto cuidado, lo normal era la decepción, el efecto contrario, una no correspondencia de la realidad con las expectativas creadas; pero a pesar de todo sentíamos, oscuramente, la concreción de un oculto designio, algo sin lo cual no iba a estar completa la vida, el ciego afán de rematar el círculo, el eterno retorno, la satisfacción al ancestral, acuciante deseo de volver, de cumplir el periplo.

Distintos viajes emprendimos, en esa rara y peculiar perspectiva, viajes que eran más bien en el tiempo, a zonas vedadas en el pasado, a sitios o escenas de los cuales apenas recobrábamos el contorno físico, sin el gesto deseado o los rostros que uno hubiese querido reencontrar a los años. Eran entonces especialmente tristes los regre-

sos. Cada excursión implicaba, al revés de lo previsto, un alargamiento, un aumentar de años —los recorridos y los vueltos a recorrer— y, al final, sólo quedaban, acrecidos, la soledad, esa acentuación de la vejez, desligados, por fuerza, de lo que habíamos concebido como una meta y no era sino subterfugio, coartada para escapar de la desolación o deterioro de nuestro presente.

Mientras tanto, y más con los años, nunca dejó de angustiarme la vieja sospecha, la presunción de que todo esto vivido, esta entera atmósfera, era anormal, extraño. Que no estaba intrínseco en el transcurrir de las cosas, y parecía, al contrario, adquirido, no específico, traspasado a nosotros por oscuras alquimias. La percepción de lo extraño subía de punto cuando reparaba que la realidad, a mi alrededor, había comenzado a sufrir análogas modificaciones de un modo paralelo a mis propias metamorfosis. Desde que empezara esta sospecha atroz era también el barrunto, el raro escrúpulo diría, de que las cosas se me presentaban, o representaban, en distintas facetas. Parecía que la realidad, para revelármese, debía mostrar únicamente su faz desgastada. En el parque, los viejos; en la pared, el moho; el hollín, erizando los alambres del tendido eléctrico; manchas ocreas o grises sobre los ventanales; en el aire o en los huesos, la presencia palpable de la humedad. Las calles cobraban un matiz diverso, viscoso, como si cada vez, a la visión real del instante se superpusiese una distinta, la que encontraba con mis ojos cansados más allá de la pintura reciente con que habían retocado los muros, la que se me hacía familiar en los escombros sobre los cuales construían las nuevas casas. Los árboles semejaban tornar en el tiempo, agostados, retorcidos, cubriendo en el parque herrumbrosas, ancianas penumbras. Las flores mismas de los parterres

no eran esas, las abiertas el día en que yo las miraba, eran otras, antiguas, inconcebiblemente antiguas, descoloridas al margen de casi olvidados paseos, como vistas por mí en añejas viñetas. Y ya de regreso en casa, a poco, al examinar gavetas o abrir desvencijados cajones, las fotografías, las cartas, los naipes, aún los libros, emergían ciertamente manchados de una pátina amarillenta, carcomidos los bordes, siempre, todo, con un asomo de ajadura o descomposición insoslayables, inclusive los trajes de antaño que aguardaban absortos no sé qué renacer en lo profundo del ropero. Sí, era extraño, pero lo extraño, insisto, no era el proceso en sí, sino lo análogo, lo paralelo, lo antojadizamente deliberado.

Sé que mi mujer abrigó, al final, similares sospechas. En un principio, sus suposiciones fueron más específicas, más carnales diríamos, desde la tarde en que, producido mi encuentro con la vieja en la librería, denoté una desusada preocupación por mi rostro, en el espejo del baño. Después, ella debió sentirse también como alcanzada por mis internas inquisiciones, debió tomar conciencia de las transformaciones decretadas por un destino cruel. Nunca me dijo nada, puesto que la sospecha, en este orden, era para ella, como para mí, inasible. Prefirió guardar siempre la incertidumbre, acaso como una forma de añadir un nivel más de preocupación a la vida, para llenarla de algo asaz trascendente. Murió al cabo sin decirme nada, encorvada, vieja, abstraída tercamente en diversas inapetencias, apergaminada un poco temprano, debo confesarlo. La noche en que la veltamos, pareció comenzar, para mí, en una escala más acentuada, esto que he llamado una pesadilla secreta. La recuerdo, recuerdo mejor dicho su cadáver extendido entre sábanas blancas, en la abierta caja de madera, ilu-

minada disparejamente por los cirios. Veo su rostro de cera, terso más bien, casi desaparecidas las arrugas que habían marcado sus últimos años. La recuerdo así, un rostro sin edad, ella misma, pero diferente, en un nivel de cualidad distinto del rostro que tuviera en tanto vivía, una cara interrogativa, hecha toda ella preguntas sin respuestas posibles, y confieso que sentí un agudo dolor, un oscuro arrepentimiento, una vaga y sin embargo lacerante culpa. Sin darme cuenta empezaba a reprocharme el haberme quedado con ella desde que se iniciara esto que aún no me atrevo a nombrar. Pienso que, si me hubiese alejado, las cosas habrían sido diferentes, que tal vez nos habríamos ahorrado muchos dolores y contratiempos, pero ésta es también una pregunta sin respuesta.

Han transcurrido, desde su muerte, no sólo días, sino años. Pero muchos más han pasado desde mi encuentro con la vieja, la de la librería en la calle Chile. Todavía suelo mirarme al espejo, pero éste, deteriorado él mismo, distorsiona la imagen en persistentes lamparones, la multiplica, la limpia de arrugas, piadoso, o simplemente no la refleja, como si en el mundo del espejo sólo existiese la nada. Pero más allá de la presencia sarcástica del espejo he comprendido, al fin. Sé ahora cual fue la verdadera trascendencia de la aparición de la vieja, en la librería. Y sé también que, en cualquier momento, cualquier día de estos, habré, igual que ella, de cumplir mi misión, realizar el acto final que, como un signo, completará en fin de cuentas mi propio ciclo, de manera semejante a la vida efímera de un cigarrillo que, al aplastarlo en el cenicero, deja huellas que no por tenues son menos significantes. El lugar, la hora, son todavía impredecibles. Sé que me acercaré, tal vez, a

preguntar por una dirección o una calle; o pediré fuego para mi cigarrillo, o creeré reconocer a un pariente, un amigo, y entonces será alguien, desprevenido, quien mirará asombrado mi rostro incontrastablemente viejo, y no sabrá, al menos en ese instante, mientras yo me dé vuelta y él retroceda perplejo, que un nuevo habitante acaba de llegar a la ciudad hollada por mí y por otros como yo, a lo largo de estos duros, ensombrecidos años.

## RECORDADAS SECUENCIAS

Ahora, esta noche también, igual que siempre, me ha despertado el mismo sobresalto, he prendido la luz y, recostado a medias, me he puesto a contemplar tu rostro mientras duermes. Allí estás, como todas las noches, extendida a lo largo del lecho, lejana, inmersa en ese mundo de tus sueños que es sólo tuyo, viviente al otro lado de tu ser, en ese paisaje de perpetuas transfiguraciones donde yo y los demás y todo no seremos más que leves imágenes, pretextos para otras no descifrables y nunca recordadas secuencias, creadas únicamente por ti y nadie más, tú y tus sueños, tal como quisieras que las cosas fuesen a este lado, pero que no pueden ser, no podrían serlo, porque entonces ya no soñaríamos nunca, no soñarías jamás, ya no habría barreras entre esa dimensión en la cual en este instante navegas y esta otra donde yo permanezco, ésta de nuestro trajín diario, entre el oscuro trabajo y el regreso cotidiano a nuestra pobre mesa, al lecho cada vez más solo, a este volverse de los cuerpos, cada uno en sí mismo.

Entonces, y como contestando un conjuro o tornando verosímil mi sobresalto, Asmodeo también aparece, mejor dicho se hace evidente, aunque invisible, aunque astutamente mimetizado en el aire, y son sus dedos sin carne los que trabajan ahora en tu rostro mientras te miro, es su antigua obstinación de demonio la que surte

de ominosas, aun cuando leves o imperceptibles modificaciones tu cara, la que insufla de este aliento letal el aire, en el cuarto.

—Asmodeo —digo yo, quedamente—. ¿Asmeday? —insisto, en hebreo.

Debo advertir que no siempre contesta. Pero a veces responde rápido, sorpresivo, devuelve hacia mí señales inconfundibles a través de tu rostro. A mi llamado puede, por ejemplo, hacer que por una fracción de segundo tu ojo se abra cual movido por un resorte. Es siempre sobrecogedor el abrir y cerrarse abrupto de tu ojo, similar a un flash cegante, como si en su blanca, fugaz, desorbitada fijeza alcanzases a mirar, en visión simultánea, infinitesimal, el infierno. En otras ocasiones, su respuesta es más suave, dúctil, más fácil de aceptar o entender. Puede ser que dibuje en la comisura de tus labios una sonrisa, el esbozo de una sonrisa al menos, o acaso pulse al interior de ti inéditas cuerdas, porque entonces, es posible que escuche, nítido, el llamado o quejido gutural que sale de tu garganta, un reclamo que pienso te hará sufrir infinitamente en tu sueño, y sé que eres tú y no tú, que es Asmodeo pulsando, a fondo, reiterativo, inflexible, una cuerda, una cuerda tuya, una línea enigmática, central de tu vida.

—Asmodeo, escúchame... —suelo decir, bajo, muy bajo.

Pero Asmodeo no accede jamás al diálogo. Las señales que envía a través de ti, de ese campo de contrapuestas fuerzas que eres tú al cabo, parecen ser sólo para demostrar que permanece ahí, que está trabajando, pero nada más. Por eso, sucede a veces que a mi llamada el quejido que fluye de tu garganta se vuelve gruñido, un gruñido hostil del que debo apartarme, temeroso de que

pueda hacerse, sin más, una dentellada. O puede ser, también, que Asmodeo simplemente se burle: entonces una carcajada dura sale de tu boca y no transforma tu cara, tu rostro no gesticula y es allí, en mi oído, sólo tu risa, tu carcajada áspera; y sé que no eres tú, ni tú en tu sueño, porque la risa, esa risa, está llena de notas aviesas, de sonidos o murmullos que dicen mucho más que ella sola, como si otros seres murmurantes, pero otros, pugnasen por expresar su mensaje espectral a través de tu boca. Las más de las veces, no obstante, Asmodeo se limita a no contestar, se limita a trabajar absorto en tu piel, como todas las noches, como ahora por ejemplo, ahora que, en tanto duermes, distorsiona lentamente tu cara, te alarga la boca, te distiende hacia abajo las mandíbulas, te deforma en nunca repetidos gestos las mejillas, amasa obstinado tu rostro, profundiza perverso las arrugas, aprovecha de tu baba para grabar un signo extraño al extremo de tus labios, te transfigura al fin de tal modo que si despertaras de pronto ante un espejo no podrías jamás reconocerte, acaso retrocederías con horror, con asombro, y sólo yo sabría de tus secretas metamorfosis, del lento deterioro de tu piel, del trabajo tenaz que este demonio invisible cada noche reitera y asume sobre tu rostro, en su obsesivo empecinamiento.

A veces, como si sintieras algo sobre tu cara, mi mirada o quizá los dedos suaves o duros, aun cuando ciertos del demiurgo, mueves la mano hasta tus ojos, rechazas en el sueño lo que está suspendido sobre ti, pero te sumerges un poco más en el mismo sueño, y el rostro vuelve a distenderse, la boca regresa en una mueca, un rictus nuevo, inédito, atraviesa tu cara, y cunden otras no pensadas transfiguraciones, rostros tuyos distintos al borde del espanto, cual si sólo faltasen tus ojos desorbi-

tadamente abiertos; rostros tuyos crispados en perverso designio; caras, disímiles caras tuyas en el miedo, en el terror, a momentos en una tristeza simple, serena, quieta, agazapada; o en un dolor que se me figura hondo, punzante, irreversible; una perfecta, si bien no deseada sincronización entre tus sueños y el proyecto nunca acabado del demiurgo, como si a las secuencias soñadas, en complejo montaje, él fuese acoplando las gesticulaciones del rostro o tal vez una música no perceptible a los oídos pero que se transparenta en la carne, una música que se infiltra en tu sueño y marca, tanto lenta, cuanto vertiginosa también, las intransferibles escenas por donde ahora, en este instante, te desplazas.

Otras veces, Asmodeo alisa tu rostro, lo torna terso, sonrojado, limpio de arrugas, lo vuelve hacia arriba, perversamente bello, el pelo todo lo extiende como un lecho superpuesto a las sábanas, entreabre apenas la boca, siento que sale de ti un ronquido leve, rítmico, acezante, tu cuerpo entero se crispa o se abre, más bien, se desmadeja, se entrega solo a las manos sabias que acaso sobre tu piel siembran largas, dilatadas caricias; te entregas, parece que te entregaras toda, inconsciente, y siento entonces que el aire en torno se tensa, y yo me acerco, loco por despertarte, pero él está ahí, éste es su reino, su encanto: eres sólo suya, quizás él tantas veces aguardó también en la vigilia, en nuestra vigilia de brazos y piernas anudados, sólo que ahora él se toma el desquite, o no es así, fue tal vez que siempre en tanto dormíamos él te tomaba igual que ahora, sólo que al paso de los años, nuestras distancia y este estar cada vez más solos y lejanos, hacen posible que yo despierte y te mire como desde otra parte, y mire cómo el demonio cubre lento tu cuerpo, y te posee en ávido ritual, invisible, casi infinito.

Y no importa cuánto yo grite a Asmodeo, o lo insulte, y hasta trate de asir su impalpable, inaprensible osamenta: Asmodeo seguirá imperturbable su designio, hasta que tú al cabo yazgas laxa, exánime, o quizás te revuelvas en un espasmo rápido, o peor aún, en una falaz, convulsa carcajada.

Así ha sido cada noche, durante años, durante tantos años. Cada mañana yo podía observar cómo ante el espejo rastreabas sin percartarte el trabajo imperceptible del demonio nocturno. Cada mañana parecías recomponer tu rostro, tal que si estuvieses ante una desconocida. En el curso de los años he visto cómo un nuevo rostro se aparecía ante ti, pero tú no lo sabías, ibas acostumbrándote lentamente, paulatinamente reconociéndote, no en lo que fuiste sino en lo que te ibas haciendo, en un rostro de esos que a todos de algún modo nos espera, un rostro ajado, una máscara absolutamente ajena a esa que conocimos en el principio, pero que de tanto irnos acercando a su modelo, al final, cuando llega, se nos antoja haberla tenido desde siempre, igual, reconocible, nuestra, tristemente cotidiana.

Durante el día, trajinabas, trajinas, con una cara que no es la tuya ciertamente, un rostro prestado, una faz hecha para las circunstancias. Sólo a la noche, al dormirte, suele volver ante mí tu perfil verdadero, una vez que cierras los ojos y el demonio recomienza en ti su labor obstinada.

Así ha sido siempre, noche tras noche, cada hora de cada noche. Años y años. Tú no lo sabías, pero yo vigilaba, yo insomne, estremecido, en una espera donde no logro dormirme temeroso de su mano implacable. Entretanto, te has ido poblando de arrugas ya para siempre irremediables; en el ínterin, te has ido también disecan-

do, se te han vuelto casi huesos los brazos, al igual que las manos; poco a poco te has ido desprendiendo de tu piel, hasta quedar en lo esencial, al término de todo lo que fuiste, tu inacabable interposición de disfraces.

Así hasta hoy en que Asmodeo parece haber terminado su trabajo. Por innumerables noches, simulaba no estar contento con su obra, inventando, cada vez, en tu rostro, una nueva y distinta máscara. Hasta ahora en que parece haber encontrado la expresión precisa, hasta este instante en que sus dedos, antes ávidos, han dejado ya de ejercer su magia torva en tu carne, en tanto permaneces inmóvil, distendida tu quijada hacia abajo, yerta, alargado un filo de baba como en un signo al cabo descifrado, fría tu piel con un rictus de dolor o de asombro, petrificada, reflejada en un espejo invisible, un espejo donde ya no podrá reproducirse la niebla de tu aliento y en el cual yo mismo logro reconocirme, perplejo, fijo, al acecho, así para siempre.

## DIFUSOS BAJO UNA LUZ CEGANTE

Siempre ha sido, en la casa, como algo supuesto, el recuerdo de papá. Han transcurrido ya muchos años, tantos que nadie recuerda siquiera su nombre, nadie es capaz de rememorar sus rasgos, y, no obstante, por extraña y no conocida razón, él está en todo momento presente, como una deidad largo tiempo compartida, invocado en todos nuestros actos, presidiendo invisible la mesa, determinando —su memoria— aún los más secretos movimientos.

Mamá es ahora demasiado decrepita para explicarnos la razón de todo esto. Ella ya no recuerda nada, no se recuerda ni a sí misma; simplemente está allí, emergiendo apenas en la tenue luz de la Dolorosa, fijos los ojos en un punto muerto, la cara llena de arrugas, agostándose —cada vez más— en un silencioso deterioro, paralizada la boca en un gesto eterno, en un rezo dejado a medias, hierática, la piel transparente al efecto de un sutil y sin fin proceso de envejecimiento.

Pero papá, al que nadie recuerda, parece vivir en nosotros. Más allá de la casa, trascendiendo a su influjo, nuestra propia posibilidad de existir se vuelve exigua, tal que si sólo cobrásemos vigencia entre estos viejos muros, aquí donde la memoria no reconocible de papá nos da al cabo forma, sentido; aquí, en este lugar de siempre,

en los cuartos entrañablemente nuestros, en la cal desgastada, en este silencio del que estamos hechos y que nos presta cada día, imperceptible, su materia.

Sucede a veces que nos ponemos a desentrañar viejas gavetas. Surgen entonces cartas descoloridas que nos pasamos unos a otros, cartas transfiguradas por un antiguo orín en cuyos rasgos sólo nos es dable reconocer un lenguaje enigmático, signos referentes a sucesos ahora tan despiadadamente lejanos que no nos dicen nada, y nada podemos descifrar, aumentando, más todavía, el clima incierto del enigma. Se desparraman, también, amarillentas fotografías: reconocemos apenas, en ellas, rostros vaciados de memorias, huecos ojos que nos miran desde un pasado irrecuperable, escenas sin nombre, vistas de estancias cuyo emborronado fondo nada nos dice, desasidos perfiles que sólo sirven para apuntalar, tanto más vagos, este silencio.

Otras veces, un atávico instinto de preservación o limpieza se apodera de nosotros y entonces, urgidos en el imposible deseo, nos ponemos todos a desempolvar los viejos muebles. Barremos, con esmero, precisos, cada adoquín, cada baldosa. Vengadora, la escoba escarba en sempiternas telarañas; volvemos lustrosos los muebles, libramos de lamparones puertas y ventanas. Desde la puerta del zaguán hasta el último cuarto, nada escapa a nuestra amenaza. Al cabo, cada cuarto queda vaciado de alimañas, cada mueble reluce como una vieja calva, la casa entera queda lista para recibir nuevamente el polvo, por un cierto número de años; los objetos parecen renovarse en un perpetuo devenir, en este no deseado ciclo que nos devuelve, una y otra vez, al mismo punto de partida. Alguien, osado, suele incluso acercarse a la

figura inmóvil de mamá y pasar un paño húmedo por el rostro impertérrito, en un oscuro afán de restauración o de secreta vigilancia.

En la mesa comemos, pero lo hacemos con indiferencia, sin hambre. Tal parece que el alimento no es lo que presta vida a nuestros cuerpos, la sustancia de que vivimos está más en el aire que en nuestros platos, hay en torno un hálito que insufla nuestra sangre, un palpi-tar oscuro, como si las venas latiesen en otro sitio, como si la casa misma estuviese habitada en otra parte. Sin embargo, cada mediodía, y cada noche, cumplimos con el ritual de siempre, dispuestos en torno de la mesa en el lugar que nos ha sido designado, sintiendo en la cabece-ra la presencia ancestral, no conocida nunca, ni siquiera en el sueño, de papá.

Puesto que hemos de sobrevivir, un complejo siste-ma de incursiones al mundo fuera de la casa nos priva, enajena, más bien, cada cierto tiempo, de este ámbito nuestro. Quien sale, ha de velar por traer suficientes provisiones; pero también ha de saber guardar, ante los ojos curiosos, nuestro secreto, es decir el enigma, hasta ahora no desentrañado. Es entonces, afuera, cuando la presencia de papá parece difuminarse, pero también, a la vez, nuestro ser tiende a perder vigencia: nos senti-mos apenas como perfiles de cartón recortados al vien-to, como veletas, entes sin sangre, sin cuerpo; manchas nada más, espejismos, figuraciones prontas a diluirse en el horizonte desolado de las calles no reconocidas. Cuando regresamos, es como si despertáramos. Y en verdad es así, porque la ciudad, afuera, es lo descono-cido, *lo otro*. Suele filtrarse mientras dormimos, en re-petitivas pesadillas: sólo entonces la recorreremos a través

de los sueños, a pesar nuestro, en tanto se vuelve laberíntica y hosca, mientras son sus soñados espacios los que se contraponen dolorosamente al mundo de lo real: nos duele la visión de las calles abiertas, nos extravía la sucesiva luminosidad de las casas, nos presiona el cielo suspendido como pupila insomne de los tejados. Siempre, al final, pugnamos por escapar en el ojo abierto de la pesadilla, con un alarido de terror huimos por esas calles, hasta despertar sudorosos y violentos a nuestro propio silencio, al encierro que nos recompone o restituye, habitual, incansable, desde las cenizas.

Hay días en que cada uno quisiera estar solo, consigo mismo. Entonces vagamos, solitarios, por largos pasadizos, penetramos en cuartos inhóspitos, y pasamos en silencio, como a hurtadillas, cerca de la figura perpetuamente inmóvil de mamá. Uno se adentra en ámbitos que no son los usuales, acaso en patios recónditos, en habitaciones clausuradas desde siempre, en salas donde pareciera que hasta un segundo ante hubiesen estado innumerables invitados, tal es su silencio abrupto, violento, tal ese gesto de las sillas que se vuelven de pronto, no como sorprendidas en su quietud de siglos, sino como si quisieran reproducir el gesto de alguien sentado, más allá de la muerte, entre el espaldar y los brazos. Uno se adentra, más aún, al centro mismo de la sala, pero los pasos pierden sonoridad en las alfombras, el tiempo entonces se confunde, hay una desconocida vigilancia, acaso una araña se hace evidente en el hombro como si uno fuese la guerrera de un viejo militar en el retrato, un hosco silencio nos cerca, clava su arpada mordedura de artritis en nuestros huesos. Al final, más allá de los muebles, en la pared misma, en los intersticios, se per-

cibe una respiración acezante, agónica, se presiente algo no comprensible que comienza a moverse, un augurio gutural, una informe amenaza, algo que es un ronquido, un llamado, un acceso en el aire. Sorprendidos, perplejos, retrocedemos, huimos; volvemos todos al lugar de siempre, a la mesa, al dormitorio, a nuestro contingente espacio entre nosotros, allí donde otra vez habremos de mirarnos a los ojos, negándonos a la muerte, negándonos a nosotros mismos, sobrevivientes, aviesos, aferrados a esta pobre corporeidad pronta a desmenuzarse.

Hay algo que, no obstante la presencia omnívoda, generalizada de papá, nos obliga a no dispersarnos todavía, a volver sobre nosotros mismos, a reagrupar nuestros átomos en trance de disolución. Es la figura inmóvil, no irreductible, de mamá. Allí está, decrepita, presente en un inacabado decurso, inmarcesible, arrugada, hecha un guiñapo trabajado en el tiempo, pero no abatida, no derrotada, simplemente está ahí, viva aunque pétreo, carne aun cuando ya de madera, de palo, de piel nada más, sin memorias; allí se está, fija en un rictus amargo, bañada perennemente en la luz de la Dolorosa, pero su sola figura, enhiesta, carcomida, es como un anuncio de victoria, como si hubiese hecho tablas con la muerte.

Todo ha sido así, hasta esta noche. Si lo rememoro es porque todavía veo la casa, mas no en la habitual disposición de los cuartos, sino más bien la casa en el tiempo, a los cuartos en sus disímiles revestimientos, según era la pátina, el aire, la impronta que dejaban en ellos sus distintos habitantes. Así, los cuartos, la casa toda, se vuelven un interminable laberinto, una infinita interposición de aposentos, puesto que cada vez, conforme lo

imponían las circunstancias o los anhelos, las mezquindades diversas o los ensueños, los ámbitos cobraban a su hora un matiz asimismo distinto, obsesivamente móvil, inasible casi.

Ahora, en lo que parece ser el final de un plazo o tiempo ya terminado, nos reunimos aún en torno a la mesa. Reiteramos las consabidas conversaciones, las invocaciones de siempre, mientras la presencia de papá rige implacable cada palabra, cada movimiento.

Sin embargo, esta noche, ha cambiado todo de repente, mejor dicho, todo parece haber concluido. Ha sido Mabel, la más díscola de nuestras hermanas, quien ha precipitado los hechos. En una blasfemia, una sola, ha abjurado de esta presencia de siempre. Ha dicho no creer más en el reiterado demiurgo, ha pedido abandonar la casa, dejar atrás el encanto, olvidarse de una vez de este perpetuo recuerdo. Entonces, los cimientos de la casa se han estremecido. Primero ha sido un ronquido sordo, adentro, muy abajo, en las entrañas nunca exploradas de la tierra. Luego hemos sentido como un derruirse o desmenuzarse o desplazamiento hacia abajo, brusco, insólito, cavernoso. Después, las paredes han oscilado como abanicos en manos inhábiles. Las lámparas han iniciado un agitado movimiento de péndulo. Grietas enormes se han dibujado en los muros. La casa entera ha comenzado a venirse abajo. Hemos comprendido entonces. Hemos descifrado por fin el enigma. Papá subyace a todos nosotros, bajo la casa, al fondo mismo de este laberinto donde él, su memoria, simplemente ha venido soñándonos, configurándonos una y otra vez en distintos perfiles, en fugitivas siluetas. Ha sido al fin el conjuro de Mabel lo que nos ha liberado de esta muerte

sin tiempo, abocándonos de una vez a la muerte real, allí donde de nuevo y para siempre transpondremos al cabo los muros, hacia los espacios ilímites, más allá de la figura de mamá que por ahora se hunde, se pierde en la infinita, devoradora, irreversible presencia de papá, allá lejos, al fondo.

## DISPERSIÓN DE LOS MUROS

**N**os tiene locos este problema de los niños. Por un tiempo, quienes pertenecemos al comité de adultos de la localidad, el único comité permitido, hemos disfrutado de una relativa paz. Libre de niños, la vida de la comunidad se ha deslizado envuelta en un grato silencio, esto es, sin gritos, sin risas inopinadas o inútiles balbuceos, sin ese monótono ir y venir de las pelotas de goma, sin que dibujos sorprendidos en las paredes turbasen nuestros sesudos ensueños. La gravedad, la confrontación metódica de lo cotidiano (que algunos llaman peyorativamente rutina), la medida, el silencio, son entre otros los valores que en este último tiempo, gracias a las medidas eliminatorias adoptadas anteriormente, habían alcanzado un significativo esplendor.

En fechas recientes, sin embargo, se han detectado hechos por demás alarmantes. Hace unos días, alguien denunció a la oficina del comité que en la pared de su casa había aparecido, misteriosamente, un dibujo esbozado a todas luces por mano infantil. ¿Será una broma?, inquiría nervioso y con toda razón, el denunciante. Porque de no serlo, era evidente que el asunto cobraba ribetes de la mayor seriedad. La comunidad entera preparó su ánimo para el advenimiento de otros sucesos perturbadores, los que no tardaron en producirse. En

sucesivos días, y como respondiendo a un plan meticolosamente trazado, aparecieron, en puntos distintos de la localidad, nuevos dibujos: esos trazos o diseños a medias que ya se conocen: gatos con corbata de lazo, garabatos que simulan figuraciones humanas, emborronduras, signos asaz cabalísticos, rayas, círculos, inclusive letras. Quienes tuvieron la oportunidad de mirar los dibujos, pudieron descubrir un no sé qué amenazante, lo que explica que el comité se encuentra, en estos mismos momentos, embargado ya no sólo de indignación, sino además turbado por aciagas inquietudes.

Paralelamente, otros hechos han contribuido a agudizar el clímax de nuestras preocupaciones. Sucede que en cualquier momento del día nos es dable escuchar, como filtrado en los muros, en paredes recónditas, algo parecido a un coro de niños, un canto lejano, o acaso ese rumor ya casi olvidado de voces infantiles que aprenden o recitan a intervalos las primeras letras. La certidumbre de escuchar un cántico de tal índole en nuestro grave aire nos ha sobrecogido de verdad. De no ser meras alucinaciones acústicas, de haber algo concreto, real, se trataría, entonces, de una escuela clandestina, de un círculo infantil soterrado, y esto, a su vez, reflejaría una organización, un sistema, algo que existe entre nosotros y contra nosotros, bajo nuestras narices, sin que los sistemas de seguridad adoptados alcancen a detectarlo.

El comité ha visto así multiplicada su actividad. Han tenido que organizarse patrullas de voluntarios para la vigilancia tanto diurna como nocturna. Inspectores especiales han escudriñado en casas, sótanos, desvanes, incluso en cuartos de esos que a veces, en nuestra ciudad, surgen adheridos a las paredes, o sobrepuestos inopor-

tunamente a los techos, pero prescindibles siempre, positivos, como si fuesen tumores o excrescencias aparecidos en forma inesperada en las edificaciones. Pero hasta la fecha, nada concreto ha sido posible descubrir.

De vez en cuando, alguno de los equipos de voluntarios suele tener, nos dicen que ha tenido, un relativo éxito. Decimos relativo, puesto que no se ha tratado más que del hallazgo de unos pocos indicios materiales: una libreta olvidada, un juguete despatarrado, un lápiz con el borrador achatado y mordisqueado en la base, bolitas, cromos. Cuando tales indicios se acumulan sospechosamente en una determinada circunscripción, se organizan rápidas *razzias*, se escucha en la noche el ulular de los carros patrulla, durante toda la noche van y vienen, corren, se alejan, las botas de los voluntarios. Pero, que sepamos, no se ha producido hasta ahora captura alguna.

Los vecinos que auspician con su voto o su respaldo económico al comité sufren a ratos verdaderos espasmos de terror. Sucede, puede suceder, por ejemplo, que usted está leyendo tranquilamente en su casa, o trabajando en la oficina, digamos, y de pronto oye, le parece oír, que en la calle hay unos niños jugando. Así, simplemente, algo tan sobrenatural a estas alturas, luego de las medidas eliminatorias: el rumor es inequívoco: usted escucha sus risas, sus saltos, hay —parece— una pelota de goma, quizás juguetes, pero sobre todo esas risas, esos gritos, esas llamadas, en la serenidad de la tarde. Entonces usted tiembla, afluyen a su mente recuerdos de otros días, se acerca a la ventana temeroso, pálido, y es allí, de repente, un cristal que se rompe y una pelota, la evidencia estremecedora de una pelota que penetra

en el cuarto y comienza a saltar entre los muebles, de una pared a otra, pac pac pac, ruidosamente, en un crescendo pesadillesco, enloquecedoramente. Usted acaso gritará, perderá los lentes, se agitará o trastrabillará agónico entre los muebles, o tendrá fuerzas para avanzar hacia la calle, hacia ese rumor de pasos infantiles que huyen, en carrera rápida, pero no alcanzará al final sino la visión de la calle de siempre: desolada, larga, tal como ha permanecido en los últimos tiempos, desde que fuesen adoptadas las medidas de eliminación.

O puede acaecer que usted tropiece en la calle, o en la escalera, con un juguete olvidado por alguien, y rueda o caiga y se rompa una pierna: a partir de ese instante las circunstancias cobrarán un sentido distinto, los investigadores descubrirán indefectiblemente que hubo algo intencional en el olvido, al parecer inocente, de un juguete en la calle; hablarán incluso de un intento de eliminarlo. Su terror será entonces justificable. Ya no habrá reposo para usted.

El cúmulo de sucesidos anormales registrados en los últimos días es realmente alarmante. Hay quien ha visto, elevándose en la distancia de los techos, una cometa. Dice, el anónimo denunciante —pues ahora tenemos incluso miedo de firmar las denuncias— que se frotó los ojos en el primer momento, que se imaginó quizás a manera de alivio inconsciente, que se trataba de un ovni, esos platillos volantes no identificados, pero su miedo debió subir de punto, es decir, hacerse más real, preciso, casi físico, al ver que, incontrastablemente, era una cometa, y claro, usted sabe, la cometa, el papalote, como se le llame, va unida a un hilo, y el hilo, bueno, tiene que haber una mano en el principio del hilo, ¿no?

Hay otros hechos. Uno está en el parque y escucha, asimismo, de pronto, que en los árboles hay como un roce extraño, de alguien oculto que asciende y se mimetiza en las hojas. Le parece estar oyendo ruidos hace tiempo olvidados, esos que hacen los niños al encaramarse en los árboles. Uno se acerca, atisba, con una piedra en la mano, listo, pero no alcanza a ver nada; sin embargo, el ruido era cierto. O puede ser que prosiga su camino y se encuentre de manos a boca con uno de esos círculos que hacen con tiza en el suelo, para jugar a las bolitas, o quizás con uno de esos alarmantes diseños que suelen trazar en las veredas, con compartimientos y signos secretos que usan para saltar en un solo pie, en repetitivos rituales.

Pero si los días transcurren entre continuos sobresaltos, las noches alcanzan, a momentos, los límites del terror o la pesadilla. Mientras dormimos, es sólo un caso, nos despierta el llanto de un niño. ¿Cómo?, ¿en dónde? En el cuarto de al lado, en la casa de al lado. Dónde. Los vecinos se despabilan, se levantan raudos, dispuestos a aplicar alguna de las medidas previstas; pero por más que se busca y rebusca, nada aparece; y el llanto persiste allí mismo, sobre nuestras cabezas, tangencial, absorto, escalofriante, como si pugnase por transmitirnos, descifrar más bien, un oscuro mensaje, una sobrecogedora amenaza. Aún podremos volver a dormirnos, pero siempre será el nuestro un sueño fatigoso, sobresaltado, bajo la impresión de que alguien, un niño, respira acezante junto al oído, de que una risa clara y ominosamente infantil atraviesa los duros espacios de la noche, de que su baba moja sutil, implacable, nuestras sienas, nuestras sienas canas.

Y siempre, a cualquier hora, el trepidante rumor de pasos por corredores extraviados, no conocidos. El timbre de ignorados triciclos. El correr al otro lado de puertas, entre risas o gritos jubilosos; el vibrátil punzar del suelo que hacen los trompos en alguna parte, el descompasado ir y venir de pelotas de goma, cerca, muy cerca. Los miembros del comité sentimos que poco a poco se van minando nuestras reservas psicológicas. El cansancio, el insomnio, el terror, nos alteran por demás y socavan irremediabilmente.

Sentimos fisuras en nuestros muros, fisuras por donde parecen filtrarse los ruidos amenazadores, los gritos hace tiempo olvidados. Tenemos —todos— la impresión de que bajo nuestras casas, entre nuestras paredes, existen o crecen cavernas o espacios o habitaciones recónditas, desconocidas, allí donde ellos deben dormir, vivir, donde deben radicar sus aulas o círculos clandestinos, esos lugares ocultos para sus juegos, de conspiración diríamos, que a veces nos imaginamos, en el insomnio, traspasados por el pavor, sudorosos, lívidos.

Experimentamos un inevitable derrumbe, una carcoma en las cosas, extraños desprendimientos en las paredes. Si cambiamos un cuadro de lugar o removemos del marco un espejo, descubrimos, atrás, en el muro mismo, algo así como un túnel, una oquedad en cuyo fondo escuchamos un alarido o desesperada llamada, nuestro propio alarido, nuestro propio gemido de asombro o angustia. Ya no nos alcanza el tiempo para borrar los dibujos de las paredes, puesto que apenas damos la espalda aparecen otros, cada vez más perfectos, pletóricos de color, de volumen, de fantasiosas signifi-

caciones. Sobre nuestras cabezas arrasa el cielo el vuelo de las cometas. Cada vez y con mayor frecuencia se acrecientan en torno los silbidos, los gritos de irracional alegría que lanzan, ese tropel suyo invisible, cercano, presto a evidenciarse. Nuestro terror sube de punto. Se nos antoja que en cualquier momento, a través de las fisuras, en este mismo tremendo instante, los veremos, los veremos avanzar, avanzar sobre nosotros, sin que nada podamos hacer entonces, minados como estamos, inermes, irremisiblemente ancianos, y caídos.

## DE BICÉFALOS Y OTROS

**T**odo comenzó hace meses, o tal vez años. ¿Cómo podría ahora determinarlo? El tiempo, el verdadero tiempo pierde importancia o se vuelve uno solo cuando transcurre, reiterado, tenaz, al borde de la misma taza de café, en la esquina de siempre, al interior de repetitivos trajines u horarios. ¿A quién, o a qué, podría culpar de esto que ahora me pasa?, ¿podría atribuirlo a la atroz, específica característica de mi trabajo?, ¿o podría achacarlo a esa tendencia que tenemos a confundirnos —identificarse lo llaman— con los demás, acostumbrados como estamos a vagar entre la multitud, entre gentes que son una y otra vez, casi siempre, las mismas?, o podría culpar, quizás, a los espejos, esos que nunca te devuelven tu verdadera imagen, cambiante esta siempre, avejentada en un paulatino decurso, trastrocada, nunca la misma; o a las vitrinas, allí donde tu imagen se torna invisible, superpuesta a las de los demás transeúntes, hecha a veces, inopinadamente, de partes que son de otros rostros o cuerpos, o de objetos o maniquíes, siempre en un caos creciente, ¿a quién o a qué podría culpar?

¿Cómo comenzó esta disparatada secuencia? Es, primero, una escena lenta; la recuerdo difuminada en el tiempo, distorsionadas las imágenes al extremo; pero de todo, permanecen intactas, nítidas, dos o tres percep-

ciones: la impresión de la sucia oficina —mi oficina—, la mirada burlona de mis colegas: sobre la mesa, el revelador memorando. Sí, lo recuerdo: la instrucción hablaba de una «secreta y delicada misión», es cierto, delicada, secreta, pero usual, fácil, ofensiva incluso a mi rango. Comprenderán ahora por qué consigno más arriba la mirada burlona de mis colegas. Quién podría sospechar, entonces, que esa misión sería, a la vez, la última. Sólo después, mucho después, es decir ahora, lo percibo, y me parece, al hacerlo, que pongo sobre mí mismo una lápida. Pero antes, permítanme una aclaración: mi trabajo es, bueno, fue, el de investigador, o pesquisa, persecutor si se quiere, soplón, infidente, ¿detective?

Se trataba de vigilar a Jiménez: *J*, en el expediente. Quien lea estas páginas se sorprenderá de la familiaridad con que consigno su nombre: así simplemente, como que usted y yo, y todos, lo conocemos: Jiménez. Luego, tal vez, si logro no confundirme, será posible que lo comprenda. Por ahora, trato de ser preciso en la relación de los hechos.

El Café Cádiz está en pleno centro, a pocos metros de la Plaza del Teatro. Al penetrar en él, en el instante de volverme sesgo para traspasar los dos bastidores que tiene la entrada, pensé en que éste había sido uno de los pocos datos incluidos en el memorando. Los demás eran, apenas, un nombre, la dirección de una oficina, una fotografía. En tanto me sumergía en la atmósfera densa, crepuscular, donde emergían mutiladas, borrosas, un sinfín de caras, de torsos, pensé en las horas que había pasado frente a la fotografía de *J*, tratando de grabar en mi mente sus rasgos. Recordé su cara huérfana de cualesquiera impresión singular, carente de un fulgor o un rictus que la tornaran memorable, un rostro como

tantos, inexpresivo, estúpido, casi sobrecogedoramente tranquilo o inerte; la mirada, como distanciada del rostro, sobrepuesta nada más a éste, amorfa, cotidiana. Me pareció, en ese primer instante, que la misión tropezaba, que podía tropezar con una imprevista dificultad: dada la inocuidad de sus rasgos, era posible que la imagen o silueta de *J* se me confundiera entre las muchas que podían asemejarse o aparecer ante mí como tales. Ello no era difícil, daba lugar a un hipotético riesgo: el pertinaz o desesperado seguimiento de *J* entre tanto perfil donde tenía la posibilidad de mimetizarse, podía inducirlo a sospechar que se le vigilaba, lo que pondría en grave peligro mi cometido, aun en su inicio mismo. Pensé en las penosas horas que me esperaban: perseguir a *J* sin más, empecinadamente, anotar con prolijidad de hormiga sus movimientos, por repetidos o monótonos que éstos fuesen; presentar cada día un informe, un parte; iniciar un opaco expediente, con inclusión de horarios, fechas, puntos de referencia, nombre, etcétera. Con aprensión, reconocí la vaga extensión del café; supe con tristeza que, por un cierto tiempo, no sabía cuánto, éste sería mi cuartel general, mi casa secreta, el ámbito donde yo también, a mi vez, habría de mimetizarme: usted conoce, usted se imagina.

Cegado por ese abrupto paso entre la luz de la tarde y la oscuridad del café, avancé por un corredor estrecho, a cuyos lados, inverosímilmente, vislumbraba mesas y sentados a ellas, unos como fantasmagóricos comensales: es decir, unas manchas semihumanas que pugnan, agónicas, por acentuar su presencia en la luz: unos como esbozos simiescos que después supe eran brazos y piernas y aún cabezas o gorras: unos como puntitos brillantes en la oscuridad que después supe eran ojos.

Cuando pude acostumbrarme a la penumbra reinante me di cuenta de que el corredor de la entrada era apenas un ensayo de aproximación al verdadero laberinto: allí donde sólo los camareros muy antiguos o los clientes contumaces simulan vocación para reconocer los imprevisibles caminos. Vi, paralelos o yuxtapuestos, otros pasadizos, espacios abiertos, hileras o concentraciones geométricas de mesas, sillas y parroquianos; vi también que había salitas reservadas, separadas del resto por cortinillas humosas; observé biombos en inopinados lugares, bastidores a lo lejos, encubriendo acaso ámbitos no revelables. Floté en el rumor de las voces, en el tintineo de las cucharas y los vasos; resbalaron hasta mi piel las mil carcajadas reconocibles en distintos ángulos del salón; impregnaron mi saco, en renovada pátina, los multiplicados olores; inventarié, automáticamente, sus disímiles fuentes: el humo denso de los cigarrillos, el hollín rampante de las paredes, las frituras, las espirituosas bebidas, los secretos elixires, los perfumes, los sobacos. Frente a mí, al cabo de un tramo del salón semialumbrado por lámparas rojas, tras el mostrador, un gordo de rasgos severos me miraba inquisitivamente. Ahora sé que cada hombre, todo ser en definitiva, tiene su propia, específica manera de reaccionar ante cualesquiera de las múltiples posibilidades o situaciones desconocidas que le son planteadas. El gordo tras el mostrador se aparecía hierático, duro, entrecerrando los ojos en una mirada chinesca, una mirada desde la cual lograba tal vez una perspectiva adecuada para medir con exactitud las intenciones del parroquiano no conocido que en ese instante, tal era mi caso, se le presentaba. Sonreí tímido, incliné un poco la cabeza en señal de saludo, pero el gordo siguió mirándome, impertérrito. Confuso, busqué la

primera mesa en mi camino y me senté a la espera del camarero. Sólo entonces, una vez sentado y posesionado de algo así como mi propio ángulo de observación, tomé conciencia de esa realidad del café que corría paralela a la de la ciudad, a medias entre la calle y el sótano. En tanto ingería la bebida traída por el mesero, dibujé mentalmente un croquis rápido de la presumible disposición del local. Esto sirvió para serenarme, vale decir para incorporarme visual y físicamente a su crepuscular dimensión; aun acepté, sobre mí, tangencial, la mirada absorta, introspectiva, del gordo.

Recuerdo cómo, en aquellos primeros instantes, me propuse a mí mismo un dilatado ejercicio. Lejos estaba de intuir, en lo sencillo del plan, sus impredecibles consecuencias. Me propuse no faltar un solo día al café, hasta convertirme en uno más de sus obligados parroquianos, hasta tornar mi presencia, de tan usual o cotidiana, casi invisible, consuetudinaria, repetida en la visión de los demás tal como los espejos o las mesas de siempre, como el intermitente aparecerse de los camareros de quienes no tememos nos escuchen, a tal punto los hemos involucrado en la disposición inhumana de los objetos que nos sirven.

Acorde con mis escrúpulos de funcionario emprendí la tarea con tesón y renovado ánimo. Durante varios días no pude distinguir entre los hábitos del café al presumible objeto de mis pesquisas. En el ínterin, registraba notables progresos en el programa trazado: los mozos de turno aprendían rápidamente mis preferencias: la cantidad de azúcar en el café por ejemplo, la medida exacta de licor a mi entender conveniente, tales o cuales frituras o dulces, la mesa acostumbrada; algunos clientes comenzaban a verme con familiaridad, alguno

ensayaba una conversación de reconocimiento; incluso el gordo del mostrador —tal parecía la leve distensión de su rostro— se me antojaba proclive a contestar el imperceptible saludo que le dirigía cada vez que entraba o salía del establecimiento.

Al fin, una noche, lo vi. Era posible que hubiese estado allí los días anteriores, confundido entre los con-sabidos asiduos; pero fue sólo en esa noche precisa, en el momento preciso, que su presencia me fue revelada, como si la imagen aprendida de su fotografía hubiese esperado soterrada en el inconsciente, para aflorar sólo entonces: clara, definitiva, destacándose de los demás su perfil, en un luciferino relieve. La sensación podía ser similar a esa que uno tiene cuando ha mirado un cuadro por un tiempo dilatado y únicamente al cabo de un lapso no mensurable reconoce, sorprendido, un matiz o una coloración nuevos, una figura antes no descubierta, un como distinto cuadro confundido en el otro, el visible, o un rostro quizás, un rostro cuyos ojos, mimetizados en el maremágnun cromático de la pintura, parecen haber sido puestos por el artista precisamente para registrar, desde una dimensión oculta, nuestra sorpresa o nuestro sobrecogimiento. Así fue que lo vi: real, absurdamente real; traspasado por obra de fantasmagórica alquimia, de la descripción fría y casi matemática del memorando, a la vertiginosa dimensión de los vivos. Tal —dicen— suele ser —sólo que en un grado mayor de exaltación— lo que siente un creador de ficciones cuando de una manera abrupta, violenta, mira cruzar en carne y hueso el preciso personaje que luego habrá de reproducir de una manera harto más profunda en un libro, cuando reconoce, desorbitado, que en tanto su personaje se desplaza vivo ante él, la atmósfera en torno es, asimismo, la soña-

da o prefigurada en secretas vigiliass, como si la situación implícita se reconstruyese toda desde las inopinadas estructuras del sueño o, al revés, como si la realidad se infiltrase totalizadora, implacable, ineludible a partir de ese instante, amagando voraz todas las sucesivas instancias del ser soñante. Así lo vi cruzar. Mientras se alejaba —yo estaba de pie ante mi mesa—, involuntariamente esboqué un gesto no mío, un ademán que reproducía levemente el peculiar movimiento del otro.

Una vez delimitado mi campo de trabajo, ubicado el objeto de la investigación, verificado, chequeado y actualizado su exiguo expediente en nuestros archivos, concreté la siguiente fase del plan. Era evidente que mi presencia se había vuelto por demás familiar en el calidoscópico ámbito del café: había bastado para ello unas breves semanas, cosa que suele ser frecuente en tales sitios, tal es su contingencia, su fluidez perpetua, la escasa concentración en el tiempo que ofrecen, puesto que tan antiguo o ancestral puede ser el parroquiano que los frecuenta por años, como aquel que apenas ha aparecido la víspera.

Consciente de esta realidad creí llegado el momento de poner en marcha la subsiguiente etapa de mi proyecto. Contemplaba, en esencia, un movimiento de avance hacia Jiménez, una especie de reconocimiento o plan de incursiones fugaces, pero concretas, al campo mismo del enemigo. En forma paulatina, es decir, a través de un lapso no determinado de días, en un creciente aun cuando medido desplazamiento, procuré, cada vez más, situarme cerca de él, de su mesa, de su aire, al borde de esa modificación de las cosas que cada hombre opone a su contorno y que constituye algo así como su propia resaca. Era un intento por infiltrarme en ese mundo que

de tan cerca o cotidiano podía pasar desapercibido para *J*, el mundo de su sombra quizás, ese apéndice nuestro al que nunca prestamos la debida atención (vigilancia digamos), ese mundo de los habituales parroquianos del café que uno frecuenta, perfiles éstos que de tanto mirarlos suelen volverse transparentes. Tal —podía imaginarme— el astuto alfil se coloca en un punto tangencial, invisible, en tanto aguarda oblicuamente que el adversario descubra su flanco o devele, desprevenido, sus secretas intenciones.

Con el tiempo, no me fue ya difícil sentarme junto a su mesa de la manera más natural del mundo, o cruzarme con él afuera, a sabiendas de su previsto itinerario por las calles de siempre. Nunca temí ser descubierto, me sabía despojado de singulares características —inevitable presupuesto para mi trabajo—, y era sólo Jiménez el que cobraba presencia real ante mis ojos, inerme él, identificado al final en su disfraz rutinario, en su distinta y no obstante repetida máscara de todos los días. El reiterado contacto lograba efectos técnicos deliberadamente buscados, que facilitaban mucho la eficacia de mis pesquisas. Podía, por ejemplo, a la distancia, reconocer incontrastablemente a Jiménez aun en el vértigo de la más abigarrada o vociferante de las multitudes. Era posible incluso que Jiménez se me revelara, sin vacilaciones, en un gesto, apenas en la insinuación leve de una parte de sus cabellos, en un fragmento de su torso, visto de espaldas, al fondo del café, de cualquier café, superpuestos otros disímiles objetos o cuerpos entre mi ojo y ese mínimo, imperceptible acentuarse de su presencia en el cambiante calidoscopio de la realidad. A la vuelta de unos cuantos meses, ya no necesitaba señales tangibles de Jiménez para descubrirme cerca de su fugi-

tiva silueta. Me bastaba, a veces, verlo de reajo, apenas para mí como una breve burbuja o vibración en el aire; otras, las más, era sólo una momentánea variación del ambiente lo que me guiaba, sin volverme sabía ya que Jiménez había entrado o salido. En un alarde de virtuosismo ensayaba inclusive una persecución al revés, me adelantaba a Jiménez, me colocaba en lo que él juzgaba sería su futuro inmediato: a donde quiera él entrara yo ya estaba allí, mimetizado entre las muchas y anodinas presencias que lo circundaban; si salía, yo ya estaba fuera, una silueta más en el ángulo de visión perceptible a sus ojos. Un observador sagaz hubiese podido pensar que era él quien me perseguía, tal era el celo o extremo acopio de recursos que me había propuesto en el cumplimiento de una misión a la que estimaba ya, inserto en su no previsto desarrollo, por demás delicada, trascendente acaso.

El resultado fatal, u obvio, en esta fase del seguimiento, habría sido que yo terminase incorporándome al círculo de amigos de *J*. Ello habría sido una falla imperdonable, dada mi experiencia de funcionario. Para empezar, nadie me había aclarado hasta entonces las motivaciones profundas, o secretas, de la misión a mí encomendada: ¿de dónde podía yo saber que debía permanecer desconocido para *J*, una cara que se ha visto en la calle quizás, pero nunca un amigo? ¿Cómo podía yo saber que un día habría tal vez de aguardarlo en alguna esquina, intimidarlo con una pistola, arrestarlo, golpearlo, matarlo acaso? Bien sabía que para tales supuestos el anonimato, la falta absoluta de vínculos, son de rigurosa necesidad. Por eso mismo, mi desplazamiento hacia lo que fuese el mundo de Jiménez terminaba, en esta instancia del proyecto, exactamente en el borde.

Allí permanecía yo, extraño, anodino, insignificante, observándolo todo de reojo, moviéndome con ademanes precisos al interior de una dimensión que los demás, y especialmente *J*, no eran capaces de intuir; se encontraba allí paralela, entre ellos, acechándolos, a punto siempre de alargar un zarpazo o helarlos con el frío de su despiadada mirada.

La vida de Jiménez no era excesivamente intrincada: sus puntos de referencia —unos cuantos— eran simples, fáciles de reconocer e inventariar. Perseguirlo, por tanto, no era difícil. Entre semana, sus visitas al café, si bien diarias, eran cortas, apresuradas: apenas una vuelta para ver a alguien, tomarse un tinto, aprovechar para dar un vistazo al periódico. Mi actividad entonces se centraba más en seguir su silueta a través de las calles, cuando no a observarle en su propia oficina, ocultándome tras mamparas propicias, o penetrando casi hasta su mismo escritorio. Solía también pararme a cierta distancia de su casa, para registrar quienes salían o entraban. Los datos eran casi siempre los mismos: sin embargo, no dejaba yo de anotarlos, escrupulosamente, en el parte de todas las noches. Los sábados eran los días más complicados: era cuando *J* y su mujer salían de compras, iban al cine o visitaban familiares: impredecibles, sobre todo en cuanto a los horarios, me obligaban a poner en juego toda mi astucia para no perderlos de vista. Los domingos, en cambio, se aparecían como más sosegados; hinchable infaltable del *América*, lo veía siempre en la misma grada del estadio. Lo veía gritar, maldecir, saltar simiesco, reír a carcajadas hasta las lágrimas: me resultaba desagradable a esas horas, me hubiera dado igual observar a cualquiera de los aficionados, todos en similares gesticulaciones. Cerraba los ojos y prefería

olvidarme de Jiménez, olvidado él mismo como estaba de sí, inmerso o difuminado en esa vasta vocinglería o multicolor boca abierta que era el estadio.

Al revés, era los viernes por la noche cuando tenía a mi alcance todas las posibilidades de observar plenamente a Jiménez. Los veía llegar a la misma hora, alegres, sedientos, haciendo bromas sobre los diversos pretextos formulados a sus respectivas mujeres, repitiendo —como una contraseña— la frase ritual: «san viernes». El café devenía en una continua algazara, los camareros no se alcanzaban para pasar, de una mesa a otra, las botellas, los vasos, las copas. En los reservados, a la par que las botellas, se destapaban también las barajas, los jugadores se disponían en torno a las mesas y, junto a ellos, inmóviles, fraternos espectadores contemplaban las interminables partidas. El juego incesante, ese retorno de los contrincantes, una y otra vez, al mismo punto inicial, oscilando entre la exaltación y la furia, la sorna, la alegría desbocada, el temor, el miedo, la expectativa, la solidaridad, la traición, la tristeza, la angustia, la desesperanza o la depresión pura y simple, abría toda una gama de posibilidades para el observador desapasionado. Me permitía adentrarme en la verdadera personalidad de Jiménez, prepararme mejor para el cumplimiento adecuado de cualesquiera instrucciones que, en torno a mi misión, podían serme de pronto formuladas.

Sí, me había colocado en un punto donde Jiménez, desprevenido, abría los oscuros vericuetos de su personalidad. Se amparaba inconscientemente en la similar, paralela, igualmente no meditada actitud de los otros. No reparaba en mi presencia cercana. Gesticulaba como un involuntario actor al que persiguiera, implacable, una secreta cámara cinematográfica. Desde mi oscuro

lugar podía ver desplegarse la interminable cinta donde *J* se erguía o se doblegaba, caminaba o permanecía inmóvil, en tanto su rostro volvía obstinado a través de multiplicadas expresividades o muecas.

Sí, todo parecía normal, perfectamente normal, tal como fue o se me antoja que fue en el pasado, en el cumplimiento de otras misiones semejantes a la de perseguir a Jiménez. Todo habría seguido así, a no ser por la aparición, en este perseguimiento de *J* de un elemento nuevo: una leve, insignificante variación que tornaba al caso, de repente, distinto, con un matiz que era, en el fondo, alarmante. Todo, para que pueda encajar de manera exacta, armoniosa, en el sutil engranaje del universo, debe tener, me imagino, una medida, un espesor precisos, y debe cumplir, asimismo, un ciclo determinado de días o años a cuyo término —indefectiblemente— concluye o reaparece, transfigurado, en otra materia. Esto es sin duda un lugar común, pero de no ser así, de no cumplirse esa ley que presupone mi mentalidad legalista, mi apego a los reglamentos, se distorsiona todo, dejan de corresponderse unos con otros los engranajes, y es entonces, cada vez más, a veces irreversiblemente, el desorden, el caos, el miedo. Y algo como esto fue lo que comencé a percibir en tanto cumplía, escrupuloso como siempre, mi persecución a Jiménez.

Un día me encontré meditando en cuál podía ser el objetivo secreto de mi misión, cuál la razón para esa reiterada, absorta inquisición que yo desplegaba. Me dije que yo no era quién para inquirir cuestiones que no me incumbían, que podían rebasar incluso los límites de mi comprensión, inalcanzables como solían ser los niveles en que se tomaban las decisiones. Pero no dejaba de pensar con aprensión en el cúmulo de informes que,

cada día, una vez firmados por mí, debían irse archivando en alguna parte, iguales siempre, todos con las mismas anotaciones, similares sospechas o referencias, una y otra vez, reiterados, tenaces, en un eterno retorno, en un periplo constante donde yo descendía, cada noche, al mismo punto de partida. Pese a mis esfuerzos por dejar a un lado tales preocupaciones, éstas tendían más bien a acentuarse, a tornarse con mayor asiduidad o frecuencia, acuciantes, crecientemente puntuales. Y era que las cosas habían pasado de cierto límite dentro del cual podían considerarse normales. Tanto en mi trabajo, como creo que en cualquier otro, hay un momento, una determinada instancia, en que lo empezado termina, o se incorpora a un renovado proceso, en fases sucesivas que han sido acaso previstas en un proyecto inicial. Mi misión parecía dilatarse más allá del lapso acostumbrado, se volvía anormal, puesto que la instrucción primigenia —esa de seguir obsesivo a Jiménez— permanecía igual, inalterable, secreta. Si al menos me hubiese llegado la orden de practicar, por ejemplo, un registro, un allanamiento; o la de vigilar a alguno de los allegados de *J*, o simplemente la de tener listas las condiciones para un eventual arresto, entonces habría tenido la sensación de que el asunto marchaba, en algún oculto nivel; habría pensado que no estaba solo, que mis informes eran leídos por alguien y que ese alguien me contestaba, dialogaba conmigo, me hacía partícipe de las nuevas disposiciones adoptadas en el curso del operativo, aunque sea a través de ese oscuro lenguaje que puede entablarse entre una y otra instrucciones.

En mi aprensión llegaba incluso a preguntarme si el proyecto —nunca dudé que debía haber un proyecto— contemplaba la vigilancia de *J* sólo por el hecho de que

frecuentara determinados cafés, trabajara en su oficina de siempre, cobrara puntual su quincena, o llevara de un modo sólo suyo la corbata o el traje; entonces cualquiera podía ser objeto de mis pesquisas, o quizás yo mismo podía estar vigilado, o tal vez —esto fue una duda apenas, una fulguración rápida— era *J* quien me perseguía, *J* quien se adelantaba a mis pasos, vigilándome desde un punto del día que yo aún no alcanzaba, situado él en zonas que yo presumía dispuestas para mí solo.

Fue entonces que concebí un extraño designio. Todas las posibilidades para lograr un cuadro de las costumbres, relaciones y personalidad de Jiménez, desde una perspectiva racional, convencional diríamos, estaban ya agotadas, mejor dicho habían sido minuciosamente registradas y corroboradas en innumerables informes, a lo largo de un número ya dilatado de meses o quizá de años. Pero la instrucción inicial, aquella formulada en el memorando ya amarillento, no había sido aún modificada ni sustituida. ¿Se querrían probar acaso mis propias capacidades?, ¿era *J* sólo un pretexto para obligarme a desplegar otro tipo de iniciativas, en una perspectiva inédita, desconocida para mí? Quizás el nivel donde se toman las decisiones esperaba algo de mi iniciativa y tal vez era ya demasiado tarde. Pensé que era necesario hacer algo, pronto, y fue así que urdí mi extraño plan, lo que podría llamar la tercera fase del proyecto. La idea no surgió en mí espontáneamente, fue más bien el resultado intelectual de un proceso físico que de alguna manera inconsciente había comenzado a hacerse carne de mi carne, a irritarme mejor dicho, a tornarse, más que una preocupación o sospecha, en insoportable evidencia física. Fue algo así como el reflejo distorsiona-

do, la metáfora de una perplejidad que debía verificarse en la piel, en los huesos, en el ademán de mis brazos o piernas. Sé, ahora, que todo habrá empezado de modo por demás imperceptible, paralelamente a esa persecución de *J* en que me había empeinado por largos meses o años. Pero cuando, lo que en un inicio no era más que leve sospecha, se volvió cabal certidumbre, la sentí de tal manera arraigada, hecha tan hábito, que supe también, a la vez, que me sería difícil desprenderme de eso nuevo adherido a mi propio ser. Creo, trato de entenderlo ahora, que cada movimiento hacia *J* habrá dejado innumerables marcas en esa sustancia movediza que es la mía, como si no hubiese podido salir ileso del acecho y, al ejercicio feroz de perseguimiento, dentro de todo lo supuestamente anormal de mi dilatada, extralimitada misión, se agregase un lento, paulatino asemejarse de mis gestos a los de mi perseguido, un inconsciente mimetizarse en lo que *J* era a fuerza de ocupar su mesa vecina, a fuerza de ser su sombra, a fuerza de estar atento a cada uno de sus desplazamientos, a cada mueca de su rostro, a cada gesticulación por absurda que fuese, de su mano. En vez de sacudirme de esa especie de excrecencia motivada miméticamente por *J* decidí llevarla hasta extremos límites, única forma —pensé— de sondear los ámbitos profundos de su existencia. No sé por qué deduje que quienes integraban el nivel de las decisiones esperaban eso de mí. Pensé, en todo caso, que mañana bien podía ordenárseme que sometiera a *J* a un interrogatorio, a una tortura, quizás; ¿cómo podría lograr resultados satisfactorios, alcanzar el propósito último de esa tortura hipotética, si no lograrse conocer a *J* en profundidad, tal que si fuese yo mismo? Convenci-

do de ello, no tuve más que ahondar, ahora, de manera consciente, mi aprendizaje. Confieso que fue un empeño largo, tedioso, difícil: temí sucumbir muchas veces, agotado, exacerbado, al borde de la desesperación o de su camuflada variante: el tedio. Cada uno de los gestos de *J* fueron ensayados por mí a lo largo de innumerables días, cada mueca o tic de su rostro repetidos mil veces ante el espejo. Renové mi escaso vestuario, sustituyendo cada prenda con otras exactamente iguales a las de *J*. Mi corte de pelo fue también como el suyo; me regocijé muchas veces pensando que tal vez mi misión pudiese ser, alguna vez, suplantar a *J* ante alguien; me dije a mí mismo que aquello no me sería imposible.

Conforme aumentaba mi parecido al menos gestual y talar con *J* —una feliz casualidad hacía que mi tamaño y estatura fuesen como los suyos—, hube también de evitar el café, al menos a las horas frecuentadas por *J*, temeroso de llamar la atención con mi semejanza. Me refugiaba en un restaurante cercano, la *Lonchería italiana*; vigilaba a *J* de lejos, de un modo más bien oblicuo, no pertinaz, no asiduo. Una noche de viernes me asaltó una idea audaz: introducirme en su mundo, reconocer un poco el entorno de su trajín cotidiano, íntimo. Seguro de que *J* continuaría enfrascado en el juego hasta el amanecer, y poseedor de una llave que me había procurado mucho tiempo antes, penetré en su casa un poco después de las doce, a una hora adecuada para la sigilosidad. Habiendo estudiado previamente el plano y demás detalles por pura exigencia de mis tareas, sentí todo familiar, no desconocido ni hostil su aire, como si sus corredores y puertas y recovecos hubiesen ya desfilado ante mí en otros insomnios. Verifiqué pronto algunos lugares propicios para el acecho, desde don-

de podía captar cualquier movimiento, escuchar todo ruido. Permanecí así por horas, familiarizándome con esa vida exigua que cunde en las casas a la madrugada, percibiendo y deduciendo el porqué de los sonidos más insignificantes: el leve raspar de unas uñas de gato contra la almohada, los ronquidos de una criada en los cuartos del fondo, acaso la vigilia de la esposa de *J* en el dormitorio. Durante varias noches —noches de viernes— repetí la experiencia, en tanto la casa, los cuartos, las puertas, se presentaban distintos, acometidos por tenues modificaciones: no era lo mismo una escena en una noche de lluvia, por ejemplo, como no lo sería a la luz de la luna ni en una noche de conjunción: la casa toda levitaba, de semana en semana, a través de imperceptibles, estremecedoras transfiguraciones. Había algo, sin embargo, que no por diverso, dejaba de poner una nota densa, prosaica, grotesca, siempre a la misma hora: me refiero a los regresos de *J*. Desde que entraba hasta que se dormía la casa experimentaba unos como secretos desgarramientos a los que él era ajeno. Su portazo generaba una sucesión disímil de raros, abruptos aconteceres: un gato acaso erguía su pelambre espectral en alguna parte, alguien podía regresar apresuradamente del sueño, se producían —estoy cierto de eso— sutiles retrocesos o avances en las cosas todas: en las plantas, en los cristales, sumidos hasta esa hora en una discreta vigilancia. Luego venía la brusca entrada al baño de *J*, el eco de sus vómitos o ese ruido de insecto que se hace al lavarse los dientes; después, en una inaprensible y ciega secuencia, me imaginaba a *J* introduciéndose como un ave nocturna en la cama, escuchaba lejanos murmullos, a veces a *J* buscando en silencio, bajo las sábanas, la tibia piel de la mujer. En esa forma, en la repetitiva intro-

misión en el ámbito íntimo de Jiménez, logré casi una identificación con sus hábitos, un conocerlos en profundidad, con rigor, con hondura, al punto de sentirlos míos, vivencialmente míos, de una manera inasequible.

Concebí algo todavía menos usual, más arriesgado, un acto en cuya comisión lograría comprobar si había logrado realmente parecerme a *J*, en tanto podría sondear los niveles más recónditos de su ser. Pensé que *J* no era sólo, como entidad, esa figuración que cada noche de viernes trasudaba sobre la mesa de juego, sino que era, también, los seres que lo rodeaban: su casa, su mujer, su calle; adentrarse en esas distintas dimensiones parecía no sólo oportuno, sino además, imprescindible. Una noche, avancé hasta su dormitorio; presentí en la oscuridad la respiración de su esposa, si bien no podía asegurar si estaba dormida o despierta. Imité en la sombra los gestos que habría hecho la sombra de *J* y, una vez en la cama, busqué a tientas el cuerpo de la mujer. Aquella noche aprendí mucho de los hábitos sexuales de *J*, de sus mezquindades y exaltaciones; de aquellos labios que me besaban en la negrura de esa hora escuché, como en un espejo de palabras, el relato mórbido de otros actos, de otros deseos jamás satisfechos, el reclamo porque se repitieran o reconcentraran pasados azares de la carne, casi olvidadas concupiscencias. Pudieron mis manos, a través de la piel cálida de la mujer, de su pelo y sus caderas grávidas de oscuridad y deseo, recorrer los ocultos caminos de *J*, esos que ni él mismo sería capaz de reconocer, si no fuese en el sueño. Descendí, artero, en un como vívido trasunto de Jiménez, en tanto reconocía, deslumbrado, senil, el sitio preciso hasta donde él también, a su vez, podía llegar en el límite último del delirio, la muerte o la sobrevivencia. La

experiencia obró en mi profundamente. Al cabo de un largo tiempo, el proceso iniciado ya no podía llamarse de imitación solamente, sino que había entrado en una fase de franca metamorfosis.

Una nueva existencia empezó para mí. Podía estar muy lejos de *J*, pero yo sentía siempre cercana su presencia, más tangible que nunca. Presentía que un muñeco invisible reproducía sus gestos, que algo dilataba en el aire su cuerpo, como si hubiese dejado olvidada su sombra por ejemplo, como si regresara a burlarse de mí, a imponerme implacable su brutal evidencia. Habitado a descubrirlo en las variaciones mismas del aire, percibía que *J*, igual que una maldición, persistía allí mismo, adherido cual una baba, como una monstruosa careta de caucho, a mi piel. Reconstruido ya, lo reconocía una y otra vez, con horror, en mi propia gesticulación inútil, en ese rictus no mío que ya para siempre determinaba mi rostro. Era un Jiménez fantasmal el que surgía entonces; no podía verlo, pero sabía —tomaba conciencia extrañado, casi aterrorizado— que otros acabarían por reconocerlo con sólo mirarme: era, así, una sensación terrible, de alejamiento más bien, de enajenación, algo vagamente sicalíptico, una modificación de mi apariencia y aún de mi cuerpo que me degradaba, que me envilecía por lo mismo que me transformaba en una especie de doble servil de Jiménez, su desconocido sucedáneo, su excrecencia si cabe. Con los días, alcanzaba un punto más bajo de envilecimiento: era la aceptación de la degradación misma, como si ésta tendiese a consolidarse, al tiempo que empezaba a acostumbrarme a ser nada más que una copia al carbón de Jiménez, su oscuro daguerrotipo, el negativo de su fotografía tomada una y otra vez, obstinadamente, desde distintos ángulos. En

ocasiones —ya nada parecía importarme—, mi movimiento se tornaba ridículo, igual al de una marioneta manipulada a lo lejos por las manos de *J*, demiurgo ciego, no conocedor de este doble suyo, hecho —me reconocía— como de paja o travesaños grotescos, este remedo suyo que, sin embargo, lo perseguía, que seguiría persiguiéndolo a pesar de todo: con rigor, inflexible.

Varios son los episodios que marcan ese sutil proceso de despojo, diría, de mi propia carne. Ahora, más que nunca, suelo recordarlos, buscando en ellos no sé qué de desconocidos presagios. Pero de todos, recuerdo especialmente uno, una tarde, un instante en el cual la certidumbre de mi metamorfosis llegaría exacta, acabada. Me disponía a empujar los bastidores de la entrada al *Cádiz*, en el momento en que él, *J*, movido por un azar abrupto, emergía desde adentro hacia la luz de la calle. Mientras nos acercábamos, noté que mi traje era exactamente igual al suyo, el mismo color, la hechura idéntica; el cigarrillo crepitaba en su mano igual que en la mía; su brazo se doblaba en contrapartida del mío; mis gestos eran los suyos; su rictus, su reconcentrada mirada, podían adivinarse en mi rostro; me sentí un inopinado gemelo, la parte de nuestro invisible hermano siamés re-encuadrada de pronto.

Al coincidir en el mismo punto, se cruzaron nuestras miradas; hubo un amago de extrañeza en sus ojos; por una fracción de segundo pareció o quiso reconocermeme; por un instante fuera del tiempo braceamos ambos al otro lado del mismo espejo; luego, en el aliento de un largo minuto, siguió desplazándose hacia la calle, y yo penetré bruscamente hasta disolverme en el humo denso del bar, en las mil voces tibias que volvían aterciopelada su vana penumbra. Al mirar una vez más hacia la

calle, sólo pude adivinar o presentir el pavimento desierto, las ventanas superpuestas de la ciudad que luego, cada una con su ojo disímil, tornarían a espiar burlonas, una vez más, mi vacua persistencia.

Esa fue también la última vez que vi a *J*. Por varios días insistí en frecuentar los sitios trajinados por él: el café, la oficina, la esquina de su casa. No había señas suyas, su presencia había terminado brusca, extrañamente, sin lugar a conjeturas. Por algún tiempo volví en mis recuerdos a nuestro encuentro a la entrada del *Cádiz*: quería leer en ese rostro que me miraba, que seguía mirándome perplejo, un indicio, una revelación, acaso un designio; pero sólo alcanzaba a recordar su gesto que era apenas de extrañeza, su fugaz desconcierto, ese enorme parecido a mi propio yo que avanzaba, obstinadamente, en mis sueños, acentuándose desde las sombras del bar hasta la brillantéz disolvente del sol, afuera, en la calle.

Mi perplejidad empezó a tentar peregrinas hipótesis. Inventé, por ejemplo, que *J* nunca había existido, que todo mi trajín de los meses o años pasados había sido a través de un pertinaz laberinto de espejos, allí donde yo mismo me perseguía, atisbándome al fondo de los cafés, en las mamparas o en los escaparates que son de cristal, casi siempre; en las vitrinas infinitas de la ciudad: todo en un afán inconsciente, no deliberado, siniestro casi. Luego quise pensar que *J* había sido una argucia más de la ciudad, una sombra desprendida en la pátina de las calles, semejante, en su fugitiva figura, a esas caras que uno descubre en la cal desgastada. Pero al cabo sólo podía entender que éstos no eran más que juegos inventados en mi desolación creciente, porque —y esto era lo absurdo—, la casa donde yo había velado tantas noches de viernes, estaba allí, en la misma calle,

sólo que habitada por otras gentes, sin rastros de que en ella alguna vez hubiesen morado *J* y su mujer, es decir, *J* y esa cálida forma femenina acariciada secretamente por mí una madrugada de sábado. Y era también verdad que *J* había dejado su impronta imborrable en mi ser: lo descubría en mis gestos, en la expresión ya para siempre grabada en mi propia cara: *J* sobrevivía en mí mismo, yo había heredado su traje, sus zapatos eran éstos con los cuales yo cruzaba —cruzo—, día tras día, las calles que antes fueron las suyas. Era inútil mi esfuerzo por librarme de esta identidad recién asumida, de este ser otro que desde entonces, y ahora, soy yo y seré siempre, un siempre que en este instante me resulta más bien exiguo, precario. Intentar trascender esta filiación imprevista me parecía —me parece— como tratar de disimular la falta de ortografía, cuando de la *J* erróneamente incluida buscamos sacar una *g* grotesca, jorobada, apenas superpuesta.

Me imaginé también que *J* hubiese tramado este no previsto final. Acaso se hubiese percatado de mis pesquisas desde su inicio mismo y dejado, clarividente, que tuviera lugar mi lenta metamorfosis, mientras él ejercía una paulatina, aun cuando perfecta coartada, hasta dejarme inerme, solo, ocupando su lugar en la ciudad, indefenso ante los saludos que ahora se me dirigen creyendo que soy él, *J*, Jiménez. La suposición me ha sumido en un completo terror. Porque ahora sé, tengo la ineludible certeza, de que hay alguien que me persigue. Me parece atisbar de pronto, confundida entre los transeúntes, la silueta de alguien que sigue obsesivo mis pasos. Ahora que me doy cuenta, soy yo, *J*, solo, sin papeles probatorios, el que espera. Sé que la persecución

llega ya a su término. Del otro lado de la puerta, mientras escribo, siento un ojo inclemente mirar a través de la cerradura. Oigo, furtivo, un correr de pasos en alguna parte. La investigación parece haber concluido. Sé que tan sólo debo esperar, en la antesala de un nuevo terror, yo y nadie más, con mi traje de otro, con mis manos prestadas, con esta máscara que es al final una marca indeleble, con esta corbata no mía pero que prefigura ya, asimismo, la horca preparada para otro, ese otro, yo —otro, yo...

## REGISTROS EN UNA HUMEDAD

No sé cuando empezó esta sensación de andar dentro del agua, este ver a las cosas como si erraran en el fondo de un acuario, este tener los ojos semejantes a ojos de peces, y las manos viscosas, y todo verde, acuoso, turbio-transparente, indefinible hacia el fondo, hacia ese final en que los objetos no desaparecen y sin embargo se diluyen. Sólo sé que en estos días la humedad ha ido creciendo del fondo de mí mismo, que todo se ha ido haciendo agua en torno mío y que, nada más vago a tientas, lentamente porque es pesada la humedad, corroídas las formas del cuerpo y de la cara, tanto que a veces, al mirarme en el espejo, ya no encuentro el límite preciso, porque hay la misma agua y el mismo moho de uno y otro lado.

Todo empezó tal vez, esa primera noche, al volver a casa, aunque yo diría que comenzó entonces a ser perceptible, más inmediato a los sentidos. Había llovido mucho en esos días, lo que, como comprendí mucho después, no sería más que una casualidad sin importancia, un incidente lateral en ese proceso que estaba previsto desde los años de la infancia y aun antes, en un tiempo perdido incluso en esa memoria que despierta cuando cierras los ojos y te pones a escuchar las voces de los antepasados en el torrente de la sangre.

Aquella noche, sin embargo, el cielo se había despejado y, no obstante, yo conservaba aún, dentro de mí, esa tristeza que crece en los hombres cuando a la mañana, al despertarse, encuentran que la lluvia sigue siendo igual que la tarde anterior, en un golpeteo sin fin sobre las calles y las piedras. Las gentes salían a esas horas de sus casas, deseosas acaso de vagar en ese aire traslúcido que suele suceder al cese de la lluvia. Envueltas en sus sobretodos blancos —lo recuerdo porque comenzaba a ver las cosas de otro modo, quizá con mayor lucidez y fijeza— integraban un extraño ballet que se proyectaba en la oscuridad de la noche, una especie de rito inmemorial por el cual aquellos fantasmas se aparecían en los más imprevistos lugares, en callejones ocultos, o bajo los árboles, y al tiempo que unos se detenían en escaleras dispuestas especialmente para el efecto, otros cruzaban transversalmente para perderse en la misma tiniebla de donde habían salido; rito que —me parecía— hace también que los insectos y las aves y los animales salgan de sus madrigueras una vez desvanecidos los estruendos de la tormenta y, en la misma forma, los obliga a replegarse o huir ante la cercanía de un insondable peligro. Yo, en cambio, me escapaba ya de esa danza de seres alegres y satisfechos, precisamente porque había intuido oscuramente la razón de la misma, pero, sobre todo, porque descubría que ya no sería posible librarme como aquellos de este moho de ahora, puesto que, cual si una maldición hubiese caído sobre mi alma, y a pesar de que las estrellas brillaban ya a lo ancho del firmamento, el frío de las semanas anteriores seguía extendiéndose bajo mi piel, persistía más que nunca y se instalaba definitivamente en las cavidades de mi cuerpo. Era un frío de

otro orden, algo que, más que en la carne, estaba en esa zona llamada de la conciencia, y fluía hacia aquella a través de inéditos laberintos. Tal sensación se hacía en mí certidumbre al darme cuenta de que justamente ella me tornaba distinto a los demás, ajeno al ritmo sensible de sus existencias. Supe que había empezado a entender, en tanto determinadas percepciones, catalogadas antes como aisladas o sin importancia, crecían ahora con la fuerza de la certeza, alucinada certeza, comparable a la del buzo que luego de andar por horas en el fondo del mar sube de pronto a la superficie, y sólo allí, dolorosamente, quizá demasiado tarde, capta de un golpe la simple verdad escondida bajo las aguas, eso que hasta ese instante no era más, para él, que un oscuro fluir de verdes y ocres, de azules y negros intermitentes, enmascarado en un susurro fluctuante de algas o peces.

Del mismo modo, mi conciencia reflató esa noche al filo de las aguas y comprendí que irremisiblemente me estaba sumergiendo dentro de ellas. En el curso de ese regreso a casa, y como si se tratase de un primer avance, de una premonición acaso no mía sino de la realidad, los árboles se me aparecieron de pronto a los ojos como enormes plantas del fondo oceánico, tentáculos que se alargaban en el aire-agua de los parques; las calles se me vinieron sinuosas, resbaladizas, cubiertas ya de una lama invisible, similar a esa que habita alrededor de las ciénagas; las paredes ondulaban ahora hacia arriba, siempre hacia arriba, como reflejadas por un espejo que girase incesante en las calles, hasta perderse en una región indeterminada en que ya no eran paredes ni muros ni techos, sino simplemente algo fantasmal, una zona ondulante y movediza que iba a perderse en la oscuridad; y luego, más allá, estaban las burbujas de las

ventanas explotando en la noche, las líneas del alumbrado como escalas de un mundo en perpetuo descenso, los hombres similares a ahogados que desfilaran suspensos de cuerdas invisibles, marcados ya los rostros por ese verde de la agonía que se anticipa a la muerte.

Esa misma noche soñé que me despertaba al fondo de una piscina. Recuerdo que trataba de llegar al azul que se insinuaba sobre la superficie, pero lograrlo era imposible y, al contrario, cada segundo —esos segundos interminables de los sueños— me hundía más, me iba irremediadamente hacia abajo, mientras un glup-glup ronco desesperante que luego comprendí —esas transmutaciones angustiosas del sueño— no era un ruido en mi boca sino de algo más abajo, ese caño que en lo profundo se tragaba las aguas, ruido que no era más que el glup-glup de agonía de las aguas al ser devoradas, en tanto yo, arrastrado también a ese desaguadero absurdo, a esa muerte de todo lo viviente, sentía que me transformaba en algo largo, sinuoso, desesperado no obstante por escapar, por atravesar los varios compartimientos de los sueños y llegar por fin a despertarme. Y ello, aun a sabiendas de que la realidad no sería más que una prolongación de ese sueño, el cual, a su vez, era precisamente el reflejo de aquella. Al despertarme, comprobaría, en efecto, que se había tratado de un primer anuncio, de una primera verificación de lo que sucedería después, cosa que me parecía al sentir adentro la humedad como siempre, creciendo cual un resquemor de la conciencia bajo la piel.

La mañana siguiente a ese sueño fue como haber salido apenas del subsuelo a un estrato superior. Me sentía algo más tranquilo, quizá porque el frío de la noche anterior había menguado un tanto. Me daba cuenta,

sin embargo, de que no importaba ya el frío de afuera, circunstancia puramente casual que existía tal vez para confundir la verdadera imagen de los hechos que empezaban a producirse. Lo que importaba realmente era ese frío en mi cuerpo, esa sensación de enmohecimiento que me hacía presentir que estaba en el principio, es decir, en el final.

En los días que vinieron después la humedad siguió incrementándose. Ya no era solamente aquella vaga sensación de frío de la primera noche; a medida que pasaba el tiempo, la carcoma que estaba royendo oscuras zonas de la conciencia se hizo más evidente, pareció cubrir y corroer regiones de la sangre y los huesos, el proceso de humedecimiento se alargó y agrandó semejante a una esponja que hubiese aparecido de pronto en mis entrañas, una esponja viva, ya no vegetal sino animal, algo de lo que ya había pasado a formar parte, como si me estuviesen devorando por dentro, y que, mientras en mi interior sembraba la corrosión y la herrumbre, acentuaba afuera, a mis ojos, esa realidad acuosa, a ratos en trance de putrefacción, que era para mí el mundo exterior.

A pesar de ello, y debido a que lo que habría de sobrevenir se presentaba todavía confuso, mimetizado entre los episodios cotidianos, no di al asunto la trascendencia que tenía y, al contrario, trataba inconscientemente de olvidarme, dedicándome con mayor intensidad a mis actividades de costumbre. Así reiteraba, con disciplina o rigor, con obstinación quizás, ese trayecto de cada día que va del sueño al excusado y al lavabo y a ese rostro desconocido que se asoma al hacernos la barba en el espejo, y que puede alcanzar incluso el borde del café o el desayuno en compañía de una mujer que

ya no existe porque es tan sólo una costumbre. Y hasta pensaba, llevado por un loco optimismo, loco porque así lo harían calificar los hechos posteriores, que sólo se trataba de una enfermedad pasajera. Pugnaba entonces por contrarrestar de algún modo el avance de esa cosa que me mojaba por dentro y comenzaba inclusive a avergonzarme cuando me sentía líquido, lleno de fluidos aun en las partes pudendas, depósito de quién sabe qué extrañas putrefacciones.

En el intento, ensayaba diversas estrategias: dejaba de ingerir líquidos o cualquier cosa que pudiera alimentar la humedad, y hasta procuraba bañarme lo menos posible, apenas para mantener cierta limpieza decorosa y, por lo tanto, libre de sospechas; me sentaba, por horas y horas, junto al fuego, o me echaba al sol —un sol cuyo calor se desvanecía en el aire turbio—, pero todo esfuerzo resultaba inútil, porque no sólo que no desaparecía la humedad, sino que ésta, como fortificada por el calor, se volvía más patente, se transformaba en una materia viscosa en mis entrañas, como si fuera un animal que abrevara dentro de mí, en pantanos sumergidos en las profundidades de mi cuerpo.

De hecho, ese cambio en mis costumbres íntimas, ese desplazamiento del aseo y el baño diario a la pereza de echarse sin más al sol o junto al fuego, despertaba en mi mujer sospechas infundadas, se acercaba a mí hecha carne nuevamente, volvía a tener ojos y manos y corazón de gata, y hasta uñas y palabras, y se hacía en mi torno sexual y peluda, y ronroneaba, pero nada era ya posible entre mi humedad creciente y su cuerpo sólido, sus relaciones sólidas, entre el moho que apuntaba ya en los rincones de mi piel y sus secos labios y su rostro de metal y sus utensilios que eran de acero inoxidable o de

madera indestructible. Así, esa humedad nueva corroía ya no sólo mi cuerpo sino también lo que inmediatamente me concernía, ese mundo mío familiar y nupcial que hasta entonces me había protegido y dentro del cual me refugiaba como si fuese una cueva recóndita: la oscuridad extendida bajo la cama.

Con el andar de los días me fue mayormente difícil mantener la serenidad. Del entresijo de sensaciones en que se ocultaba en una primera etapa, mientras incubaba y echaba en mí raíces poderosas, la humedad se definió más, cubrió cualesquiera otras percepciones, convirtiéndose —sentía— en el principal comportamiento fisiológico de mi cuerpo. Ya no pude cumplir con la misma desenvoltura los actos de mi vida, y hasta andar por la calle se volvió una interminable tortura, cansado como me encontraba de cargar aquella materia corruptora y sofocado, además, por esa vergüenza que me sobrenecía al reconocerme diferente a los otros, semejante casi a un monstruo escapado de un siniestro zoológico. En el trabajo, era como si esa realidad turbia se acentuara más, quizá porque el mundo al que pertenecía la oficina era más frío y lejano, tal vez porque tenía que redoblar mis esfuerzos para no ser descubierto, o acaso porque es en ella donde uno se siente más solo y entonces el enmohecimiento resultaba mayor, acrecentado en forma similar a esa soledad que hace que el moho se expanda mejor en las grutas o en las habitaciones clausuradas.

Frente a mí, las máquinas y los escritorios, y las cabezas de los oficinistas, y los muros cubiertos de cuadros estadísticos, y las puertas que se cierran y abren, y hasta los rostros adustos de los jefes, y aun

los tarjeteros automáticos y los archivadores y los ventanales, todo en fin, se iba hundiendo lentamente en esa realidad húmeda que era, día a día, más extensa, más implacable. Imperceptiblemente, como guiado por un elemental instinto de conservación, y quizás deseoso de no traslucir a nadie el fenómeno que me atormentaba, me fui alejando de los otros, o fue también, pienso, porque éstos comenzaron a alejarse, como si intuyeran algo repulsivo en mi cara o en mi apariencia.

Lo verdaderamente horrible comenzaría, sin embargo, después, cuando aquello que hasta entonces era sólo una sensación de humedad se manifestó en forma de hechos, expuesto a la visión física y a los sentidos. Sí, porque, como si lo anterior no hubiese sido más que la preparación del proceso real, una mañana me sentí especialmente húmedo, más lleno de esa agua, y observé con horror mojada la piel, empapados al tocarla los dedos, humedecidos por igual cualquier papel o pedazo de madera que mis manos tantearan. Comprendí, en esos momentos, que se había iniciado de verdad el martirio, que había empezado a cumplirse en mí aquello previsto desde siempre, a través de múltiples solidificaciones y desmoronamientos en la materia. Porque ahora, eso que acababa de exponerse a la vista, ya no era reversible y evidenciaba su indeclinable voluntad de crecer, de abarcarme todo, y quién sabe si aún más, en un abrazo pestilente.

Poco a poco, las cosas fueron perdiendo a mi vista la cohesión que les caracterizaba y, tal vez como efecto alucinatorio de mi enfermedad, se tornaban flotantes y diluidas, difuminadas casi en la incertidumbre de la realidad. Me afanaba por convencerme a mí mismo

de que el mundo exterior seguía siendo como antes, y que todo era recto, geométrico, sólido, que nada podía corroerse porque frente a la acción del orín o de los insectos estaban la dureza de la piedra, la resistencia de la madera, la impermeabilidad del acero; estaban —solía decir para mis adentros— la antigüedad de las ciudades, monumentos que habían sobrevivido a los embates del tiempo y las catástrofes, edificios donde la gente habitaba segura y protegida, gobiernos bien cimentados sobre sólidas capas burocráticas; estaban también —pensaba— los ejércitos, los diques, los muelles, las alambradas, las redes de alcantarillas bajo las calles para que el agua descendiera por ellas y desapareciera; estaba toda una organización hecha de cemento y leyes y mecanismos de seguridad que evitaba fuese destruido el ensamblaje levantado por los hombres. No obstante, y pese a toda esa verdad que ya dejaba de serlo, nada podía detener el lento avance de la humedad, y el frío crecía más dentro de mí, y el mundo se volvía incierto y movedizo, inmerso como estaba en un universo de agua.

Tal sensación llegaba a límites insoportables cuando comprobaba, perplejo, que la humedad en la piel no era sólo de agua sino de algo más: un líquido untuoso, corrosivo, que pesaba en las cosas, dejaba en ellas una huella indeleble, y gravitaba especialmente en mí, en mi carne rebosante ya de líquidos densos, de espesas, abominables destilaciones.

Empecé a sentirme verdaderamente solo, porque mi mujer dejó de aparecer, y acabó por dejar de ser una costumbre, y se hizo real al irse de mi lado, un espacio vacío que duele como una enfermedad porque es justamente eso: un espacio vacío, un lugar para un cuerpo de verdad, sin disfraces ni máscaras.

Traté, precisamente para evitar que siguiera acen-  
tuándose mi aislamiento, y con una actividad que a mí  
mismo me sorprendía, de extremar las precauciones  
para no ser descubierto, pues, pensaba, nadie volvería  
a acercarse a mí de saberlo, se alejarían de una vez, re-  
pelidos como nos sucede a todos cuando debemos pa-  
sar por lugares húmedos donde imaginamos debe ha-  
ber algo más que la simple humedad y cobran forma en  
nuestra mente siluetas de hongos venenosos, de reptiles,  
de insectos que habitan bajo las piedras o en las ranuras  
de las grutas, esperando nuestro paso para inyectarnos  
su veneno. Escondía mi humedad bajo la mayor canti-  
dad de ropa posible y usaba desesperadamente gruesos  
abrigo, sombreros, orejeras, bufandas, gafas, guantes.  
No obstante, nada resultaba útil porque, al parecer, los  
demás habían ya intuido mi condición verdadera, cosa  
que sentía cuando observaba que se apartaban ostensi-  
blemente de mi lado, procurando situarse lejos de mí y  
aun tratando de no mirarme, torciendo siempre la mi-  
rada hacia un lado cuando inevitablemente tenían que  
dirigirme la palabra. Llegué incluso a sorprender en al-  
gunos una vaga mueca, que no logro precisar, todavía, si  
era de sorpresa, de incredulidad, o tal vez de asco, o de  
angustia. La soledad, una soledad parecida a una conde-  
na, devenía así fatal consecuencia de eso que me había  
carcomido en el curso de los días antepasados.

Lo descubierto en la actitud de los otros se agudi-  
zaba cuando, pese a toda la ropa que llevaba, me sen-  
tía como desnudo ante ellos, puesto en evidencia aún  
en lo recóndito de mi intimidad, en la satisfacción de  
mis necesidades más ocultas, en esa parte oscura donde  
se esconden los secretos y las intenciones más infames.  
Ese desnudamiento, experimentado justamente porque

los demás evitaban mirarme, derivaba en una sensación de degradación donde yo sabía ya que no podía ocultar nada, expuesto a la mirada pública —a la oblicua mirada pública—, réprobo y humillado, despreciado porque ya no era más hombre sino una alimaña descubierta en lo profundo de su cubil.

Toda precaución resultaba así vana, y más todavía cuando, paulatina, la humedad trascendió la dimensión única de la piel. Con el paso de los días, y al tiempo que se hacía más untuosa y pesada, traspasaba también abrigos y guantes, de modo que todo yo era un solo cuerpo de agua, un muñeco hecho de humedad, un perpetuo e inacabable mojarse de la piel y las sábanas y las camisas y las corbatas, como si dentro de mí existiesen órganos acuáticos que exudaban interminablemente su moho hacia la superficie.

Entonces, la soledad comenzó de veras a gotear su viscosidad en ese charco que era yo mismo y en el cual inevitablemente empezaba a ahogarme. Con mis ojos de pez descubrí uno y mil detalles, por los cuales podía deducir que ya no era más un hombre como los otros, y ello con seguridad porque esa humedad desplegada en mi cuerpo dejaba al descubierto mi condición verdadera, como si la conciencia estuviera expresándose físicamente, descomponiéndose al ritmo de su propio proceso.

Una mañana, al entrar como siempre en la oficina, anticipada en mí la sensación de que los demás estaban apartándose de mi torno, saludé igual que todos los días a esas máscaras que de algún modo eran mis compañeros y no me contestó nadie. Era —recapacité después— como si mi voz misma llegase a ellos con algo de mis putrefacciones recónditas, como si el eco de mi

voz despertase en ellos malos olores, derrumbamientos inéditos, pequeños escalamientos de una descomposición que quizá no era sólo mía sino de todos, aunque camuflada en ellos de distintas formas, y de lo cual yo resultaba la insoportable evidencia. Creí que tal vez no me hubiesen oído y repetí mi saludo, tratando de que mi voz saliese lo más amable posible y no hubo respuesta, sino más bien una impresión de que todos estaban incomodados, angustiados al presentir alguna oscura amenaza, enfundados más que nunca en sus particulares refugios. No tuve más remedio que atravesar el gran espacio vacío hasta mi escritorio, sentir que la humedad crecía en mí aceleradamente, estimulada por esa soledad que me abrazaba como para siempre.

Eso fue en el principio. Luego, cada vez más, se multiplicaron las manifestaciones del rechazo en los otros. Ya no era sólo el dejarme con el saludo en la boca, era también el alejarse lo más posible de mi escritorio, sembrar espacios desolados en torno a mí, cerrar los ojos a mi paso, como cuando desviamos la vista de una planta agusanada o de una carta donde nos hablan de nuestra propia vida.

Me parecía todo tan insólito, sucedido tan de repente, que pensaba no se tratase más que de una pesadilla, y que en algún momento habría de despertar. Me decía a mí mismo que no importaba cuán largos pueden parecer ciertos sueños, porque en el curso de éstos rige un tiempo distinto al de la vigilia, un tiempo que tiene que ver más que nada con los oscuros procesos de la conciencia. Y pensaba también que podía tratarse de un sueño escalonado, repetido a través de varias noches como secuencias cinematográficas, sólo que yo tomaba conciencia de ello únicamente cuando soñaba,

olvidándolo en absoluto después, durante el día, cuando andaba despierto y entregado como siempre a una vida normal y sin tribulaciones.

Era vano, sin embargo, tratar de convencerme de que la realidad asumida, aunque no deseada, no pasase de ser un sueño. Todo era demasiado real, demasiado vívido para ser una ficción creada por alguna deformación del cerebro. Yo estaba más lúcido que nunca, con esa lucidez que traen el dolor y el marginamiento. El mundo, a pesar de la putrefacción que denotaba a mis ojos, a mis ojos acostumbrados a detectar la corrosión en los lugares más insospechados, seguía siendo más allá de mí como siempre, completo, sin líneas deformadas en su apariencia exterior, seguro de su solidez, de su perennidad asentada en bloques de cemento y acero y complejos sistemas de seguridad. Yo me sabía vivo, despierto, y para probarlo no vacilaba en abofetearme a mí mismo y punzarme la piel con agujas y otros objetos puntiagudos, y el dolor que entonces experimentaba devenía demostrativo de no ser ningún sueño lo que estaba pasando y que todo era insólitamente real.

Un día, sin que mediase motivación alguna, me encontré con que había otro empleado en mi puesto. Y descubrí, también, que ya no trabajaba en la empresa, que había sido despedido por una serie de no explicadas razones. De nada me sirvieron el ruego, la humillación, las promesas de portarme mejor y cambiar de actitud definitivamente. Aún ahora me asombro de haber descendido tan bajo, pero tenía un miedo terrible a quedarme solo, condenado a un proceso más rápido de humedecimiento. En la oficina, aun en medio de los gestos despreciativos de los demás, sujeto a horarios y sancio-

nes y reglas, me sentía todavía vinculado al mundo de los hombres, de algún modo seguía siendo un hombre; sé que tenía un miedo tremendo a ser yo solo y yo mismo, con una libertad que no deseaba porque no iba a poder con ella; sobre todo sé —intuía— el sentido profundo, oculto tras mi despido; era la ratificación oficial de mi actual condición. Pese a mis ruegos y protestas, el jefe me despidió con un gesto que, ahora entiendo, debió ser de asco, al tiempo que me herían de reojo las sonrisas satisfechas de los demás.

Al quedarme solo sentí, sin embargo, que debían tener razón en alguna forma. Era posible su rechazo, pensé, aun cuando fuera motivado sólo por el asco, por eso que en mi apariencia recordaba un reptil o los verdosos tentáculos de las algas. Más explicable ello, puesto que podían presentir la cercanía de una oscura amenaza: la posibilidad cierta de que esta peste, la mía, podía alcanzarlos y corroer su piel y darles, a todos, la repelente configuración advertida en mi cuerpo.

No era posible, pensaba, aceptar sin más una realidad distinta, hecha de hierros, papeles, trapos, alimentos, enmohecidos, amarillentos, rotos y desteñidos, descoloridos y putrefactos; todo ese mundo que mi apariencia habría de sugerirles. Aceptarlo sería descender al sótano de un naufragio, andar para siempre entre cartones carcomidos y metales que se disuelven en los dientes del óxido y artefactos erosionados por una herrumbre implacable, en una zona subterránea donde ya nada sería sólido, donde todo habría de derruirse y desgastarse, creando acaso una nueva belleza, ésa que buscan los fotógrafos de casas viejas y traspacios abandonados. Comprendí que, aun cuando no se tratara sino

de una pesadilla, ésta misma debía ser olvidada del todo, relegada a fosos recónditos de la conciencia, allí donde no llega, no debería llegar, ninguna memoria.

He huido desde entonces. Sé, me figuro, que habrán registrado mi casa y leído uno a uno mis papeles. He sentido ese miedo que traen la persecución y la proximidad de la muerte. He buscado en los diarios indicios sobre mi perseguimiento, noticias sobre mi desaparición; pero me he convencido de que sería absurdo encontrarlos, quienes me buscan deberán perseguirme en silencio, así como en silencio, sutilmente, se protegen sus ciudades. He andado y andado en estos días, de escondrijo en escondrijo. Me he arrastrado por sótanos y habitaciones desconocidas, trasladándome de uno a otro lugar sólo en horas profundas de la noche, protegido por ésta, así como los túneles y cavernas protegen sus murciélagos y sabandijas. En alguna parte, me imagino, estarán rompiendo puertas y allanando casas, buscándome incesantemente. Hasta puedo oler en el aire el sudor de los pesquisas que corren jadeantes; sus ojos estarán ahora por todas partes y sé, a la vez, que mi putrefacción es más grande, que estoy más lleno de esta agua y que las formas de mi cara ya no son las mismas, corroídas definitivamente por la humedad.

He deseado salir a la calle, a pleno sol, y vagar cuanto yo quisiera o por donde pudiera, confundirme entre las gentes y ser como ellas: zapatos y pantalón y camisa y rostro nada más; pero la sola vista de una plaza, de una calle vacías me infunde un extraño terror, y apenas he osado asomarme a ellas al leve resplandor de la noche, igual que un fantasma pronto a desvanecerse o como una sombra más entre las sombras. He deseado ardentemente escapar de esta noche larga en que agonizo y

en la que el sol y las risas y las palabras no parecen sino sueños vanos, concebidos acaso como la contrapartida imposible de esto que es lo real, de este mi cada vez más vívido humedecimiento.

Acosado, he seguido huyendo. Ningún sitio es seguro, ni siquiera el subsuelo de la ciudad donde andarán ahora interminables brigadas de voluntarios. He vagado por mucho tiempo buscando alguna puerta, algún escape: nada es posible, porque estarán cerradas todas las salidas, vigilados los caminos, rastreado el campo alrededor de la ciudad por ojos de perros y policías. He bajado y vuelto a subir escaleras imprevisibles, conozco —al cabo de un mismo obsesivo periplo— los caminos de los techos, las terrazas que no dan a ninguna parte, las puertas que se cierran para no abrirse jamás. He llegado así a este cuarto oculto en el laberinto de otros cuartos, he clausurado la habitación para siempre, he apagado toda luz y el dios de las tinieblas me ha mirado y me ha extendido los brazos. Sé, no obstante, que la persecución ha de llegar hasta dar con la humedad y detenerla. Estoy aguardando, por eso. Sé ahora con certeza, lo presiento clarísimamente, que pronto vendrán por mí, oíré el eco de sus botas, el ladrido de sus perros, escucharé el chasquido de sus látigos y veré los reflejos de sus linternas a través de las ranuras de mi puerta. Oíré sus gritos de mando, sus voces estentóreas, sus pasos en tropel resonando fuertes en el cemento. Yo me arrinconaré en el silencio, viviré esa tensa calma que precede al despertar, anhelaré de nuevo la luz aun cuando sea en el resplandor de sus linternas y en el brillo feroz de sus ojos. Pero yo sé, ahora más que nunca, que eso tampoco podrá ser verdad. Porque, en este instante lo percibo, sé que ya no podrán alcanzarme: la corrosión llega a su

fase final y una gran pestilencia sale de mí. En habitaciones distantes, hay como un rumor de pasos, como si se apresuraran y corrieran mientras ladran los perros. Sé que mi cuerpo se derruye, desaparece, se hace agua, agua; sé que no podrán alcanzarme; crujen las puertas, estallan vidrios, ruedan objetos desconocidos; cada vez soy más liviano, por primera ocasión en muchas semanas no siento el peso de la humedad; me sé incorpóreo, imagen apenas de mí mismo, nada más que esa energía que dicen dejan los muertos cuando mueren de pronto. Los pasos ahora suenan más fuertes, los ladridos se repiten aceleradamente en esta bóveda que me abraza. No logro distinguir las formas de las cosas porque ya he perdido las mías, ahora descendiendo más abajo, veo los reflejos de las linternas, escucho sus voces acezantes, presiento el odio en sus ojos. Me desvanezco ahora, apenas como una fugaz ensoñación verde en la oscuridad de este cuarto, una reverberación última del agua, disolviéndome en estas tinieblas que ahora, en este final, y ya para siempre, constituyen mi única, sempiterna verdad.

## PROPOSICIÓN DEL ENIGMA

La enfermedad era extraña y terrible. También lo eran la ciudad y los hombres. El mismo se descubría ominoso cuando miraba sus propios ojos, como desde otro rostro, en el espejo.

Los ojos, sus ojos.

Abramos su cuaderno de apuntes: «Estoy agobiado», escribe, «tengo miedo de mí mismo; no quisiera mirarme a los ojos en el espejo; debería estar ciego, solo; no sé, no conozco el principio, ni el final, de este infierno».

Toda esta pesadilla a destiempo ha comenzado para nosotros cuando nos han encomendado investigar las causas de una rara peste que asoló hace poco la ciudad, así como el desventurado destino de un médico. En esta forma, luego de remontar otra vez los meandros oscuros del espanto, de atravesar las mil caras que opusiera a nosotros la reciente pestilencia, hemos venido a parar sobre este manuscrito, en este cuarto que acuna el secreto igual que si un ave maligna plegara sus alas en torno a una deforme criatura.

El cuarto del doctor Martínez permanece cerrado en la casa que todavía es de su familia, es decir, en su casa de siempre, la de su infancia. Para llegar a él hemos debido, antes, hablar con sus allegados: hablar no es la palabra, puesto que sus hermanas, agostadas en

una paulatina soltería, han rehuido nuestras miradas; escurridizas, han estado apenas un instante en la sala y se han ocultado luego en habitaciones interiores: allí deben estar ahora, alertas, erguidas en sucesivas penumbras, siguiendo con ojos arcanos el menor movimiento de nuestra inopinada intrusión. De su madre no hemos podido sacar nada concreto, nada coherente: está ahí, simplemente, manoteando tenaz un insecto invisible, torva, arrugada, mientras a intervalos repite frases inconexas que de algún modo aluden a la tarde fatal cuando su hijo tomara su atroz decisión.

Ahora, una vez leído el manuscrito, no podemos sino mirar de nuevo en torno nuestro, verificar la habitación, usurpar el derecho de husmear en las estanterías, donde se alinea un número exacto de libros; palpar la cama, los visillos, la lámpara sobre el velador; nos quedamos al fin inmóviles frente al perchero; colgado allí, blanco, sin edad, se nos revela el mandil de médico que usara quien fue dueño de estos apuntes, semejante a una aparición suspendida para siempre en el claroscuro del cuarto.

Pero volvamos al manuscrito: allí están el principio y el final de todo. Describe así su primera confrontación con la peste:

*«Poco tiempo después de mi regreso, se declaró la extraña epidemia. Percibí, casi con indiferencia, mas con fastidio, la creciente desolación de las calles. Dado que era médico, hube de entregarme, como otros tantos, a la tarea de combatir la inoportuna enfermedad».*

Luego de este primer indicio, torna sobre sus pasos a explicarnos lo que parece fue la razón profunda de su viaje al lejano país del norte, donde cursara la carrera de medicina. «Durante años —dice— imaginé muchas

*veces mi retorno a la ciudad; inventé, una y otra vez, alegrías distintas, reencuentros ansiados incluso antes de que partiera; recuerdo cómo, en las despiadadas viglias de mi autoexilio, trabajé tenaz, en mí mismo, una personalidad nueva, ésta que ahora, a mi regreso, quise exhibir sin sombra de humildad o de orgullo; sé que soy otro, uno nuevo, pero también deseo a la ciudad como siempre, tal como la dejé: ancestrales las calles, igual de vacuos o festivos los amigos; similar, perpetua la familia». La epidemia tendía a trastornar sus planes, quitaba sentido a su ausencia, tal como la había concebido, esto es como un puente o tránsito entre la adolescencia trunca de voces familiares y ese regreso de hombre nuevo, reconstruido. Esperaba, según sus apuntes, dedicar las primeras semanas en la ciudad a cosas sólo trascendentes para él mismo: «reconocer mi casa por ejemplo, mi cuarto; rondar en torno de mi madre o mis hermanas, verificarlas, adentrarme a través de ellas al seno atávico del hogar no compartido por un cierto número de años, oír por primera vez de sucesos acaecidos a lo largo de mi ausencia; iniciar así, a partir de estos preliminares puntos de referencia, un proceso de reconocimiento de la ciudad siempre guardada en el recuerdo, es decir un intento por recobrarla poco a poco, tal como ahora debía aparecerse: translúcida, erizada de techumbres en el alto valle, en su pasado inmemorial; hechos sus muros de esa luz incierta que sólo se percibe aquí, en este lugar donde el rigor del trópico se desvanece y se vuelve suave claridad, en un lúcido crepúsculo».*

Mientras leemos estas páginas, nos parece que el silencio se ha vuelto absoluto, pétreo, palpable casi. Cada página que doblamos no cruje en verdad entre nuestros dedos por su propia rugosidad sino contra el silencio,

esta enorme pared del silencio que, sin embargo, el palpitar de nuestro reloj será capaz de devorar, insaciable, perforándola en un crescendo de aviesos, aunque no visibles orificios. Es tanta la quietud, cargada de tal manera de presagios o formas prontas a revelarse, que a nosotros, a quienes lo hemos visto en el hospital, lanzando locos aullidos cuando le apretaban la camisa de fuerza, se nos antoja verlo entrar a tientas, trastrabillar, palpar inseguro las paredes, moverse indeciso en el laberinto del silencio. Lo vemos, nos parece mirar su sombra en actitud de rescatar las ya perdidas sensaciones, acaso una imagen, esa primeriza que ha registrado apenas como una impresión el mismo día del regreso: *«vi mi cuarto como desde el borde de un sueño, así era en verdad puesto que durante mi ausencia, al recordarlo, lo había ido transfigurando hasta convertirlo en una habitación supra real, etérea, hecha de paredes azules (pero de un azul de cielo) y muebles lívidos, casi vivos. Ahora, al tornar a ver mi cuarto al cabo de los años, lo hallo inusitadamente pequeño, y no con la misma atmósfera con que hubiese pensado encontrarlo, tal que si los años hubieran trastrocado la materia de que están hechos los objetos. Sólo la pertinaz espera de mi madre se patentiza en este como sorpresivo ordenamiento de las cosas tal cual las hube dejado: igual de alineados y en el mismo preciso número los libros, así también el escritorio, la lámpara, sobre la cama el impermeable olvidado el día de mi viaje, allí siempre, evidenciando una perennidad doblada y abotonada entre la partida y el retorno, y, sin embargo, no son en verdad éstos los objetos que esperaba, se me aparecen ahora como algo viviente, recargados acaso de esa materia ingrávida del sueño, tal como los recordaba*

*de ausente; los encuentro quizá ominosos, vigilantes, descoloridos en su sola y privada atmósfera, convertidos en algo que ya no es mío, en este presente, sino del pasado».*

En las páginas que siguen hace minuciosas descripciones de encuentros y reencuentros, fiestas de bienvenida, reconocimientos de antiguos conocidos, incursiones breves a la ciudad de la infancia, hechos todos que no interesan a nuestro análisis, pero que vale la pena mencionar puesto que la relación de los mismos es abordada con un soterrado dolor, con una amarga ironía: están descritos desde la perspectiva de la peste, de esta epidemia que ha vuelto del revés todos sus planes, que cambia brusca, impiadosa, la realidad cuyo redescubrimiento apenas empezaba. La ciudad estaba allí, pero no como él la deseaba. Por obra de la peste, una ciudad desconocida le abría sus brazos, pero unos brazos fétidos, hechos de lacras, tallados en un repetido martirio, siniestros, nuevos. No quería reconocer en estas calles, esas otras, las de la niñez. Había dejado una ciudad inmarcesible, tal como la había recorrido siempre, incluso como sabría reconstruirla después, estando lejos, en la memoria. Ahora, enfrentado a esta ciudad reciente, cuya historia parecía transcurrir no más que en ese instante, anheló, con nostalgia, la nostalgia ejercida en el país remoto, en las nebulosas vigias del autoexilio.

Su descripción de la peste trata de ser exacta, pero está escrita más bien con odio, acentuando las palabras no en los síntomas médicos, sino en los rasgos cromáticos:

*«Empezaba con una roja lacra —dice— que pronto ganaba el cuerpo de todo el enfermo. Se corroía la piel en desorbitadas pústulas, la fiebre subía desenfadada, enlo-*

*quecedora; a su efecto, el enfermo perdía la vista; moría al cabo de pocas horas, ciego, convulso, en un dilatado estertor, en un dolor único y atroz.»*

Sin embargo, en los primeros días de la epidemia, no es tanto la enfermedad lo que centra su interés, al menos en el manuscrito. Lo que verdaderamente parece intrigarle o sorprenderle es el efecto que la peste, su advenimiento abrupto, causa en la gente, en los todavía no alcanzados por ella, en él mismo, sin duda. Descubre que, más que el dolor, es el asombro lo que transfigura a los habitantes, ese espanto o aterrado desconcierto que se revela, por ejemplo, en los dolientes que acuden a los aún esporádicos entierros. Perplejo, busca peregrinas explicaciones:

*«Es verdad que la ciudad ha guardado en sus anales testimonios de ya no imaginables terremotos, o los relatos de cruentas guerras fratricidas; pero todo eso parece olvidado; ahora, y ya por varias generaciones, los habitantes se han acostumbrado al rutinario devenir de los años, a los pequeños problemas cotidianos, a los breves trastornos políticos; se han habituado, sobre todo, a ese otro terror que de tanto verlo simula existir desde siempre y para siempre: los harapos, las calles pobladas de mendigos, los cuerpos famélicos que se hacinan en cuartos malolientes, las putrefacciones que cobran figuración humana en las calles, el hambre. En el decurso de los años, esta crueldad cotidiana, conocida siempre, se ha vuelto atávica, se ha hecho parte insustituible de la vida de la ciudad, como sus muros inmemoriales, igual que los montes que la cercan, como los gritos de los voceadores que cada mañana o cada tarde anuncian la perpetración de un nuevo crimen o el nombre del dictador o presidente de turno.»*

Releyendo este párrafo, pensamos que así, en forma similar a los demás habitantes, ésa era la ciudad que recordaba el autor de estos deshilvanados apuntes, el joven doctor Martínez, la ciudad que hubiese deseado encontrar a su regreso: invariable, aletargada en recurrentes memorias, estancada en una fase del tiempo que era ya su propia materia, la densidad específica de su aire. No obstante, es capaz también de ironizar, quizás inconscientemente, sobre eso que ha percibido es la historia reciente de la ciudad:

*«Esta especie de reiterado retorno —escribe—, de repetición constante de lo cotidiano, puede explicarme por ejemplo que un mismo loco presidente haya regresado por cinco o hasta seis veces al solio del Palacio, llevado fulgurantemente por las mismas muchedumbres, tal como exactamente había sucedido treinta o cuarenta años antes, y no, no porque no hubiese memoria, no porque hubieran olvidado que, cada vez, a sus breves lapsos en el poder sucedían largos períodos de dictaduras castrenses o sucesiones vertiginosas de encargados de la presidencia que ya nadie recordaba, sino precisamente por lo contrario, porque la vida de la ciudad tendía a repetirse una y otra vez, como si no quisiese traspasar el futuro y éste, es decir, lo venidero, se fuese enhebrando lenta, paulatinamente, en una reproducción nunca renovada, acumulativa, casi cruel, de todos los pasados».*

Resultaba significativo que al término de esta reflexión el doctor Martínez recuerde un viejo mito, atribuido, a modo de profecía, a la santa de la ciudad; según éste, llegaría un día terrible, un día de sangre: se vería entonces cómo Su Eminencia el Cardenal sería degollado, se vería su cuerpo decapitado rodar tras su pro-

pia cabeza para ponérsela sobre los hombros; así una y otra vez, en una secuencia circular, hecha de múltiples muertes y otros tantos renacimientos.

Tal era la ciudad que también el joven doctor parecía o deseaba mantener viva en su memoria, más ahora —entonces— que la peste tornaba las cosas diferentes. Más allá del dolor, era el asombro lo que despertaba bruscamente, tanto a él como a los demás habitantes, inermes ante un peligro desconocido contra el que no había antídoto posible. Podemos leer en sus páginas cómo Martínez, incorporado a los equipos de desinfección, se entrega de lleno a una insólita y dura tarea, pero también percibimos que más que un humanitario deseo de salvar vidas o adelantarse a la muerte hay en él otro tipo de ansia: un oscuro intento por hacer que la ciudad volviese a ser la de siempre, un ensayo por rescatarla de las delirantes formas del presente y reconstruirla en los quietos, añorados, apacibles ámbitos adivinados en el recuerdo.

Y sin embargo, y al paso de los días, todo se tornaba irreversible. La peste, una vez rebasado el último límite del asombro, pasaba a formar parte del paisaje cotidiano de las calles, sólo que de otra manera, como una pátina que se evidenciaba en el aire y parecía superponer su color cadavérico a la cal de los muros. Podía el sol iluminar de lleno la ciudad, pero ésta simulaba descender siempre, alargarse en un sempiterno claroscuro, devolver a la luz en cualquier esquina inquietantes opacidades, un vago relumbre de moho o lamparón hostil, de silencio habitado por acechantes alimañas. También las páginas del cuaderno, conforme se avanza en ellas, simulan contagiarse del tono pálido de la muerte, filtradas —cada palabra, cada frase— como por la peste,

garabateadas no en tinta sino acaso —es un decir— en fluidos de esos que el escribiente, nos describe, solían aparecer en las sábanas de los enfermos.

Dejemos a Martínez contarnos su visión de esos días:

*«La ciudad pareciera se hubiese vaciado de habitantes. El único movimiento perceptible en las calles es, ahora, el de los equipos de desinfección, que los habitantes han aprendido a temer, o también ese otro, el de los entierros: esos breves y cada vez más diezmados grupos de dolientes. El aire todo experimenta una trágica alquimia, conjugado el olor de los cirios al hedor áspero del formol. Formas oblongas, las de los ataúdes, se arriesgan a hombros de los deudos en el leve claror de las calles. Un lamento obstinado, que a veces es ruego, otras blasfemia, lame incesante los muros. Hay un rumor de pasos a todas horas, a la mañana, a la noche, siempre en una dirección precisa, hacia el cementerio; a lo largo del día y de la noche, sobre las cabezas, llenando el aire de una angélica y a la par siniestra vibración, las campanas: pesadas unas, breves, vertiginosas otras, acuciadas por mil angustias casi siempre.*

*«Los que quedamos —añade— tendemos a parecer-nos: tal es ahora el rictus de amargo terror, de no deseada resignación, que atraviesa por igual todos los rostros; similar es también el aire que adoptamos al caminar por las calles: huidizos, arqueados, clandestinos».*

En tanto vamos adentrándonos en sus apuntes, tenemos la impresión de que Martínez vive, o mejor dicho hace esfuerzos por habituarse a vivir en un mundo que, atosigado por la epidemia, se parece más a ese loco ámbito que recorreremos en las pesadillas. Según él, lo que volvía ciertamente tangible ese aire de pesadilla

no eran los apestados, ni siquiera los muertos: eran los deudos; esas caras de intensa desolación en torno a los catafalcos; esas mujeres envueltas de perpetuo luto; los hombres desmadejados, barbados, entregados a su derrota; los viejos paralizados por el espanto; los niños cuyo rostro revelaba la prematura certidumbre de que pronto habrían de morir, como si fueran ancianos. Era, sobre todo, nos dice, un como lamento que estaba en la raíz de todas las caras, un quejido gutural que les daba forma y que no parecía incubarse en la garganta de nadie, un canto fúnebre que se arrastraba en las casas, al interior de los patios: al escucharlo, al darse cuenta de ese ronco canto, se sobrecogían los miembros del personal de desinfección, temblaba la mano de los médicos, y Martínez sentía adentro, muy adentro, un mudo, incommensurable reproche. A veces, el contenido lamento se quebraba en aullidos o en llantos, en maldiciones, en gritos nunca oídos que podían escucharse en cualquier ventana, al fondo de los cuartos hostiles, en la desolación de las calles. De esos gritos, un observador avezado podía ya reconocer los que revelaban el dolor convulso de los apestados, deslindándolos claramente de los que no debían morir todavía, condenados a esperar de todos modos la muerte, en una tortura tanto más honda, multiplicada. Pero era aun peor el silencio, nos cuenta Martínez, esos profundos silencios que a momentos caían sobre la ciudad: pausas tensas, prolongadas más en la mente que en el tiempo mismo, sobrecargadas de angustia, de muda imprecación, de gestos de miedo, que no se hacen palpables pero que igual transfiguran la cara, el aire, la hora.

Cada noche, Martínez, empecinadamente, registra en su cuaderno los mil episodios del espanto diurno.

De ellos, recordaremos siempre la historia del niño loco que no quería morir, aferrado a sus pústulas. Recordaremos la de aquella mujer en cinta a quien el médico cruel dirá que el niño que lleva en las entrañas nacerá con las cicatrices propias de la peste, y que acaso vivirá pero marcado con los signos del estigma. Recordaremos la del anciano que encierra a toda su familia en una cueva oculta y sólo él se aventura a la ciudad, sabedor de que la peste ya no puede tocarle y que la muerte misma no será para él sino una mera incidencia. Recordaremos, en fin, la historia del hombre que exasperado ante la sarna inhóspita de su rostro rompe el espejo, y el espejo, trizado, le devuelve una y otra vez su imagen lacrada. Recordaremos...

Pareciera que Martínez al retratarnos feroz, tenazmente, cada una de las pesadillas vividas, quisiera al mismo tiempo olvidarlas, conjurarlas tal vez, o aprehenderlas, en su oscuro significado, en insaciable búsqueda de una respuesta. Exasperado escribe:

*«Es como si enloquecidos enemigos hubiesen hecho estallar sobre la ciudad una bomba de neutrones, dedicada a los humanos, pues son éstos, y sólo éstos, los que se derruyen, son éstos los que descienden irreconocibles en innumerables lacras, distorsionados en el diapasón de impíos dolores. Al final, en lo que parece ser el final, quedan, únicas, las perspectivas desiertas de las calles: soportales que simulan repetirse hasta el infinito, en una quietud hecha de arcos, de paredes dilatadas, de bocacalles diseñadas o construidas en un resplandor astral, como retenidas al fondo de yuxtapuestos espejos. Donde antes, una hora antes, resonaba todavía el grito de alguien, queda apenas, ya para siempre, el rectángulo nítido de una ventana abierta sobre la calle hosca, tangen-*

*cial a todo lo demás, como un testimonio inútil, intruso. La ciudad no refleja ya nada humano, como si siempre hubiese estado allí, cual si nadie la hubiese construido y ella sola emergiera triunfante de la peste, deslindada de toda posible humanidad, como si éste fuese el objetivo primordial de lo que parece podría ser el efecto de una bomba neutrónica».*

Pero aun cuando pudiese ser tal la circunstancia que rodeaba a Martínez, la peste que asolaba la ciudad era de otra manera. Se había llegado a la certidumbre de que un virus mortal era transmitido por un agente aún no conocido. No se había logrado aislar el virus, como tampoco reconocer cuál era el agente o vector transmisor de la extraña epidemia. Todo esfuerzo resultaba inútil, y los equipos de desinfección trabajaban infatigablemente, aunque cada vez con menos éxito. Martínez, como parte de estos equipos, dedicaba también sus esfuerzos a investigar el misterioso virus. Cuenta en sus apuntes repetitivas incidencias, veladas insomnes en los laboratorios, junto a los microscopios: todo al parecer devenía inútil; sin dar con la causa final del morbo, no tenía más que proseguir la investigación en el terreno mismo de los hechos, analizando cada síntoma, no sólo la evolución de la enfermedad sino sus antecedentes inmediatos, todas y cada una de las circunstancias que pudieran tener relación con el apareamiento de la fiebre y las lacras.

Martínez solía seguir el procedimiento habitual; mirar primero a los ojos, examinar la piel, hacer determinadas preguntas. Esto se repetía una y otra vez, tanto con los enfermos, cuanto con los sanos, y especialmente con estos últimos, puesto que, según se había verificado, los primeros síntomas se producían precisamente en los

ojos: unas manchas pequeñas y rojas en las pupilas, sólo que, cuando aparecían, era porque ya no había remedio; una vez detectadas las temidas manchas, la enfermedad se desarrollaba aceleradamente, impetuosa y terrible. Lo que más angustiaba a Martínez era examinar a los sanos y saber después, al cabo de pocas horas, que los investigados habían comenzado ya a sentir los primeros síntomas, que nuevamente, en reiterada pesadilla, otro hombre, otra mujer, otro niño, entraban al infierno sin límites, sin regreso, sin alivio, de los condenados.

En este punto, las páginas de Martínez cobran una densidad nueva, se vuelven, por decirlo así, más íntimas, escritas en un tono sigiloso, casi secreto. Nos imaginamos a Martínez escribir estas páginas en horas altas de la noche, a cubierto de todo contacto humano, encerrado en este mismo cuarto, aquí donde tornamos a mirar su mandil de médico que pende avieso en el perchero, alertas al más mínimo ruido, con temor de que su figura sangrante que ayer hemos descubierto en el hospital aparezca de pronto y avance lentamente hacia nosotros. Según percibimos, y conforme nos cuenta, Martínez, al tiempo que iba acumulando en el cuaderno sus no descifradas preguntas, empezaba a incubar, también, una no imaginada sospecha. Por muchos días, dice, no quiso recapacitar en ella, la alejaba de sí tal como uno rechaza en la noche las alimañas, vagas como son éstas y sin embargo tangibles, zumbantes cerca del oído, cuando dejan en el cuerpo sus picaduras. Y sin embargo, algo desusado, raro, comenzaba a columbrarse en el comportamiento de los habitantes, especialmente en aquellos que moraban los barrios más pobres, los más afectados por la epidemia. Empezaba a notarse una cierta resistencia a los equipos de desinfección, un evadir

de los ojos, un no querer que los médicos mirasen en las pupilas. Esta resistencia, cada vez más palpable, se acentuaba precisamente con Martínez: así le parecía, al menos al él. El lamento, ese canto de abatimiento que brotaba de los grupos de sobrevivientes, de la masa de diezmados deudos, ya no era solamente tal, sino que se volvía más bien un murmullo de acoso, de agresiva pregunta, un grito al borde de la rebelión; era, no obstante, en principio, una aprensión apenas, un síntoma adicional que aspirara a evidenciarse en la generalizada putrefacción.

Hay un momento en que Martínez emprende una larga introspección de sí mismo. Son páginas atiborradas de signos, de apretada y fatigosa lectura. De ellas, un solo episodio llama nuestra atención, es decir, que se escapa de los demás, atenaza la inquisitiva mirada que lanzamos sobre el cuaderno, aspira a grabársenos en la memoria. Pero permitamos a Martínez ser él quien nos narre esto que califica de premonición o presagio:

*«Fue en el viaje de regreso, en una de esas escalas que hace el avión. Estaba esperando que llamasen a los pasajeros en tránsito; me encontraba desprevenido cuando, de pronto, sentí la señal. Fue una sensación rara: estás así, sentado entre tanta gente extraña, en un país desconocido, de paso, y de repente se produce una señal: algo que es sólo para ti, para nadie más que para ti. Lo recuerdo nítida, y borrosamente a la vez: era un rostro arcano, apergaminado, sin tiempo. Las hondas arrugas acusaban el minucioso trabajo de los años, de los siglos acaso. Aparecía apenas entre la multitud, pero el viejo iba poco a poco acercándose, deliberadamente, hacia mí. Deliberadamente se desprendía de los demás cuerpos y adelantaba hasta mi propio puesto su cuerpo enclenque, trastabi-*

*llante, apoyado en un inverosímil bastón. Después, en un tiempo que se me antojaba dilatado al extremo, recuerdo que el viejo inclinaba su cara, que era como una antigua máscara, hasta mi rostro. Su voz desdentada fluía sorpresiva, ininteligible, entre mil estridencias. Me miró en los ojos. Luego, lo vi alejarse, perderse, difuminarse entre los muchos bultos del aeropuerto. No quise dar importancia al episodio, me pareció banal, propio de viejos; lo olvidé entre las muchas emociones del regreso. Ahora, sin embargo, vuelve nítido en mi memoria, persiste dentro de mí, aleteando como un murciélago».*

Por un tiempo, y a través de sus páginas, tal como él lo registra, vemos a Martínez vagar insomne por las calles, acuciado en el vano intento de hallar de alguna manera una respuesta. Lo intuimos al cabo sentado en este mismo cuarto, entregado a la febril tarea de evaluar, obstinadamente, los diversos resultados de su trabajo en los equipos de desinfección. Lo vemos inclinado sobre el papel, consignando en éste interminables informes, los nombres de cada persona investigada, los síntomas descubiertos, la numeración de las casas, aun las circunstancias que acompañan cada uno de los hechos, por insignificantes que fuesen. Lo que antes eran escenas, se reduce a números; pero advertimos que éstos están trazados con una angustia inclusive mayor, como si encubriesen una oculta tortura o fuesen signos cabalísticos de un misterio aún no descifrable.

Poco a poco, no obstante, se nos va revelando el secreto, lo que primero era una sospecha se torna en él atroz certidumbre. Los datos le remiten a algo asombroso: cada persona que él examina es víctima, a las pocas horas, de los abscesos y obcecaciones de la peste. «¿Es sólo una coincidencia?», se pregunta. «¿Intuitivamente

las gentes han empezado también a sospechar esta relación siniestra?», inquiera, desesperado. Por varios días elude una respuesta precisa. Anota en su cuaderno incidencias de un vagar sin sentido, un deambular por la ciudad sin término fijo, en un tránsito loco, desorbitado. Aun a veces se entrega al alcohol, como si éste pudiese eximirle de la misma pregunta que lo acosa tenaz y que impide en fin de cuentas que logre embriagarse y perderse. Pero es al cabo la torva certeza, la certeza cruel, que alcanza a abrirse su propio camino, hasta instalarse definitiva, como una mordedura o maldición de la cual ya no podrá escaparse. El morbo, el morbo mortal, lo ha llevado él, él mismo, en su cuerpo, en sus ojos, en esos ojos suyos que tantas veces han escudriñado los ojos de otros, en una inconsciente transmisión del espanto. Sólo que su organismo, escribe, casi distanciado de su propio asombro: *«sólo que mi organismo se desplazaba entre los otros sin enfermarse, tal como es, el vector oculto de la epidemia, al igual que suele suceder en ciertas enfermedades sagradas, donde hay personas que transmiten el mal, sin sufrirlo: en la hemofilia, por ejemplo»*.

Aquí el cuaderno parece llenarse, o hacerse carne, de todo el dolor entrevisto en la ciudad durante los días antepasados. Por más que Martínez bucea en el maremágnum de los recuerdos no logra dar con el lugar donde hubiese adquirido el estigma. Pero eso ya no le importa. Siente la atmósfera sobrecargarse de las miradas de cuantos habían dejado que él se acercase a sus ojos, esperanzados en una salvación imposible, mientras era él, precisamente él, quien les inoculaba la muerte. Siente resbalar por su piel, hecha ya para siempre un siniestro calidoscopio, los ojos cegados de todos los que habían muerto entre infames estertores. Siente, en lúcida per-

cepción de carne, que sobre su piel son sobre todo patentes los rostros heridos de los niños, que ascienden y babean, que babean y ascienden, en un prisma latente, infinito. Siente...

Aquí nosotros detenemos nuestra lectura, no quisiéramos que el cuaderno fuese de esta manera, pero los signos se tornan indescifrables, abstractos, la tinta se vuelve sangre, y es la sangre la que inicia ahora una escritura secreta, hecha de emborronaduras como ojos de sierpes, como manos crispadas u hocicos aullantes, hacia abajo, siempre hacia abajo. Sólo podemos imaginarnos a Martínez en tanto deja la pluma y busca febril con las manos algo punzante, quizá la misma pluma, en tanto, pensamos, mira sus propias manos detenidas, como si fuesen de otro: al tiempo que ve brillar en los dedos, inexorable, la punta del arma, mientras la punta entra, una y otra vez, en las mismas pupilas, y es luego un dolor sin nombre, la percepción de la sangre, como un surtidor en las pupilas: la oscuridad después, la oscuridad tan sólo, la noche.

Nosotros, que hemos sido sus inquisidores, salimos luego a la ciudad y contemplamos sus muros. Pero no los vemos, presentimos, más allá de la cal desgastada, otra ciudad, encubierta apenas en los signos oscuros del enigma.

## VÉRTIGOS ÚLTIMOS EN LA ANTESALA

Confieso que ese pensamiento, esa posibilidad, me ha llenado siempre de un oscuro sobresalto. *Kievskaja* no era sólo la estación donde debía bajarme —cada noche, al regreso a casa—, era también la última en ese trayecto del metro. Luego de ella, al descender los últimos pasajeros, los trenes emprenden un viaje arcano, distinto: tal parecía que al dejar atrás esa estación límite, los trenes no tornaran a cumplir otros similares itinerarios sino que, al contrario, iniciaran un recorrido donde ya no hay paradas ni luces, acaso apenas la noche; un áspero, helado, inconcebible laberinto que la ciudad, arriba, no presentará nunca, y que tal vez, cada cierto tiempo, sea algo así como el irreversible extravío para uno que otro aterrorizado habitante. Era ya una manía: siempre que dejaba el tren en esa estación extrema, no podía dejar de hacerme la ineludible pregunta, esa relativa al destino final de los trenes.

Debo confesar también que uno se vuelve proclive a cualesquiera alucinaciones, a toda repetitiva obsesión, en tanto viaja doblegado en su asiento, sujeto al reiterado vaivén del vagón, la carne hecha aserrín, como si uno fuese una marioneta manipulada por dedos inhábiles, al tiempo que, arriba, a los lados, abajo, la infinita percusión del tren esboza su desalado concierto; ese eterno retorno de lejanos tambores, de aceros, de correajes

que castigan al aire en un golpeteo duro, ensordecedor, trepidante: una orquesta salvaje que cabalga en el tren, como si éste despedazase a su paso murallas de sonidos, o como si cruzase al filo de resonantes abismos; mientras ruedan en torno inverosímiles bultos, raros objetos nocturnales, aullantes fantasías.

En tanto uno viaja se convierte en el centro móvil de un universo inasible, fluido, reptante, construido en el borde de espejos cuya textura está hecha de inequívoca contingencia. Esta sospecha se incuba en uno aun antes de abordar el tren propiamente dicho, en la puerta misma de la estación. Uno sabe, o presiente, incluso en ese primer instante, que una realidad distinta, movédiza, se inicia cuando atraviesa las enormes puertas en el atrio de entrada. Sabes que para alcanzar los largos, casi espectrales trenes en el subsuelo de la ciudad, debes cruzar primero los vestíbulos amplios, andar como por un acuario, duplicarte en las mamparas profundas, ver tu figura, una y otra vez, descompuesta en los espejos cóncavos, multiplicada o extrañamente rehecha en la contraposición prismática de las lámparas. Y conoces también, o redescubres, que te adentras en la fortuita dimensión de un espacio que es cerrado pero a la par infinito, limitado acaso pero cavernoso, irreconocible, vago. Mientras avanzas, la cueva innumerable te devuelve entrecruzados gritos, yuxtapuestas sombras, notas o matices leves donde tú desfilas, semejante a los otros hasta llegar a las inasequibles ranuras donde pones tu moneda y traspasas, recurrente, la conocida barrera que gira en un crujido metálico, y bajas al cabo, uno más en la cascada intermitente de rostros que es la multitud descendiendo las escaleras eléctricas, una silueta más en la siempre renovada interposición de sombreros o para-

guas o abrigos, entre las monstruosas máscaras que son —a veces— mitad ojos, mitad periódicos, inmerso en la baba de la muchedumbre que es concreta aun cuando inasible, plantado en un solo escalón interminable, hasta infiltrarte, ya al término del descenso, en una zona de la realidad cada vez más hermética, en ámbitos o laberintos donde el recuerdo de la ciudad, arriba, parece sólo una ficción, un espejismo inventado en un lago al revés, en pasadizos o encrucijadas que son más bien como propuestas o hipótesis a resolver en un creciente rompecabezas, en tanto te acercas —descendiendo siempre— a certidumbres que se dilatan o se van dilatando hacia abajo, cada vez más abajo.

Aquel día, la fecha precisa que ahora consigno, inicié mi regreso a casa, como siempre: en *Kurski Bakzal*. Era sólo la fase última en ese determinado trayecto: cinco estaciones, entre *Kurskaia* y *Kievskaiia*, esta última en un final que simulaba no serlo. Como todas las tardes, el clamor del arcángel tentacular con sus innumerables voces y sus infinitas siluetas atravesó o perforó, una vez más, mi carne, llenó mi oído de harto crueles resonancias, se alzó de nuevo ante mí blandiendo su espada múltiple, calidoscópica, hecha de mil reflejos o angustias. Se irguió, e igual que otras veces, volvió a revelárame como un coro, una contenida y desacompasada barahúnda coral que alcanzaba o alcanzará al fin, en su incoherencia, en su caos, inéditas armonías, un sistema de claves que a fuerza de aullidos, de dolor, de gritos, de monocordes o desacordes llamadas, acababa o acabaría por parecerse a una sinfonía: una sinfonía caótica, sí, delirante, estridente, desarticulada, pero expresiva al cabo, terriblemente expresiva, inconteniblemente formulatoria de cosas que no debían ser descubiertas, llena de to-

das las blasfemias, de las invocaciones, los desvaríos, los lamentos, las preces, los silencios, los júbilos. Hago patente en este punto que, en mi ensueño, y cada vez que debía atravesar el vociferante vestíbulo, me asaltaba una más de las raras elucubraciones que un pasajero puede concebir mientras viaja arrullado por el vaivén del vagón y estremecido en el susurro metálico de subterráneo: presentía a ese coro multitudinario, descoyuntado aun cuando también arcangélico, como una de las tantas formas que el arte moderno puede oponer a las demás edades: porque sólo hoy, pensaba, en la proliferación de grandes espacios cerrados, en los gigantescos módulos creados para albergar muchedumbres, puede darse esta otra vertiente inédita de la música, este advenimiento coral hecho de voces únicas, esta vasta sinfonía jamás concebida, jamás anunciada.

Repetí, mecánicamente, el consabido itinerario. La moneda que desaparece en la misteriosa ranura, la procesión incesante que avanza hacia las escaleras, el descenso por éstas, un bajar que pareciera interminable, sacudido a momentos por rápidas vocinglerías, abajo, arriba, a los lados, vociferaciones semejantes a ráfagas, o silencios abruptos a cuyo término, cual cristal hiriente, estalla un grito, una carcajada, un silbido, al tiempo que sientes, al fondo, cada vez más cerca, más nítido, el rumor de los trenes, infinitos trenes que paran, que parten, que pasan raudos, violentos, imperceptibles: pasajeros que bajan, suben, esperan; los rostros de los pasajeros que tienden a deformarse por una suerte de inercia sólo posible allí, mientras pasan rápidos, dislocados, tras las ventanillas iluminadas.

Una vez más, desfilaron ante mis ojos en tránsito las estaciones intermedias: *Smolensk*, *Park Culture*, *Ar-*

*batskaia*, *Biblioteca Lenin*: dos estaciones en una, allí donde, si hubiese bajado, habría sido para extraviarme en los tortuosos laberintos, en los recovecos o pasadizos metálicos por los cuales, a ciertas horas, suelen desfilar —lentas, desesperadamente lentas, a paso de procesión, apiñadas— copiosas muchedumbres; allí, donde, en ocasiones, alguien desprevenido puede tornar en sentido contrario, hendiendo en agónicas gesticulaciones el río compacto de rostros, de torsos, de multiformes humanidades, produciéndose entonces algo como un extremo *happening*, una dilatada contorsión en la que, aquel que ha intentado retroceder no avanza en verdad, sino que simplemente es arrastrado de espaldas, en tanto patalea o levanta los brazos en gesto inútil, como un ahogado.

Sentado en el vagón podía ver cómo cruzaban, en sentido adverso al nuestro, los otros trenes: rectas hileras de ventanillas iluminadas a lo lejos, semejantes al borde punteado de una cinta fílmica extendida en la noche. A veces, la certidumbre cercana, arrebatadora, de un tren pasando allí mismo, a una distancia mínima de nuestro ojo, de nuestro oído; por un segundo era la mezcla de nuestros propios reflejos espectrales con los perfiles ciertos de los pasajeros sentados al otro lado de las ventanillas: allí, en ese acuario fugaz, siluetas que jamás podrá uno ver repetidas, pero que basta para revelarnos en la fracción de un instante el rasgo esencial de una vida, así su gesto crispado, por ejemplo, o su doblez, la desoladora inclinación de los hombros, la atormentada contracción al vacío de una cabeza, O de pronto pueden ser, también destacándose de la rápida sucesión de figuraciones humanas, unos ojos que lo miran a uno, fijos, inquisitivos, luciferinos: una mirada que persiste

en la efímera noche de dos trenes que apenas conviven unos segundos en el subterráneo, un contacto que trata de sobrevivir a sí mismo hasta el último instante, en tanto sienten, uno y otro de los entes situados en los contrapuestos vagones, la certeza de dos vidas volcadas por entero en el extremo de las pupilas y que, sin embargo, no volverán a encontrarse jamás, mientras se distancian irremediablemente, raudamente, en los arcanos túneles de la noche.

Sentado allí fue que tuve, al tiempo que me acercaba a *Kievskaja*, la nítida percepción de lo que aguarda al otro lado de la última compuerta, en el transcurso de ese viaje ahumano que inician los trenes cuando trascienden la estación final del trayecto. Estaba perfectamente despierto. Lúcido. Pero mis ojos veían con claridad un infierno de hielo. Más allá del cristal, paralelamente, se deslizaba contra mis ojos otro tren fantasmal, visible apenas en el reflejo, un tren a cuyo interior emergían, a medias, esbozos de rostros, siluetas truncas, gabardinas que se yerguen solas en una luz espectral, vacilante. Imaginé que a ese tren no llegaba la atronadora percusión abatida entonces en mis oídos: en él, en esa difuminada interposición de vagones, sólo debía reinar el silencio, un silencio atroz, un caos o descomposición en el absoluto vacío, allí donde nada más existe una hora inacabable de hielo, tal como debe ser el perpetuo paisaje dispuesto para aquellos atrapados por siempre en los abismos de las montañas nevadas, en las paredes heladas de los icebergs.

Comprendí lo que habría de suceder en la estación final. Observaba a los demás pasajeros. En tanto el tren se vaciaba de gente, los que quedaban parecían aguardar silenciosos, como aturdidos también por ese sobreco-

gimimiento o sospecha que en mí generaba la revelación de lo que existe más allá del límite. Entendí entonces: era como si un inexorable demiurgo hubiese practicado un riguroso, pero necesario escogimiento, permitiendo la salida en las estaciones intermedias de los más y dejando a unos pocos elegidos para el final, enfrentados a una especie de irremisible condena. Quizás el viejo Caronte, vestido de jefe de estación, estaría esperando al otro lado de la compuerta; quizás alguno de los elegidos entre los que aún permanecían en los innumerables vagones, sabía ya que el importe del viaje resultaba en verdad exiguo para su trascendencia, una vez reiniciarán el verdadero, el irreversible trayecto.

La impresión, es decir, la visión exacta de lo que podía aguardarme al término del recorrido, pareció agotar mi conciencia, o fue tal vez simplemente el balanceo del tren, lo cierto es que me dormí, perseguido, aún en el sueño, por la interminable vocinglería de tambores ignotos, por maderas que emiten una llamada gutural al fondo de la selva, por desesperadas, multiplicadas marimbas junto al oído. Entonces, como si el sueño quisiese refrendar la percepción experimentada en el curso de la vigilia, me pareció que el tren rebasaba la última barrera. Mientras sucedía esto, la percusión inhóspita de los vagones se volvía de pronto lejana, casi como un recuerdo, en tanto yo proseguía solo mi viaje, y descendía, en el tren, a regiones heladas, nocturnas, pálidas; era entonces, ante mí, un susurro o un acezar que aguardaban en un imprevisible final, en un infierno del que sabría no me sería dable el retorno.

Alguien tocó mi brazo. Me desperté. Penetró en mí, abrupta, la soledad o la desolación de *Kievskaja*. El vagón estaba desierto. Más allá atisbaban los túneles

ensimismados del metro. La compuerta simulaba estar pronta a cerrarse de nuevo, sentía a mis pies que el tren empezaba lentamente a moverse. Erguido junto a mí permanecía un joven, un ser extrañamente joven, casi lívido, de una piel casi transparente. Tocaba con su mano mi hombro. Al abrir mis ojos, vi su rostro distenderse en una leve sonrisa. Saludó cortésmente y, sin un gesto, se alejó rápido y resuelto. Me levanté precipitadamente y salí. A mis espaldas se cerraron bruscas las puertas del vagón. Busqué entre los perfiles de la muchedumbre al desconocido. No alcancé a verlo, no había rastro de él.

*Moscú, 1977*



LA DOBLEZ  
(1986)



## LA DOBLEZ

**E**n el principio, ocupábamos los dos una sola casa, ésta, cuyas paredes, pasadizos y muebles siguen siendo los mismos, donde aún te veo, similar a una sombra, donde todavía, aunque distante, alcanzo a seguir tu inconfundible silueta, o se me aparece tu rostro, también, como entrevisto en la difuminada decoración de un retrato, en un espejo, en ese mundo contrapuesto al nuestro que puedes mirar en los estanques.

En el principio, el lecho era uno solo, éste, desde allí mirábamos la misma lámpara, la compartida extensión del tumbado, y escuchábamos, los dos, la huida de la lluvia en las noches, el viento que dispersaba papeles extraviados, la obsesiva estridencia de la ciudad, a la madrugada. Nos amábamos, reíamos y yo te perseguía precedido siempre por tu carcajada limpia, tu cuerpo limpio y mío, tu pelo, el frescor de esa edad primigenia, la nuestra.

La casa era toda unívoca, indivisa, sin duplicidades ni divergentes perspectivas. Te sentabas al otro lado de la mesa y permanecías allí alcanzable, serena y llena de volumen, extrañamente cerca, como esas mujeres captadas a contraluz en una litografía de interior holandés. Las cosas entre nosotros no se interponían sino, al contrario, se evidenciaban a manera de comunes referencias; a veces, bastaba con que uno, tú o yo, pensase en

un objeto cualquiera de la mesa o del cuarto, y ya no era preciso hablar, actuábamos sin más y, casi siempre, el final era homogéneo, afín.

Luego, supimos que todo tiene su decurso, que cada cosa es en sí mudadiza, encubre un germen de alteración o de sepsia, de herrumbre. Lo nuestro también pareció sufrir ese acoso, esa variabilidad, en un paulatino número de años. Sin que nos percatáramos, al principio de un modo no regular, infrecuente, cada vez con una asiduidad mayor, empezaron las pequeñas mezquindades, las que se estima habituales; aprendimos, poco a poco, a reconocer los vacíos o la acritud que dejan determinados desentendimientos; llegamos, algunas tardes, a contemplarnos inmersos en el territorio glacial de la indiferencia, de los recelos, del odio inclusive, ciertos días sombríos. Iniciada esta otra, velada forma de exilio, la disensión mutua invadía crecientes instancias. En el lecho, podías ser tú, pero al mismo tiempo una extraña. La casa entonces ya no era igual, su unicidad comenzaba a resquebrajarse por mil fisuras, los cuartos se me antojaban otros, absurdamente agrandados. Después, empezaron a producirse otros fenómenos todavía más extraños.

El aire, por ejemplo. Me acuerdo perfectamente de una tarde en que yo sentía que me faltaba el aire, me ahogaba casi, pero tú me mirabas impertérrita desde el otro lado de la mesa, respirando rítmicamente, llenando tus pulmones de todo el oxígeno de la casa, como si una fuese tu atmósfera y otra la mía, perfilados los dos en distintas burbujas de aire.

Posteriormente, es decir, después de esa primera percepción, cobraron un cotidiano cariz las desavenencias, los puntos de vista contrapuestos y chocantes. Si

yo veía que el amarillo de las paredes estaba demasiado subido, tú lo encontrabas más bien tenue, incoloro. Nunca podíamos ponernos de acuerdo a la hora de colocar un cuadro, para mí siempre se inclinaba hacia un lado, para ti, hacia el otro. Jamás mi mano pudo extenderse sin alarma para encontrar los objetos en su lugar acostumbrado, tú, previamente, lo habías dispuesto todo de otra forma, de conformidad con las necesidades de tu mano.

Un día pensé, o sospeché, que la circunstancia de tú mirar el mundo de una manera distinta a la mía, esa costumbre nuestra, ya prolongada, de ver las cosas desde diversas perspectivas, nos había llevado a un punto de discrepancia, casi irreversible. Me esforcé por limar los obstáculos que nos separaban, decliné muchas de mis convicciones, y creo que tuve algún éxito. Hubo momentos en que logramos ser, otra vez, los del principio; entonces, mi impresión, cuando entrabas al cuarto, era la que habría sentido si hubieses regresado de un largo viaje, cambiada sí, pero sin resentimientos, recobrada, con la misma disponibilidad inocente de los comienzos de nuestro matrimonio. Creí que la casa volvería a ser la de antes, una sola para los dos, pero el efecto duraba unos pocos días y tornábamos, con crecida aspereza, al desentendimiento de siempre.

El fracaso de este empeño nos sorprendió a los dos. Creo recordar una noche en que me miras agónica, estás allí mismo, pero también lejos, difusa, en afán puramente experimental extendiendo una mano y no puedo trascender el mínimo espacio que nos separa. Otro día te veo venir por el corredor desde el dormitorio, pareciera que vamos inevitablemente a un encuentro, sin embargo, tú pasas, ni siquiera me miras, como si me hu-

biese vuelto invisible. En la mesa, caen silencios vastos, se infiltran desniveles de tiempo entre nosotros, a veces soy el que debe retroceder para escuchar lo que dices, otras eres tú quien regresa, como alcanzada por el último eco de mi voz, ya casi en el límite. Hay ocasiones en que quiero explicarte lo que me ha sucedido, la razón de mi borrachera de la víspera, por ejemplo, y, no obstante, por más que hable y hable y gesticule, incluso colérico, sé, simplemente, que ya no me escuchas, que no logras distinguirme en esta común ceguedad que nos hiere, y pienso entonces, te imagino recluida en una definitiva distancia, como en otro mundo.

¿Cuál fue nuestro error? ¿En qué lugar nos perdimos? ¿Cuál la razón para esta radical divergencia? Buceo en los compartidos recuerdos y no encuentro ninguna pista, y los espejos se burlan, ellos, los únicos que no parecen sufrir la disparidad de la casa, colocados en la necesaria frontera, reflejando por igual, para uno y otro, los mismos muebles, la misma deformación extraña de los cuartos.

Pienso, de pronto, en la posible duplicidad de las habitaciones. Cuartos que son aparentemente los mismos, pero a la vez diversos, fraguados en materias distintas, superpuestos. Quizás, el dilatado ejercicio de ver las cosas desde ángulos irreductibles, nuestros devoradores silencios, ese ir acostumbrándonos a un persistente desencuentro, han obrado este raro sortilegio, esta aparición de la casa dispar, desdoblada, seccionada en un punto infranqueable. Inconscientemente, habíamos fabricado cada uno nuestra dual vivienda, por un tiempo incluso aprendimos a intercambiarnos, a realizar una especie de secretas visitas que nos permitían, por ejemplo, tocar de manera similar un idéntico ob-

jeto, mirar a la propia mujer y no a esa otra que cruza sin verme, oír al marido de siempre y no a este otro, del que no llega siquiera la voz. Un día, sin embargo, toda doblez cumple su ciclo, y llega un momento en que nos ha sido imposible franquear la transparente frontera.

Esta tarde la sospecha parece haber cobrado asidero. Fue en la mesa, en el instante en que una mano invisible rompió la bombonera de cristal, la que compramos en los días iniciales de nuestro matrimonio. Vi, tras un fondo de cristales rotos, dislocarse tus rasgos. Tu cara se volvió, mitad carne, mitad vidrio. Tu piel, cruzada por una atroz cicatriz, que no estaba en ti ni en el cristal, era distinta y no cierta, pero por extraña disposición del destino estaba allí perceptible, casi al alcance de mi mano. No sé por qué el azar, o una necesidad aciaga, impuso a tu rostro situarse tras la bombonera trizada, no sé por qué sentenció sobre tu piel esa despiadada, cuanto inasible desgarradura. Comprendí entonces la contingencia de tu carne, expediente físico por el cual había aprendido a amarte. Me estremecí de horror puesto que entendí, de repente, tu metamorfosis, tu tránsito, palabras que no alcanzan a precisar tu radical, nuestra radical brevedad. Te desconocí de pronto tras el cristal. Te perdí. La mujer que luego emergió ya no era la misma. El universo era otro.

## RECONSTITUCIONES DEL CAOS

**D**e Freddy, el recuerdo es un fluir demencial, noches dispersas, búsquedas para apagar la encendida vigilia del sexo. Es, sobre todo, una tarde. Lo veo, nos vemos, en la tarea, siempre inicial, nunca concluida, de reptar verticales, abrazados a prostitutas que cimbran y exhalan un olor áspero, una mezcla de agua de colonia y jadeos. La materia, la tierra en que nos sustentábamos, era frecuentemente el fango, pero también estaban el piso abrigado del Club 21, el verdor de los parques, la exigua —trapezoidal— intimidad tras las puertas, en los zaguanes.

La tarde de que hablo, Freddy pudo ser el intermediario, pero yo descendí más hondo, a un punto de transgresión del que todavía no he vuelto. Previamente, es decir, mucho antes de que Freddy se fuera para siempre a Nueva York o a Los Ángeles, mi memoria registra sucesivas, dislocadas secuencias. Las tardes, vagábamos en su auto, un viejo chevrolet 53, por el laberinto del barrio, a veces, por la ciudad entera. Repetíamos imperterritos una forma de acoso oscuro, nuestra jamás saciada apetencia. En ocasiones, ya de noche, hacinados, el interior del auto llegaba a transfigurarse en el suave incienso de la carne, resonaban los besos, los sofocos, la hembra o hembras podían entregarse, pero ejercían, incluso al final, su generalizado dominio; el tiempo

transcurría jadeante, lleno de premura o peligro, hasta concluir, abrupto, en una carcajada violenta, quizás en el desenlace póstumo, esto es, como colofón al orgasmo, dicho casi como un pistoletazo, de una obscenidad, de un insulto. Freddy, lo rememoro, descifraba la ciudad, revelaba niveles recónditos, descubría la carne oculta, el deseo guardado por años en las casas cerradas a la espera del taumaturgo experto, éste que lograba reconocerlo y volverlo evidencia, en el remate y a la vez el inicio de nuestros afanes.

Freddy se colocaba en una precisa frontera, asumía el poder de abrir esas puertas, esos dobles fondos. Aún ahora, su rostro es la necesaria intermediación para otros recuerdos. Veo, al trasluz, el indefinido ámbito del club 21, en una sucesión de penumbras rosas, rediviva la atmósfera, la exacta contraposición del sonido, esa música sinuosa, palpable, que era baba también, flagelo, caricia. Veo, nítidos, los muslos de las mujeres, los trajes de lentejuelas abiertos, sonoras cascadas de piedras falsas, una mulata que retuerce en la sombra su desnudez trunca, algo como un *strip-tease* confuso, magro, una especie de errata de sí mismo confundida en el tiempo. Surge en mí una vaga ansia, la repetida hambre, este sabor a pulpa o a vello púbico, a piel trajinada, a sexo que se prodiga sin aspaviento, circunscrito a lo que era allí, libre, mercenario. Pero antes, la visión se confunde con la de Freddy, Freddy manejando en la noche, iluminando los faros la blanca explanada que conduce a la puerta del Club 21, el neón de la entrada inundándonos en una brusca marejada azul-roja, las paredes blancas del Club elevándose como un promontorio contrapuesto al oleaje silente, nocturno, de la ciudad, allá lejos. Freddy y yo bajándonos, el portazo en el auto, una sombra de mujer

deslizándose afuera, luego la rosada penumbra, el leve chasquido de la orquesta, adentro.

Con él, las sorpresas se volvían usuales; lo irreal posible; cotidianas las dimensiones que yo juzgaba distintas o inverificables. Éramos cazadores en el entresijo de asfalto. En ocasiones, por la sola revelación de una calle, de un rostro tras un visillo, o por la mano alargada de un pordiosero, la ciudad revelaba su cara secreta, nos dejaba exhaustos, casi en el límite, en un extremo agotamiento de posibilidades. Ahora que recuerdo, había en el fondo, en el fondo de todo, un alarido ahogado, un clamor persistente, como si alguien hubiese apretado la garganta de la urbe, pero el sonido no es allá, sino en la memoria, entonces no estábamos preparados para percibir esa angustia, esa llamada de minotauro en el multicelular laberinto.

Reconstruyo esa tarde, en pleno centro, a las seis. El crepúsculo enceguecía los focos del alumbrado, pero ello no obstaba su caída rápida, gris. Veo a Freddy cruzar entre los automóviles, hacerme un gesto desde el otro lado, en tanto yo mismo quedo en espera. La caravana de autos tuerce lenta en la esquina, repta al pie del palacio presidencial, desfilan los voceadores ofreciendo los diarios como si fuesen pancartas, la multitud amaga los cafés, las aceras, emerge en cabezas decapitadas dentro de los vehículos, se vuelve absurda exposición de caretas en las ventanillas de los buses. Freddy se me antoja, él también, un signo, la clave de algo oscuro, no dilucidado. Despliega su misión, lo que simulaba ser su misión esencial, con rigor, casi con cierta sorna. Lo miro pararse, husmear, la mano levantada me indica que aguarde quieto, se pierde un instante, lo torno a ver descolgado, ingrávido, navegando en la página indesci-

frable de la muchedumbre. El mundo era el mundo de la ciudad aullante, dotada de voz, una realidad inconexa, pero multiplicada. En el recuerdo vuelvo a escuchar un alarido sordo, barrunto una presencia oculta, totalizadora, a manera de contraste superpongo en mi visión la fachada de la vieja iglesia barroca, las columnas que ascienden desde un antiguo delirio, un humo de piedra, detenida la fachada en el tiempo, matemáticamente justas sus proporciones, suspenso en ella, implícito, reflejado con una exacta medida, con un cierto dolor, el retorcimiento entero de la urbe, a esas horas.

La incompreensión cegaba, ciega, mis ojos. Era como si quisiera descifrar, sin su clave, un extraño criptograma. Freddy tendía a desvanecerse en la superposición cambiante, intermitente, de los transeúntes. Una punta de viento, un reflejo, un resto de perfil que asomaba y desaparecía, que no estaba más y regresaba de pronto, en la fluida irrealidad del gentío. Un poco al margen, contrapuesta a él, entablando con Freddy un apresurado diálogo, estaba ella, la inconcebible figura. Vieja, abierto el abrigo incoloro, raída, los ojos marcados por la locura, una lascivia soterrada en la cara, en los visajes seniles, el brillo metálico de la avaricia, necesaria como la vida misma, determinando el espesor de los gestos, toda ella cobraba una vaga vigencia en mitad de la calle, semejante a un lamparón hostil, plomizo. El regateo transcurría rápido, pero no era medible en minutos, puesto que se daba en un tiempo tangencial al otro, el de la multitud, ese fustigado descenso a la noche, entre chirridos y gritos.

La visión, al final, se concreta, se delimita. Freddy me llama. La vieja se desplaza lejos, casi en la esquina, pero en íntima, clandestina relación con nosotros. Me

hago partícipe del arreglo, la risita de Freddy es pueril, un estertor cruel que deforma su rostro. Siento que, de elegir, habría preferido la atmósfera opaca, sancionada ya por la costumbre, del Club 21. Esto, la inopinada transacción con la vieja, tiene, encerraba algo deliberadamente abyecto, pero Freddy situaba las cosas en el extremo insustituible de la sorpresa, de la aventura, y la aventura era algo que no se podía eludir en el mundo de los hombres.

Iniciábamos, proseguíamos, un itinerario aparentemente arbitrario, como si quisiéramos despistar a alguien. La absurda figura nos precedía a cierta distancia, se grababa en nuestras pupilas, entre ella y nosotros el aire se volvía viscoso, se estrechaba en un rastro de insospechada lujuria, de repulsa, una mezcla de ansia y de asco, de oscuro afán. En la acidez de la atmósfera los chistes de Freddy caían como salivazos, preveía en la cópula próxima un sustituto de violación, la noche llegaba cómplice, borraba todos los testigos. El sexo, sin embargo, hacía sentir su despiadado apremio. En las noches, no necesariamente dormido, suelo revivir una escena lenta. Entonces, caminando allí junto a Freddy, también la evocaba, casi como un extravío de la memoria, una desesperada irrupción del sueño, de la locura. El trasfondo es, era, fantasmal. Hay un desahogo rojo en el aire, un rojo intenso, pero más allá todo deviene negro, todo se disuelve, en el punto mismo de empezar un perpetuo vacío. En el borde del lamparón negro se insinúa la orquesta, reconocible apenas en un perfil frustrado, esperpéntico. El micrófono, la batería, la silueta del trompetista, emergen a manera de arabescos blancos, una especie de apresurado diseño puesto en contraste de vida o muerte con la imperiosa instancia de lo negro.

Acá, en la burbuja roja que fluye de lámparas invisibles, todo se vuelve movedizo, carnal. La música retumba suave, se dispersa en ofuscaciones del humo por las paredes, cimbra impúdica, ebria de tonos bajos, se adentra profusa en la piel, nos recrea de otra manera, en una austera lujuria, en un estertor sincopado, gutural. Todo se diluía. El blancor de la calle suplantaba, primero al negro, después al rojo. El crepúsculo fundía en metal el perfil de la vieja; ésta, cada vez que doblaba una esquina, nos hacía señas desacompasadas, incitándonos. Cruzábamos una especie de abstracción de la ciudad, un laberinto superpuesto, de uso sólo para nosotros. Ascendí y bajé por las calles quebradas, seguí perspectivas desoladas, rectas, la figura no dejaba de proyectarse espectral en los ojos, a veces cerca, demasiado próxima, otras al término de una distancia irreal, ilusoria, atisbándonos siempre, cerciorándose de nuestro fascinado acoso cuando tomaba un nuevo vericuetto.

Llegamos al fin a lo que parecía ser la meta precisa. La calle se extendía difusa, estrecha, semialumbrada por trasnochados faroles. Vi, a los lados, los paredones coloniales, percibí tras las puertas un hosco olor a retretes. En lo alto de una puerta leí el cartel: «Baños». La vieja se volvió entera, abierto el abrigo, hizo una seña, una llamada lúbrica, y desapareció en el zaguán. Freddy impuso ser el primero en pasar. Mientras esperaba, junto a los baños, oí su risa baja, palabras obscenas, el cierre que bajaba, un gemido apretado, un jadeo. Comprendí que la soledad no era sólo una palabra, era una evidencia física, un aire esponjoso y palpable, la media luz del zaguán adentrándose en la húmeda perplejidad del patio, la burbuja rosa del Club 21, este devorador además reprimido, Freddy en el centro de la pista, con una puta,

yo bailo también, lo reconozco en la cambiante disposición de las sombras, una boca lame mi oreja, siento un regusto de sal, la cimbradura de una cadera, el tibio descender de mi mano por la espalda desnuda, rescoldos que han pervivido en el tiempo, en la piel,

miro, más allá, en los corredores y cuartos secretos del burdel, el hacinamiento fácil, las mujeres apretujadas, estropeadas; de todas, una sola sensación sobrevive o ciega a las otras: el sexo desconcertado, ajeno, absorto,

la risa de Freddy cayó sobre los adoquines con un tintineo de monedas rotas. Lo vi salir subiéndose el cierre, trastabillante, una carcajada trunca, aguansosa la cara. «Tu turno», me dijo. Entré en la oscuridad compacta, dos insectos blandos se abalanzaron sobre mi rostro. Sentí sus manos apretujarme, mas no con el frenesí que se desea siempre, no febriles, sino como si alguien hubiese abierto la puerta a un mundo infecto, insensato, algo no estipulado y, sin embargo, implícito en el trato previo. Por un segundo, desaparecí envuelto en el olor acre de su piel. Advertí la decantada herrumbre, la humedad del abrigo, la acidez demencial que ascendía, como desde una araña, de su vagina. Casi mecánicamente palpé el miasma abrupto de sus nalgas, sobrevenido de pronto en la noche. Bajo mis pies el agua aún no corrida del baño público se constituyó en una dilatada ciénaga, una turbia extensión de lodo, donde, intuí, habitaban extraños, monstruosos cefalópodos. Las paredes musgosas, estrecharon su cerco, su asombro hostil. Crucé, en el vértigo, un largo túnel de murciélagos, entes fangosos abofetearon violentos mi rostro, adhirieron una baba pútrida a mi piel fatigada. Supe que la cópula que vanamente trataba de iniciar, o concluir, no era posible entre dos seres solos. Más allá

estaban las mil caras de la ciudad, la carcajada hiriente (o herida) de Freddy, la faz de la vieja puta descompuesta en otros tantos rostros yacentes y agónicos. Mi sexo no pudo soportar el acoso, sucumbió mucho antes de que pudiera cumplirse el inhabitual sacrificio, antes de que alcanzara siquiera el rictus guardián, la arruga atroz que esperaba a la entrada de la infausta caverna. La vieja abrió los ojos exangües. Abrió la boca, sospeché una clara blasfemia. Presentí, en sus labios, una maldición contra mi virilidad lacerada. A duras penas zafé mi cuerpo de sus huesos locos, de su grasa hueca. Subiéndome el cierre del pantalón inicié una vertiginosa carrera. En tanto la emprendía sentí, en una fracción de segundo, que todo igualmente se aceleraba, o que se rehacía de un modo brusco, todo maleable, movedizo. Yo corría, pero también las paredes se deslizaban, crecía el agua, insectos fantasmales abatían mis ojos. Crucé ante la mirada desorbitada de Freddy. Podía ver, a mis espaldas, la ciudad cambiante, gelatinosa, horriblemente próxima, despierta en un pavoroso bramido, en un aullido que venía de lejos, pero que estaba allí, allí mismo, una sirena aguda, ululante, los perfiles siniestros de las casas como fieras reconstituídas del caos, detrás de mí, dislocadas figuras, Freddy, la vieja, voces similares a grietas o fauces en la noche llameante, el vértigo, la percepción de una soledad más amplia, más sólida, una sinuosidad telúrica desde los muros, el miedo, la descomposición, el dedo oscuro del espanto.

## RECORDANDO EL MAR

Casado con ésta, mi predestinada mujer, la escucho muy cerca, la intuyo en torno, mientras abrillanta, en repetido afán, los muebles y las exiguas porcelanas, la oigo llegar al borde de mi aire, tocar con la punta de su índice mi ensambladura, transmitirme imperiosa sus usos, el orden, las cotidianas instrucciones.

Al trasluz, contemplo los resultados de su diario trajín. Deliberadamente cruel, rencoroso, hago un inventario del espectro cromático que rige ahora la casa, el minucioso diapasón que empieza en el amarillo pálido de las cortinas, baja apenas un tono en el casi naranja de los cristales, se prolonga en el carmelita otoñal de los maceteros, se adensa al cabo en el café perla de las barrederas, hasta volverse crepuscular, casi negro, arabescos, en el sinfín de las baldosas. En tanto cumplo el maquinal registro, se me revela abrupto lo que yace en el fondo, el sustentáculo de esta ignominia intencional, geométrica. Descubro una sabiduría insustituible en la disposición de los objetos, un orden que no admite otro, colocadas las cosas de un modo tan excluyente en el lugar exacto que el más leve dislocamiento se vería como una blasfemia, un atentado contra esta vocación de eterna inmovilidad instalada en la casa. Entonces, miro con aprensión las manos de mi mujer, las manos que ahora

mismo se desplazan rosáceas entre los muebles, en una circunvalación que me sobrecoge, que me alcanza, expiatoria, inflexible.

Todo esto lo veo de soslayo, tangencialmente, desde la elusiva dimensión del rencor. A mis espaldas, ella hace ostensible su presencia; su mirada, clavada en mí, crea una nueva luminosidad en el cuarto, un efecto infrarrojo. Me agito, alarmado en la cruda luz, pero sigo inmóvil, opongo todavía mi precaria sombra, mi mujer insiste, multiplica su impronta, se acerca más, en un desalado aliento.

Me percato de que hay un elemento adicional en la atmósfera. Lo percibía quizás inconscientemente; pero es ahora que lo recepto con claridad, con irritación, y no hay manera de eludirlo, no existe artimaña que pueda silenciar o atenuar su estridencia. En un principio parecía un sonido informe, el que escuchas aplicando el oído a una concha, el que emiten los radios puestos en onda corta, el siseo de una transmisión defectuosa. Luego, en el caos chirriante, he podido identificar la maniática repetición de una voz, su voz, el hilo de sus palabras que pende ahora, absorto, inacabable, sobre mi mundo, la requisitoria verbal con que me acomete. Entonces, obra, pertinaz, la memoria. Una memoria intermitente. Una reproducción más bien, cada día, involuntaria, sorpresiva siempre, de lo que pudo suceder a la misma hora, visto el reloj, ayer, anteayer, en las fechas previas. La voz, su voz inventada para causar un efecto de cabal aniquilamiento, alude a mi propio ser espectral, el de hoy, el de anoche, el de todos los días; clama por mi reposición perentoria a su orden, el orden, y sé, acepto ya, que no puedo dejar el lugar dispuesto para mí en su rígida alquimia, que sólo me queda, a modo de contrapartida, este

rencor sordo, este mirar de lado, furtivo, inmerso en el atisbadero central de mi sombra.

Oigo, de pronto, el zumbido brutal de la abrillantadora. El alcohol de la noche pasada, es decir, sus rescoldos, aumentan a niveles insoportables el más leve chirrido. Miro de reojo la silueta de mi mujer que, inclinada sobre el aparato, erguida en la matriz misma del ruido, se vuelve a intervalos y me hace gestos amenazantes. Me complazco en inventarla como si fuese una marioneta de trapo, unida visceralmente al odioso artificio hecho de abultamientos de plástico, mangueras y polvo. Oigo aún, en el estrépito, una nota más alta, su grito agudo. Al borde de la náusea, descubro asombrado, sin saber si están muertos o vivos, los bichos que una mano obsesiva ha dibujado minuciosamente en el tarro de insecticida.

Me salvan del vómito un resabio de orgullo y la conciencia de que debo aprovechar la más leve ventaja, ahora que sé su secreto. Porque esto que verifico no ha sido siempre así, si bien estuvo latente, desde el principio. Para cuajar, para adquirir este cariz medible, esta tangibilidad, ha debido pasar un cierto número de años. Y ha seguido un curso paulatino, sabio, en un acometer y ganar terreno deliberadamente lento, táctico, imperceptible. En un comienzo, en los iniciales días de nuestro matrimonio, contó incluso con mi propia aquiescencia, mi amoroso estímulo. Luego fue acentuándose, adquirió forma en la emborronadura de un dibujo atroz. Por mucho tiempo fue, para mí, un asunto normal, cotidiano, similar a lo que sucede en cualquier hogar, hoy en día. Cuando me di cuenta, era demasiado tarde, no podía cambiar algo que era menos una inveterada costumbre y más una exigencia secular, consuetudinaria, recompuesta en las mañas de mi mujer desde

un pasado casi abisal. Y no es que me tenga sujeto, asido a reglas indiscriminadas, prosaicas, como en el caso de otros maridos. Al contrario, muchos se admiran de mi libertad de movimientos, de lo tarde que llego a casa; algunos, hasta me achacan azares de esos, extraconyugales; los más atinan a ver lo que seguramente se ve, un matrimonio como tantos otros. La verdad, igual que siempre, es distinta. Sólo yo puedo saber, o reconocer, que he sido atrapado en la irreversible tela de araña. No importa el tiempo que permanezca fuera de casa y disponga ficticiamente de mí mismo. El ojo-núcleo, la cara-matriz, la vagina concentracionaria, que aguardan en el centro de la telaraña, saben que ésta puede extenderse infinitamente, nutrida, nutridora en sí misma, y que siempre yo deberé emprender el regreso, en el renovado, repetitivo ceremonial de la reconstitución, del retorno. Reconstrucción, reedificación, rehacimiento, restauración, resurrección, reversión. RE, diosa desconocida de la duplicación, de la persistencia cruel, de la inmovilidad circular, de la recurrencia abismal y doblemente opresiva. Ella, mi mujer, ha rehecho el mundo a su medida y alcance, y se ha colocado en el centro. Todo lo demás gira alrededor suyo, pero la ignominia de que he hablado no radica allí. Lo tremendo es eso, RE, el afán de perpetua reconstitución, de reordenamiento, que rige su mundo, en una permanente, devoradora dinámica, donde yo soy, debo ser una pieza más, quizás la principal, en el expansivo rompecabezas.

En días últimos tuve ocasión de comprobar esta hipótesis. En forma inopinada, sin previo aviso, llevé mis amigos a casa, para continuar allí nuestra francachela. Era ya medianoche, pero yo pedí a gritos a mi mujer que nos hiciera un café, que pasara los vasos y que buscara

las cartas para jugar una partida de póquer. Revolví los muebles, saqué la alfombra al vestíbulo, llevé la mesita del desayuno de la cocina a la sala, dispuse para jugar varias sillas del comedor, retiré el sofá, los adornos, voltéé los sillones contra la pared. Alguien, en el apuro rompió un cenicero. Ella, mi mujer, compareció despeinada, presa de extraña agitación, crispada, acezante, la batona de noche acentuando la hora. Gritó, insultó, por un instante vi sus manos extendidas hacia mi pelo. Pero no pidió que se fuera nadie, no exigió, como era lógico, nuestra desbandada. No nos hizo tampoco el café ni sacó los vasos. Tuvimos nosotros mismos que hacerlo, y en el esfuerzo, la cocina quedó hecha un desastre, revuelto todo. Pero yo sabía que en el dormitorio, allí en el eje de ese mundo donde los demás girábamos como maniqués, mi mujer aguardaba, transfigurada acaso la cara por una mueca de crueldad o placer, los ojos inquisitivos atravesando la pared, las puertas, para sorprenderme o sorprendernos en nuestra efímera eclosión destructiva, mientras ella sonreía quizás, llena de ásperas apetencias, en la oscuridad. La presentía a la mañana siguiente, diosa generatriz, como venus tornando al mar para rehacer la virginidad violada, en la ceremonia de siempre, su palingenesia, la vuelta del caos.

Aquella noche, en el insomnio, concebí diversas formas de rebeldía, pero ninguna era posible, puesto que se había vuelto incólume a toda destrucción, a todo desorden. Aun soñé que llegaba a la cama, atrapaba su delicado cuello y retorció, lleno de ira, o de impotencia, su hermoso pelo, su cabello fluvial que no deja nunca de recordarme el mar, el mar precisamente. El sueño era una materia no maleable en mis manos. Cada vez, ella se

restituía en su posición primordial, el cabello tornaba a extenderse plácido, sereno, pensativo incluso, sobre las sábanas.

Ahora, el alcohol de la víspera prosigue en mi cuerpo su destilación ácida, dura. Pero me veo envuelto de pronto en un grato silencio. Ha cesado el ruido de la abrillantadora, no hay polvo, las cosas gravitan en el sitio de siempre. Me levanto y giro con prudencia, con calculada cautela, mi cabeza, a uno y otro lado. De soslayo, mi mirada alcanza la puerta. El rencor hace densos mis pasos, mas la certeza de que no está mi mujer me aligera. Miro entonces en derredor con desenvoltura, contemplo las paredes, los muebles, me acerco al espejo y verifico mis ojeras profundas, mi talante descompuesto. En la esquina del sofá, entre los almohadones beige y caoba, descubro abierta la última revista sobre decoración a la que mi mujer se ha suscrito. Vislumbro, en el despliegue multicolor de las fotografías, sucesivas transformaciones, una renovada disponibilidad para un cambio en los matices y el tono. Espío, mi mujer ha salido de compras.

Ejerzo la única posibilidad que me resta para evidenciar el rencor. Abro los cajones de la cómoda, en el dormitorio, y de una manera minuciosa, casi preciosista, comienzo a desperdigar las diversas prendas a través de la casa, por la sala, en el baño, por la cocina, aun en el balcón delantero del apartamento. Los cuartos experimentan una repentina efusión de encajes, de cierres, de sedas, de lanas, de inconclusos vestidos, de cordones sueltos, pelucas, zapatos extraviados, medias solas. Cunde por mesas y sillas una extraña flora, las severidades, los prodigamientos, las frívolas transparencias de la

ropa interior. Cojo mis propias camisas, mis corbatas, mis ternos, los trajes de mi mujer colgados en el closet y lo disperso todo, por los sillones, en el sofá, entre las plantas. El contorno todavía invisible de un ahorcado empieza a insinuarse a partir de la corbata que he dejado suspensa en la lámpara de la sala. Las medias de nylon descoyuntadas sobre el pasamanos, se me aparecen a modo de impronta de una mujer violada minutos antes. En el sofá, un pantalón se pliega en ademán obsceno. La falda recogida al filo de la mesa, en el comedor, torna a inquirir acerca de un ligero acto de sodomía. Mi camisa levita en el intento de reproducir el perfil de un guillotinado. Huyo.

Y sé que luego, una hora después, llegará mi mujer, abrirá en silencio la puerta y una sonrisa, más bien hacia adentro, distenderá su rostro de sombra, mejor dicho, deformará su carne en el revés exacto de la piel. Empezará, trémula, la reiterada reposición de las cosas a su lugar acostumbrado. Inventará mentalmente una canción sobre las últimas travesuras del hijo-marido. Comentaré acaso con las vecinas la novedad. La telaraña crecerá también, indefinidamente. A la noche tendremos una cena en silencio; un comentario al azar, con respecto a los más recientes acontecimientos políticos, punteará quizás, a los postres. Y sabremos los dos que aún viviremos otros incontables regresos, prendidos, como insectos, en la madeja sutil del eterno retorno.

## INICIACIONES

La convocatoria era para esa noche, en la esquina del pasaje de Najas. Allí, la oscuridad se empoza, y el pasaje, escalinata, casa de inquilinato, laberinto, asciende, levita casi, desgarrada su niebla de piedra en recodos y pestilencias, multiplicado en la noche como por espejos secretos, llegando, tentacular, hasta una distancia difusa, apareciendo y desapareciendo en laterales escaleras, en azoteas apenas esbozadas, en desniveles abruptos, en peregrinos conductos que dan a las chimeneas o a miradores malolientes. Los muros del pasaje se abisman, por un costado, sobre una calle empedrada, transversal, que sube recta hacia nubladas latitudes, a las faldas mismas del volcán que tutela la ciudad; otra calle, asfaltada, cruza frente a la puerta principal del pasaje, baja ondulante, en dirección al centro. Si uno se arriesga en la noche por la escalinata, en el interior del pasaje, tropezará con bultos cubiertos de andrajos y papeles periódicos, bultos que acaso pisará y emitirán, unos, un gruñido, otros, un carajo, un hijoeputa rezumante de alcohol; los más, un quejido, un restregarse abisal, un llanto de niño o de anciana. En el fondo, la ciudad reducida a puntos de luz aislados o a ventanas que flotan, será, a esas horas, una escenografía quebrada, astral.

Todos recibimos puntualmente el mensaje, pero nadie supo, nunca, quién o quiénes, de entre nosotros, fueron los verdaderos autores de la convocatoria. Aun después, cuando dos de los nuestros tentaron una suerte de explicación, el asunto no revelaría su matriz oscura o equívoca.

La nota enviada a cada uno de nosotros llevaba el sello característico de la jorga, nuestra pandilla: un dibujo de esos enrevesados, que se hacen sin alzar una sola vez la punta del lápiz, sin cruzar las líneas ya dibujadas. Decía, escueta, que nadie debía faltar, que la jorga de arriba, la de la esquina de la Panamá y Buenos Aires nos había retado para esa noche, a las nueve, en la explanada de la Basílica, todavía en construcción, me acuerdo.

La jorga de arriba se hacía temer en el barrio, incluso más allá de nuestro ámbito. En las cantinas, allí donde iniciábamos nuestras primeras sabidurías alcohólicas, cuando no hablábamos de mujeres, la reiterada historia era una violenta, sangrante, enhebrada en relatos de broncas en lugares oscuros, de peleas a medianoche, batallas donde el ruido, esto es, la memoria de las cadenas de fierro, de los golpes, de las botellas rotas al filo de mesas, era la música, el rumor siniestro en el fondo; una sola historia que suplantaba a las otras, las prefiguradas en las fotonovelas o reclamadas en la cavidad auspiciadora, casi materna, del cine, en los westerns. La jorga de arriba, con la que habíamos evitado cuidadosamente el contacto, se desplazaba, es decir, oponía su realidad, su vigencia, en una dimensión para nosotros fantasmal, hostil, un nivel clandestino en cuyo seno, aquello que se le atribuía, tendía a volverse pesadilla, mito, obsesión sudorosa en la noche. A modo de antítesis, nuestra ac-

titud, que encubría en verdad un sobresalto continuo, era el desdén, la indiferencia impiadosa, y así habríamos seguido de no mediar ese día envilecido por la presencia de un mensaje, atormentado por la certeza de un final difuso, aunque irreversible, pero marcado ya, de antemano, por la prefiguración de la sangre y la guerra.

A las siete, empezamos a converger, todos, en la esquina del pasaje de Najas, entre la Venezuela y la Carchi. Unos traían el rostro signado ya por el miedo, o desencajado en la espera; llegaban silenciosos, las manos en los bolsillos de las chompas; el frío se hacía patente en los charcos, en el vapor de las bocas, en la azulosa complejidad de la hora, cerca de un cielo áspero, como de vidrio, en medio de la noche de octubre.

Cada cual disimulaba su miedo, o la crueldad latente, miedo o crueldad que no eran exactamente eso, enmascarados uno en lo otro, en lo que juzgábamos su asaz contrario. Sólo Martínez dijo que sí, que casi no viene, que tenía pruebas al otro día en el Central Técnico, aludió a cierto curso de fotografía. Soto, el mayor de todos, casado, llegó inquieto, sarcástico, que, bueno, él ya no debía meterse en estas cosas, para que vean que no nos abandonaba, lo macho que era. Víctor, el Mora, el negro Borja, yo mismo, evidenciábamos nerviosismo pero nos mostrábamos belicosos, dispuestos a todo, fumábamos apresurados cigarrillos. Cándel aguardaba huraño, replegado en una hostilidad hacia todos y todo, brillaba en su cara la pupila viscosa, como una advertencia. Javier y Freddy, los intermediarios físicos de la convocatoria, nos dieron un poco más de detalles. Que uno, identificado como de la jorga de arriba, había ido a ver en su casa a Freddy y a Javier que se encontraba donde

Freddy de paso, y allí mismo les había lanzado el reto, a ver si podían, y si se creían tan hombres, esa noche a las nueve detrás de la iglesia.

Javier sacó una botella del bolsillo de su chompa azul marino, regalo de su tío de la Armada. El trago circuló fulgurante, en contrapunto cabal al frío, una gota caliente y ácida en la garganta, para darse ánimos, dijo Javier, para calentarse los músculos, apuntó Freddy. Soto dijo que había que distribuirse los contrincantes según estatura, edad, peso. Según sexo, acotó Víctor riéndose. Según machería señaló Cándel emergiendo de su distancia, envuelto en su propio sarcasmo, como en un ala negra. Yo, la verdad, no conocía mucho a los de la jorga de arriba, siempre los había evitado, de manera que iba a ciegas, como quien marcha a un sacrificio inútil. Todos íbamos un poco a ciegas.

Nos sentamos en la vereda, en fila, las sombras alargadas en la calzada, otra ronda de trago circuló intermitente, pasó límpida, dejando su secreta quemadura en cada garganta. Yo contemplaba las casas, la calle semialumbrada, la construcción a medias de la Basílica semejante a una osamenta dislocada en la noche, el frío implacable, el silencio acosándonos, el miasma del pasaje o escalinata de Najas llegando en húmedas bocanadas. Tenía una duda sorda, la ciudad parecía querer revelarse en mil signos, y ahora esto, esta especie de holocausto, de acto propiciatorio.

Freddy advirtió mi dubitación y la confundió con el miedo. Tal vez no se equivocaba. Ahora sé que una sensación, o un hecho, pueden ser el invento o el sueño de otros no revelados, sus símbolos o disfraces. Entonces, tenía que mentir, no podía dejar que se creyera en mi miedo. Pero seguía pensando que en medio de todo

se instalaba algo más profundo, algo como una amenaza cenital o concentracionaria, no descifrada todavía.

Pasó un carro raudo. Una mujer cruzó por nuestra propia vereda, una presencia tibia, embozada, intuí su sorpresa al sentir que no la molestábamos, únicamente Freddy midió el espesor de la silueta huidiza, en tanto se difuminaba, calle abajo. Furtivas sombras de pordioseros se deslizaban hacia la oscuridad del pasaje. El trago ahuyentaba el frío, pero el frío se quedaba cerca, rondando como un perro listo a morder y que, sin embargo, no es el real enemigo. Un hombre siniestro pasó calle arriba, nos miró torvo, clavó en nosotros una mirada de carbón, de fragua negra. Pensé que era un mal signo. Octubre dejaba ver sus fantasmas, las marcas de su propia lobretez, sus estigmas.

Dentro de las casas, en los pisos superiores del pasaje de Najas, se oían llamadas de niños, voces de adultos, radios, platos sobre una mesa; las ventanas aún estaban iluminadas, pero la noche avanzaba, para nosotros sólo era la noche. Emprendimos el ascenso por la calle de piedra, a fin de llegar a la explanada por el lado de arriba. Javier y Freddy intensificaron las bromas, como para darnos ánimo, también Cándel, pero su humor era desdenoso, sombrío. El negro Borja y Soto se alternaban contando episodios de antiguas peleas. Los demás permanecíamos silenciosos, cuidando de no tropezar en los huecos, en las piedras.

Recuerdo que había un rumor extraño sobre la ciudad, un clamor duro, algo como una llamada o grito continuos, en perversa o en perfecta simultaneidad con aquello que nos sucedía. La vaga estridencia se disipaba en los ruidos provenientes de la cantina, mitad tienda, mitad bar, que echaba su luz amarilla sobre la calle, casi

frente a la explanada. En la puerta, el hombre siniestro nos observaba. Pese al resplandor que hería mis ojos, podía adivinar la profunda agua tinta de su mirada. El alcohol conjugaba un solo mundo, una sola cadencia verbal, entre nosotros y la sórdida y gris imaginería de la cantina.

La explanada aparecía oscura, pero la presentíamos blanca, quizás por esa ilusión de luz que emanaba de la puerta del bar. En la noche, los arcos de la construcción se truncaban, volvían a un tiempo casi arqueológico; uno podía verificar los gruesos pilares afincados en mitad de la arena, pero el conjunto ascendía ingrátido, transparente, como una arquitectura de tinieblas. Atisbábamos las figuraciones de esa extensión calcárea que llegaba al pie de la iglesia, lenguas movientes que avanzaban de las casas contiguas, la silueta del hombre de la cantina alargada en un diseño infinito, piedras dispersas, hierbajos, el frío ya no importaba, puesto que sudaba bajo mi chompa.

Entramos resueltamente en el espacio vacío, pero no había rastro del enemigo. Avanzamos, sin embargo, agónicos, rumbo a las arcadas, hacia las tenebrosas opacidades. Pisábamos fuerte, a nuestros ojos cobraban extraña densidad las pilastras, las piedras sillares, los andamios, los apilamientos de desperdicios, ciertas hondonadas largas, rectangulares, semejantes a tumbas. Pensábamos que en cualquier momento la escuadra enemiga se haría patente tras las columnas, caminábamos sobrecogidos y no teníamos alternativa. Por hacer algo, exploramos en los andamios, la botella brillaba a intervalos, ya sobre un rostro, ya en el confín de una mano, el aire se tornaba denso, aprendíamos a transar

con la asfixia. Percibía, trasunto del adelgazamiento extremo de las siluetas, que una arcana y también refleja destrucción se iniciaba, en alguna parte, más allá de las sombras.

En mi miedo, prefiguré el asalto. Reconstruí, desde el pasado, el inminente y forzoso advenimiento de la lucha y la sangre, de las heridas abiertas en la oscuridad y los golpes, de los insultos y las cadenas de fierro, del acezar y el bramido, del dolor y la rabia. Reconocí, en ese futuro que presumía inmediato, los cuerpos hendidos, los cráneos rotos, las caras deformes, el gusto a sal, la contorsión, el quejido, el sudor, la sangre, la baba, nuestra propia baba. Vi a Javier, adelante, detenerse de súbito, en el momento en que se aprestaba a saltar de un andamio a otro, lo vi quedarse fijo, a manera de una fotografía intercalada en una proyección acelerada en el cine, para luego, desde esa abrupta fijeza, desde esa especie de muerte, empezar un retroceso lento, de espaldas a nosotros, encorvado, la torsión entera del cuerpo comunicándonos la presencia de algo adverso, todavía invisible. Escuchamos, cerca, un jadeo angustioso, un silbido que barría la arena entre las columnas, una voz ininteligible, que llegaba de las fronteras de lo irracional, desde esas máscaras que se agitan al fondo de uno mismo. Enseguida, un aullido llenó todo el ámbito; una sombra informe, baja, simiesca, cruzó o saltó más allá de Javier. Este se volvió rápido hacia nosotros, la cara deformada por el terror o el asombro, su cuerpo avanzando en detenida secuencia, abriéndose paso entre las vigas de los andamios. Después, cada vez más cerca, fueron otro salto y un nuevo aullido. Lo veíamos nítido. Sabíamos del loco que se refugiaba en las noches, en la

construcción, pero era la primera vez que lo teníamos ante nuestros ojos. En la noche, fulguraba su extraviada, casi ciega pupila. Gritaba, decía cosas obscenas, acosado, sitiado por su propia sombra; poseído por un pavor o una rabia insensatos.

La repentina presencia del loco, su andrajosa figura, sus aullidos, el terror de Javier, nos dejaron perplejos por unos instantes. En aquel momento, a nuestras espaldas, Freddy rió. Mientras reía, contaba, con palabras entrecortadas, la verdad. En definitiva, él y Javier nos habían gastado una broma, que no era cierto el tal desafío, que sólo querían saber cuál se amariconaba y no iba a la cita. La brusca revelación y acaso el exceso de tensión que habíamos acumulado obró de un modo impensado. Todo el coraje, o más bien el miedo que teníamos dentro se volcó de pronto en un solo punto: la silueta inerte del loco, apenas perfilada contra los arcos sillares de la construcción catedralicia. Igual que salvajes, sin que nadie lo dispusiera, pusimos en marcha una febril estrategia, febril porque todo transcurría sin solución de continuidad, raudamente, vertiginosamente. En cuestión de segundos nos desplazamos como lobos por la explanada, rodeando a la presa. Enseguida, el cerco fue estrechándose, hasta que alguien, cualquiera de nosotros, lanzó la primera patada. Tal que, si fuera ésta la señal esperada, todos caímos sobre la humanidad del pobre demente. Patadas, trompones, insultos; quizá el olor pungente de sus ropas exacerbaba nuestro afán de violencia; acaso la sangre, su aroma, su brusca emergencia en el rostro de por sí deformado de nuestra víctima, incitaba a nuevas instancias de agresión, de incontrolada sevicia. Lo cierto es que por dilatados minutos, o tal vez por una eternidad, desfogamos en aquella criatura

interpuesta erróneamente por el destino todo lo que llevábamos adentro desde que Freddy y Javier nos transmitieran su falso mensaje.

Mientras lo hacíamos, hubo un instante en que, con inusitada lucidez, alcancé a ver en la distancia, dibujándose en la puerta iluminada de la cantina, el perfil del hombre que había registrado nuestros pasos mientras ascendíamos por la transversal empedrada que lleva a la explanada de la Basílica. Pensé entonces en la ciudad, en sus signos. Sospeché que todo el tiempo habíamos sido observados. Más aún, tuve la peregrina sensación de que aquéllo, la golpiza feroz que en ese preciso momento propinábamos al loco de la construcción, estuviese ya previsto desde un principio, acaso desde que nacíamos. *Algo* o *alguien* nos moldeaba, probaba, utilizaba, en fin, nos tendía un cerco sutil y nos hacía objeto de imperceptibles intimidaciones. Freddy y Javier parecían ser finalmente intermediarios apenas de un poder omnímodo y hostil que ordenaba, en niveles secretos, esta prueba extrema. Sentí, escuché una vez más el clamor sordo de la ciudad. Lo seguía escuchando incluso más tarde, cuando, saciados ya, vimos al loco desplomarse, tal vez para siempre, en medio del círculo que formábamos. Sangrante, descoyuntado, no muerto todavía, emitía desde la profundidad de su garganta un quejido gutural que no podía ser sino de muerte.

Sobre nosotros, y en tanto nos dispersábamos, la impresionante mole ascendía indiferente hacia el cielo, indiferente inclusive al tributo que sin pensarlo acabábamos de ofrecerle: esa sangre, ese cuerpo hollado y profanado, esa efusión de violencia que ya para siempre había manchado la tierra que lo sustentaba.

## DESIMAGINACIONES

*A Miche*

• Existió Iriarte? ¿Existe, o es sólo una invención de Evelio, tu primo? ¿Una incursión del sueño en lo real? Hemos pedido a Evelio que nos diga cómo es Iriarte, pero no logra fijar los rasgos, le parece —nos dice— que su cara es de esas que uno olvida en cuanto vuelves la espalda, como si una niebla abrupta cayese sobre ellas. Esto fue el viernes y, sin otros datos, complementados apenas por la visión de una gabardina gris y el temblor de una mano sobre el vaso de cerveza —no pudo aportar más Evelio—, hemos empezado a girar en torno a la misma pregunta, inquiriendo en el absoluto vacío, buscando, en el espacio infinito de las posibilidades, un alarido único, un ademán, una sola, insustituible palabra que nos devuelva la imagen perdida de Iriarte.

Ahora es martes y, mientras acaricio tu pelo, busco en tus ojos lo que pasó por el iris y no fijó la retina, la figuración hambrienta que acaso miraste alguna vez, pero que una argucia inflexible ha exhumado para siempre de tu memoria.

Nos hemos puesto, en estos largos días, a recordar a todos, y todos llegan hasta nosotros, a este ahora, con algo que afianza la certeza de su existencia, que los identifica y torna incluso vigentes: una manía, un lapsus de locura o de lengua, ciertas lascivias, amoríos, incidentes que todavía hoy registramos, singularidades en cuanto

a llevar la corbata o el traje, enfermedades, muertes. Si hurgamos en el pasado inmediato, nos damos cuenta de cómo, cada cual, afirma una presencia, un recuerdo, precisamente a través de una huella o un signo específicos, de variados vestigios, detritus, improntas, el cigarrillo dejado a medias en el cenicero, por ejemplo, la cicatriz de un insulto, el conocido ir y venir de nuestros propios pasos, la risa o el llanto que vuelven a determinadas horas, la leve pero nunca olvidada quemadura de un beso.

Iriarte, en cambio, parece afirmarse por lo contrario, en el revés de las huellas, en una deserción perenne, en el silencio, la emborronadura, el deshacimiento. Una foto tuya que desapareció, pero que olvidaste, nos da la clave para creer, sin mayor convicción, que Iriarte tuvo un contorno físico; una prenda de la que no te acuerdas, sustenta la frágil sospecha; una conversación antigua, que Iriarte ha dicho tuvo conmigo en la cantina del barrio, no logra trascender el abismo de las desmemorias, pero añade la posibilidad de inquirir, en el fragor del pasado, una voz, la suya, encubierta entre las muchas fantasmales que el oído aún reproduce en noches de insomnio.

Hago un inventario del barrio y de cuantos constituíamos nuestra jorga, el círculo de nuestras amistades, las relaciones casuales, los conocidos, aquellos que llevaron una existencia marginal, errabunda, pero ninguno me recuerda a Iriarte, su nombre es lo único que nos queda, una reverberación, un sueño dentro del sueño, y nada más, ahora ya es demasiado tarde.

Y te siento de pronto ajena. Desde las revelaciones de Evelio, el último viernes, hago el amor contigo como si fueses una mujer lejana, diversa, y no obstante que los

dos compartimos esta total incertidumbre sobre Iriarte, sabemos también que algo distinto, antiguo y nuevo a la vez, nos separa, o nos acerca, pero de un modo falaz, absolutamente precario. Y acaricio entonces tu piel, sólo para descubrirme en flagrante placer, presa de un sacrilegio o perversidad repentinos, como un intruso. Te beso y siento que he tocado el vacío, puesto que entre los dos se interpone, próxima, su mirada a distancia, su vigilia que, reconozco asombrado, ha alcanzado mucho más en tu ser que cuanto yo físicamente he logrado, sonoridades sólo posibles en el vasto desierto de la espera, reconditeces susceptibles de verificar nada más que en la angustia, peculiaridades de tu piel o tu risa, no holladas por mí, más sí por esos ojos superpuestos, los suyos, él aguardando tu paso en una esquina anónima, de la que no te acuerdas, él recreándose en una extensión mayor que la mía desde su deliberada expectativa.

Todo esto trasunta sobrevenir de mucho antes. Siempre intuí, mas sólo ahora se hace evidente, mi exigüidad, mi esencial contingencia. Sin duda, he atravesado muchas veces, y de variadas maneras, tu cuerpo, pero nada más, como si fueses una entidad espectral, una ensoñación o un síntoma. El, en tanto, con tu foto extrañada, te habrá rehecho innumerables veces, multiforme y proteica, en una sucesiva y creciente transfiguración donde tú serías, más que nunca, tú misma, tú verdadera, tú soñada, inalcanzable sí, pero plena de rememoración y de carne. Y al tiempo que descubrías, sin darle importancia, la desaparición de un objeto, de una carta, una prenda, reliquias tuyas, no sabías que te ibas agostando de algún modo, que él, lejos, en cuartos solitarios, te recomponía, gracias a tales hurtos, a esa obstinación en tí y en tu recuerdo, de una manera más real, más tan-

gible. Tú te volvías sombra, y yo te amaba, en forma de sombra, pero él poseía tu verdadera imagen, fijaba para siempre, en sus manos, tu condición intransferible.

Tú y yo, y los demás, inmersos en el transcurrir de estos años, creíamos afianzar nuestra impronta, dejábamos huellas obnubilados, heríamos o amábamos, acentuábamos cada cual en el otro los propios rasgos. Ilusos, palpábamos la carne, la volvíamos una acumulación de recuerdos, esto es, una carne querida, entrañable, confiábamos vanamente en los espejos. Iriarte venía del otro lado, sorprendía en nosotros, en un solo gesto, el envés exacto, nos tornaba sombras para quedarse al final con lo preciso, eso que tú o yo, o los demás, juzgábamos desechable, la fotografía perdida, un recorte de diario, la tarjeta de invitación a nuestro matrimonio, cosas pequeñas, inasibles, pero claves, las únicas que restaban para atestiguar la existencia.

Tú ya no recuerdas la foto extraviada, y no sabemos cómo pudo llegar a sus manos. Pierdes la memoria de tu guante, eso que él ha guardado con tanto rigor. La tarjeta de nuestra boda amarillea en un álbum, pero otra similar permanece blanca, cual acusatorio documento, entre los papeles de Iriarte. Tú eres ahora otra, transfigurada en la variación anual de la moda, que nos dictan nebulosos, cuanto imperativos brujos, desde París. El, en cada prenda sustraída, de esas que botabas y de las que no te acuerdas, te reconstruye igual a como fuiste, te mira surgir intangible, resurrecta, virgen, como intocada en tu propio pasado irrecuperable. De cada cosa tuya que guarda, mirará emerger tu figura, tal como fue, en cada instante de tu vida. Yo no recuerdo la vez que, según ha dicho Evelio, se emborrachó conmigo, conmigo precisamente; me he olvidado en el tráfago de tantas noches,

noches y días que han venido a mezclarse en una vana yuxtaposición de espejismos. El parece que mantiene intacta, en su memoria, la visión de esa noche, como si la misma no hubiese terminado aún y volviese, una y otra vez, voraz, y nos abrazara a todos, de una multitudinaria manera, en un compartido estigma.

No me imagino su cara, pero eso no es lo esencial. Puedo, con el solo dato de su gabardina gris, reconstruirlo en la esquina, atisbando nuestra casa, el fulgor de sus ojos confundido en las mil luminosidades de la ciudad. Puedo verlo, sin cara, en el calidoscopio de la cantina, ensayando hacia mí, entre las botellas y vasos sobre la mesa, un único gesto de acercamiento, un gesto que sería al mismo tiempo coartada para su anonimato. Lo veo caminar junto a ti, en la vereda, pasar de largo, mirarte de reojo, alejarse y perderse entre la gente o la niebla. Sueño que lo sigo, el viento agita su gabardina, de repente se para y vuelve a mí su rostro blanco, vacío, sin ojos, como un busto del que han seccionado violentamente la mascarilla de yeso. Y, sin embargo, tampoco esto es lo esencial.

Nada de ello parecía concernirnos, hasta el último viernes, en que ha llegado Evelio a transmitirnos las confesiones de Iriarte, de Iriarte en vísperas de marcharse a una lejana y vasta ciudad del norte, a nueva york o a los ángeles, de Iriarte hablándole de su amor secreto por ti, de su perpetua vigilancia, de tus vestigios y tus restos, de cómo ha registrado con asiduidad cada una de nuestras incidencias, de Iriarte hablándole incluso de mí mismo con quien, deliberadamente, compartió una nebulosa borrachera, sólo para estar más cerca de ti, a través mío, mi amor.

Y no hemos querido decirnos, pero nos quemamos, nos sobrecoge la posibilidad de que Iriarte, en verdad, nos soñaba, nos reconstruía, tornaba reales nuestras vidas. Y ahora Iriarte se va, dejándonos la sensación de que lo único cierto fue él, su angustia, su espera, su amor por ti, su cerco en torno nuestro, la dolorosa certeza de que lo único verdadero fue su mirada sobre nosotros, su inquisición eterna desde una esquina no dilucidada.

Hasta este martes, en que acaricio infructuosamente tu piel. En que me levanto y miro tu cabellera, tu pelo que empieza a dispersarse. Tu cuerpo que inicia un leve ademán de descoyuntamiento o de aproximación esquelética, yo mismo siento disolverme, tú y yo, que ya no somos ni siquiera recuerdos, restos apenas en este exilio que ahora Iriarte comienza, ese exilio de nosotros, de ti, en otra parte.

## LA HEREDAD DE LOS OTROS

En el trémulo correr del sueño, escuchó la llamada. El teléfono sonaba nítido, con dolorosa insistencia, como si fuese algo vivo: un animal agazapado, pero consciente, por ejemplo. Trató de incorporarse, mas era imposible, la parálisis de la semivigilia mantenía tiesos sus miembros. En la distancia, podía reconocer la dislocada extensión de los muebles, la nebulosa escenografía del sueño. Cuando despertó, al fin, todo estaba en silencio, sumido en una quietud abismal, casi física.

Se levantó como siempre, a la misma hora. El cono líquido de la ducha pareció librarle de los fantasmas, todavía próximos, de la noche, inasibles alas de murciélagos que persistían de algún modo, diagonalmente, en la brusca claridad del día. Mientras desayunaba, recordó, lejano, el vibrar del teléfono, recordó el sueño y la parálisis y la difusa disposición de los muebles en el duermevela; extrañado, con un pan en la mano y la servilleta colgando todavía del cinturón, se acercó al teléfono, lo vio crispado, al acecho. Lo imaginó en lo que era, la evidencia palpable de algo que vigilaba y aprisionaba por igual, la ciudad entera.

Terminó de desayunar escuchando en la radio el tercer boletín de noticias. Todo, para él, cobraba un sesgo inhabitual, aciago. Los apremios de la madrugada tendían a envenenar el ambiente, prestaban un cariz de

malos presagios a la voz de la radio; pero había otra cosa indeseada, esa simultaneidad entre su estado de ánimo y aquello a lo que el locutor aludía al difundir los despachos del acontecer nacional. Tuvo todavía tiempo para visualizar, esto es, confirmar, las noticias, en la primera entrega televisada, antes de las nueve de la mañana.

Las mil incidencias de la oficina terminaron por borrar de su mente el turbio reclamo que había presidido el amanecer de ese día. Revisó minutas, los proyectos de otros tantos contratos, hizo varias llamadas, almorzó con Beatriz en el restaurante del centro comercial de la esquina, ella le mostró los pañuelos que había comprado, no le gustaron ni el color ni el diseño, parecían unas enormes mariposas flamígeras, o unos meticulosos ojos de gato. Por la tarde acudió a la sede del partido. Todo estaba normal, muy normal y, sin embargo, intuía que algo no andaba bien, percibía en el aire el olor áspero de la traición. Se le antojaba que no era el único en barruntar que algo, aún en embrión, o quizás ya a punto de encarnarse, encubierto apenas, emponzoñaba la atmósfera, amenazaba con revertir absurdamente lo que con tanto cuidado se había logrado, esta paz, este equilibrio, esta tregua en una realidad, como la del país, cada vez más difícil, más frágil.

Comentó sus dudas a la noche, con Beatriz, en el bar. Ella escuchó atenta, pero, como siempre, no dio a sus palabras mayor importancia. Ella acostumbraba asimilar con tibieza cuanto él decía, lo dejaba hablar mirándole con la boca entreabierta, como si deglutiera las palabras en la dulce cavidad de sus labios, alerta más que nada a otros ajenos propósitos, el efecto de su vestido por ejemplo —el que llevaba esa noche lo había comprado a la tarde en la boutique de una amiga—, o

expectante a la inminencia de un beso. De regreso en casa, saboreó en el vacío el sabor de los usuales cócteles. Miró los noticieros de los diversos canales, saltando de uno a otro, puesto que se emitían a la misma hora. Escuchó los boletines de las once y las doce. La noche pasó entre perfiles trancos, sombras agónicas, la percepción de alguien a quien flagelan, repetidamente, en alguna parte, una mezcla de quejidos sordos, de bisbiseos siniestros. Luego el sueño fue más profundo. Descendió a una calma negra, total.

A la madrugada, escuchó otra vez el sonido. El teléfono vibraba lejos, en una distancia opaca, sin formas. El trató de moverse, pero no pudo, hizo al cabo un esfuerzo supremo, distendiendo desesperadamente la boca. Despertó sudoroso, el silencio encubría las cosas; el teléfono, en una esquina del cuarto, aguardaba quieto, mudo, a lo más, vigilante. El resto de la noche lo pasó insomne, pegado, como una costra, al hielo o sudor de las sábanas. La recurrente, aun cuando imaginaria llamada del teléfono en mitad de la noche, desde lo hondo del sueño, cobraba un espesor inédito, la intrusión del pavor de otros en la tranquilidad de su vida. Sabía lo que podían significar esas llamadas, a tales horas, si fuesen reales. Pero él podía tranquilizarse, todo estaba normal, muy normal; el terror, el verdadero terror quedaba del otro lado de los muros, ahogado en el vientre oscuro de la noche, más allá de los cristales.

El día subsiguiente transcurrió igual que todos, al menos en la apariencia, en la superficie de las cosas. Minutas, contratos, un almuerzo de trabajo, la concreción de un negocio con los colegas de la empresa. Los periódicos, sin embargo, incubaban oscuras premoniciones; él también, leyendo entre líneas el fondo de los nuevos

contratos, atento a las altas y bajas en el mercado de valores, hallaba soterradas modificaciones, las sutiles evidencias de algo larvado, algo que no estaba previsto y que, no obstante, monstruoso como debía ser, existía. Todo parecía contagiarse de zozobra o alarma.

El día mismo transcurría opacado por invisibles lamparones, como envilecido por el correr paralelo de otra jornada secreta, un día no percibible y, sin embargo, en marcha, programado en ocultos niveles. El percibía su advenimiento; casi en la epidermis, presentía la vigencia de otra realidad en espera: las gentes, huidizas; los colegas, absortos; la ciudad, distanciada, diversa; en todas partes, síntomas de que eso, lo aborrecible, lo no aceptado, la ignominia que siempre se quiso evitar, estaba allí cerca, inmediato, reconocible en una escala de claves o señalamientos perversos, evidenciado ya su rostro, o su presencia, entre otras muchas máscaras.

Incapaz de enfrentar solo sus aprensiones, las comentó en la sede del partido, en voz alta. Tuvo un intercambio de impresiones con Gómez, miembro del comité ejecutivo. Este lo miró inquisitivo, no había de qué preocuparse, el partido seguía prestando su colaboración al gobierno, había coadyuvado a aplastar a los subversivos, todo estaba normal; la muerte, los asaltos a la madrugada, los desaparecidos, los confusos informes en cuanto a supuestas torturas, atañían a otros, a los que no quisieron seguir el programa democrático del partido, a los equivocados de siempre, a los enemigos de ahora, ciertamente. El no pudo aliviar su desasosiego. Alguien, en alguna parte, se tornaba voraz, rompía todo compromiso, pisoteaba cualquier promesa, centraba en sus manos todo el poder posible, alguien despiadado, no conocido, sin rostro.

Esa noche, Beatriz no acudió a la cita habitual, en el bar. Tuvo un oscuro resquemor, como un resentimiento. Sin darse cuenta, pensó en la palabra traición, mas no lo fue por Beatriz, no, lo de ella —se dijo— era sólo una deserción, quizás un alejamiento táctico. Había llamado por teléfono, había indicado estar indispuesta, aludido a unas posibles vacaciones en los próximos días. Beatriz nada tenía que ver con esto, pero en la medida en que todos, a su vez, de una manera inasequible, estaban involucrados. La palabra traición, tal como él la había evocado, encerraba un sentido más general, una alusión totalizadora, pero no alcanzaba a delimitar el por qué, la última razón inconsciente por la cual la palabra volvía, reiterada, incisiva.

En el trayecto de regreso a casa, pasó por la oficina, para recoger alguna correspondencia. Encontró una nota de su secretaria, alguien del ministerio de gobierno había tratado infructuosamente de comunicarse con él. Condujo el auto tenso, no siguió las calles usuales. Siempre entendió la existencia de una realidad o un sistema superpuestos a los de la ciudad en éste del tránsito, una madeja de signos situados en el límite de toda percepción, puesto que señalaban, a cada paso, en extremas encrucijadas, el posible y cierto acaecer de la muerte; un trasunto de otra ciudad no habitada, pero sí en movimiento, cambiante, plagada de aullidos, de haces letales proyectados desde los automóviles. Esta vez, como nunca, sintió todavía más real, acuciante, la disposición arcana del tránsito, una más entre las muchas que la urbe parecía oponerle, las variadas configuraciones no dilucidadas de la ciudad, las ilimitadas recomposiciones del caos. Ya en su apartamento, se preparó un whisky doble. Comió sin ganas, centrado en atender los noticia-

rios nocturnos. Se echó en la cama con el periódico de la tarde, dispuesto a soportar, otra vez, la perversa reiteración del insomnio. La noche era una de esas pesadas, grávidas, que simulan devorarlo todo, hasta los sueños, en su silencio yermo. Cuando al fin se durmió, su sueño fue tortuoso, acelerado, de una deformidad casi triste, que le dolía, físicamente. Lo que soñó era de una devastadora claridad. Se miraba a sí mismo en una buhardilla, acostado en el suelo, pero la calle se veía nítida, y en ella los tanques cruzaban, los piquetes de soldados abatían las puertas, no se oían los fogonazos, se los adivinaba en la noche, en algún sitio golpeaban a alguien, sombras furtivas huían por los tejados, una sirena ululaba a lo lejos, cubría con su ruido la ciudad entera, como un clamor generalizado, un reclamo angustioso. Lo miraba todo tan claro, que intuía a su sueño trascender de sí mismo y amagar, perverso como era, la realidad. Soñó que alguien subía por las escaleras, echado allí, en la buhardilla, tuvo la desorbitada percepción de que alguien rompía a culatazos la puerta.

Ahora le ha despertado la brusca llamada. En la noche, vibra el teléfono. El terror detenido siempre al otro lado de los muros, grita allí mismo. Se hace evidente en la habitación, adentro. El hombre se para, se le antoja que de tomar el auricular, allí donde el teléfono timbra o aúlla implacable, habrá de recibir una dentellada mortal, una mordedura fría, emponzoñada. El hombre avanza, avanza lento, moroso, en una contorsión dilatada, en un espacio fuera del tiempo, donde sabe, reconoce, que la llamada, ahora es para él, para él solamente, para él también el horror, el miedo, el asalto brutal que traspasa el asedio del viento y rompe, frágiles, los cristales.

## NOCIÓN DE CEGUEDAD

«Oscuro heraldo, descoyuntamientos, zozobras», pensó Martínez. Las palabras surgían en sucesión inco-nexa, casual. El artefacto, erguido sobre la mesa, oculto en su seno el mecanismo de relojería, evocaba la muerte. «La muerte entendida como sustancia modificable», reflexionó. «Un espantajo doblegado en mis manos». Las palabras, estas precisas palabras parecían surgir del artefacto mismo, de su seno oscuro y predecible. En las estanterías, los frascos, su leve fragor, fingían un atroz vaticinio, un infame reclamo.

Por la puerta entreabierta del laboratorio atisbó la sala de redacción: los escritorios vacíos, un insecto girando a intermedia altitud, el aire falso de las lámparas fluorescentes. En una distancia difícil de mensurar, tan pronto cerca, tan pronto lejos, alguien invisible tecleaba una máquina. Al fondo, la puerta de grueso cristal que daba al despacho del jefe de redacción permanecía cerrada, arrojaba a la sala un resplandor oblicuo. Del otro lado, se adivinaban las líneas quebradas de una silla y un escritorio, el adelgazamiento del humo desde un cigarrillo, máculas todas, dispersas en el cristal esmerilado de la mampara. La silueta del jefe de redacción, ajedrezada en las fragosidades del vidrio, denotaba una espera tensa, como si aguardase algo asaz trascendente. Martínez cerró la puerta. Encendió la lámpara roja de

seguridad. En la luz fantasmal los objetos del laboratorio cobraron un espesor absorto, el cariz de otro mundo que deben ver de noche los gatos o los búhos.

Manipuló los ácidos en función del mecanismo colocado sobre la mesa de mármol. Allí, en esa noción de ceguedad que prefiguran el alcohol metílico o el ácido acético glacial, sintió de nuevo, semejante a un soplo que viniese de lejos, todo el pavor melifluo, la conciencia devoradora de los días pasados, inútiles; la calidoscópica fantasmagoría de sus dubitaciones, de sus hambres, de sus sañas siempre circunscritas a él solo, es decir, sin proyección, sin huellas. Ahora, mejor dicho, mañana, todo cambiaría, acaso la muerte cobraría su precio, pero por una vez, el intento no iba a ser vano.

Pensó, inevitablemente, con desmadejada tristeza, en Delia, como si el hecho de pensarla llegase a ella, no ahora, sino después, con la rugosidad de una carta póstuma. Recordó su retrato, colgado en la sala del departamento, eclipsado por la costumbre. Tuvo la certeza de la vida enhebrada en intermitentes instantes, pausas, fracturas a partir de las cuales sobrevienen renovadas subdivisiones, bifurcaciones insoslayables, un juego de espejos creciente donde cada cosa se abisma en perpetua confrontación con otra que la niega, que aspira a excluirla. «Delia», se dijo, cual si la palabra, o su aliento, pudiesen esbozar en el aire su imagen, una cara de niebla. Cuando la fotografiara, años antes, no pudo calcular que, con el correr del tiempo, el retrato y su modelo tomarían rumbos distintos. Ahora, ella solía mirarle en la foto desde un pasado cada vez más lejano, hecha una alucinación, el revés de la otra, la que había devenido en la realidad.

Pensó en sí mismo, en la elusiva dimensión de su vida. Breves, desconectadas secuencias; de cara a los hechos, pero no en ellos, ni su ejecutor, ni su víctima, testigo espurio casi siempre. Rememoró los extremos recursos que utilizaba en su misión de fotógrafo del periódico, obligado a captar los acontecimientos en fracciones de tiempo muchas veces minúsculas, la necesidad de registrarlos todo en una minuciosa instantánea, metáfora —la fotografía— de lo que significaba, esto es, iluminación, testimonio perpetuo, reducción de lo eternamente móvil, a su estricto contrario, la fijeza, desfase continuo por el cual él, Martínez, alcanzaba un sentido, una precaria justificación, el pretexto que legitimaba su vida. Era, lo suyo, un transcurrir entrecomillado, entre guiones, en glosas paralelas al texto, el grande, el lícito, el autorizado para ser registrado y reproducido en las planas de *El Gráfico*; una vez lanzado en el vértigo, ya no contaba, para volver sobre sí mismo, sino con ínfimas pausas, la tregua justa para tomar un café, el interregno mínimo que le permitía cambiar de rollo la cámara, abrir y cerrar el estuche de los accesorios, ajustar el lente, revisar el fotómetro, al tiempo que regresaba o debía regresar fatalmente a olvidarse de sí mismo, a posponerse, a ser, apenas, el otro lado del espejo, la cara oculta, el truco o mecanismo tras bastidores, siempre móvil, siempre anónimo, en el revés de eso que al otro día involucraría en un solo acto al lector, en ese caso de *El Gráfico*, y al suceso o sucesos de la víspera.

Martínez se alejó por un momento del mundo hostil de los ácidos. Recostado contra la puerta, en tanto el maderamen iniciaba una suerte de abrazo casi letal, encendió un Full, de cara a la prohibición de fumar, ostensible sobre el lavabo. Advirtió, lúcido, que su inmo-

vilidad equivalía a una incisión transversal en el tiempo, en el vértigo, la piel y los párpados como enceguecidos, cortado el cuerpo en un regusto infinitesimal de agua fresca. El sabor acre del Full era, sin embargo, la contrapartida exacta, la tibia humareda que contamina y siembra incipientes manchitas de muerte en alguna parte. Terminado el cigarrillo, retornó a las cubetas. Sus manos planearon, similares a insectos blanquecinos y obscenos, sobre una aséptica disposición de cristales, palanganas, húmedas superficies. En el crepúsculo infrarrojo, se sentía escindido; por un lado, la doble noche del laboratorio; más allá de la puerta, el devenir concreto, la vida; aquí, un silencio visceral, imperioso. «Larva de cuarto oscuro», se dijo, se rió casi.

Infería de todo esto un poder esquivo, latente. Sueños frustrados, avideces jamás satisfechas, certidumbre de inasibilidad, de imposibilidad que lo infestaba todo, los muebles que tampoco podrían comprar este año, los vestidos nuevos de Delia que sólo podrían verse en los escaparates, los alquileres caídos, sus reiteradas carencias, este no trascender del punto de intermediación que lo volvía invisible, borrada su faz entre lo que compulsaba la cámara y los consumidores del diario, la taumaturgia por la cual él, el médium, el que arriesgaba la piel en el minuto clave, era devuelto, una y otra vez, al infierno cabal del anonimato, como si nunca hubiese existido. La ambición o la urgencia de traspasar el vicioso círculo, le quemaba. Sobrepuesta, le llegaba de nuevo la imagen de Delia. «Delia», repetía, «desierta Delia», tejiendo, desde su propia perspectiva, su sueño sin mayor ilusión pero también sin límites, un sueño simplemente indefinido, inmortal, donde podía haber todo y la nada, a la par. Delia, más sabia, obraba según personales ardides.

Incubaba análogas apetencias —la ambición, la urgencia—, pero las trasmutaba. Las proyectaba, por ejemplo, en las páginas de las revistas de modas, en las fotografías donde aparecían los otros, los inmarcesibles, los que estarían siempre en las primeras planas, no sólo de *El Gráfico*, sino en todos los diarios y revistas multicolores del mundo. De pronto, Delia se situaba en una dimensión contigua a la de ellos, compartía sus téis, sus fiestas, las incursiones a nebulosas, míticas discotecas; los viajes que hacían a lugares exóticos, los escándalos. Por paralelas artimañas, Delia sustituía lo que no alcanzaba a tocar con las manos —los vestidos de último modelo, los muebles—, por los figurines, por las panorámicas de las mismas revistas, por ese mundo próximo, metido hasta donde ella estaba, de las telenovelas. Delia accedía así, de un modo visual, intangible, a esa otra existencia, tal como hacían los demás lectores de *El Gráfico*.

El, en cambio, asumía la imposibilidad en toda su cruda desnudez. El destino simulaba imponerle implacable este sufrimiento, esta conciencia que le devoraba, un pico de ave rapaz metido en el pecho, algo férvido, en el borde del frenesí, de la ira, de la fiebre misma. Quería ser el protagonista; ser, él, la foto, el anverso. Ansiedad que se tornaba voraz con los años, conforme, también, se iban acentuando el desmedro, la huidez, el desánimo. En el intento por saltar esos límites, sus propios no aceptados límites, había ensayado cuanto estaba a su alcance; una gama recurrente de obstáculos, de impedimentos, que él —casi maniático— estimaba se urdía en altos niveles, le circunscribía tenaz a lo que era, esa consunción repetida. El fracaso barría todas las perspectivas, llegaba a su más íntimo ámbito, amagaba lo que en última instancia era sólo suyo, su arte. Los concursos

de fotografía, allí donde quiso probar que era más que un simple cronista, le fueron siempre adversos. Poco a poco, en su mente, iba cobrando perfil, cada vez con mayor precisión, ominosa, la visión de lo que no quería ser. Se veía, fuera incluso de *El Gráfico*, esperando el final de las bodas, de las recepciones, introduciéndose en los homenajes, en las mesas redondas, en los actos de condecoración o de desagravio, retratando servil, obsequioso, raído. Rechazaba, sobrecogido, la posibilidad. Pero era eso, justamente eso, lo que restaba, lo único que sedimentaba y crecía, la defectuosa estructuración de las cosas, esta realidad antagonica y enemiga, la malversación de todo lo creado. Lo veía allí, opuesto, anómalo, pero usual también, reconocible siempre, fragmentado en la fila de fotografías, sobre la mesa. Lo recobraba, podía recobrarlo en su inmediatez, en sus enmascaramientos, en los supuestos intermediarios de ese mal, pensaba, de ese mal generalizado que refluía en la plancha de mármol, como un lago inverso que pugnara por evidenciarse en la piedra, entre ojos de agua aviesos, filtraciones, miasmas, espumarajos violentos. Lo reconocía, podía reconocerlo en los niños famélicos, en los pordioseros hieráticos o enloquecidos, en las mujeres magras, las úlceras abiertas de la ciudad, en los sitios de moda, en los personajes de la noticia, en los magnates, en el presidente y sus ministros, en las conferencias de prensa, es decir, en los resultados de la labor del día, en las repetitivas conclusiones de los días previos, de todos los días. Contempló y rememoró, aunque el trabajo se le antojaba inconcluso, cómplice de eso que no lograba fijar, emponzoñado como debía estar, el mal, en planos recónditos, infinitos niveles de fascinación, afinidad, odio, represión o desentendimiento que existían entre unas y

otras de las imágenes de las fotografías. Una de ellas, tomada a contraluz, rescataba la perpetua inmovilidad de un mendigo, parado en la puerta de alguna iglesia, desorbitados los ojos. Otra, venida del exterior, reproducía los cuerpos destrozados, calcinados, de un grupo de hombres asesinados por la metralla de la represión. Más allá, similar a un feto desdentado y envejecido, la figura crispada de un niño negro emergía, casi en relieve, de un escenario devastado por la sequía. Aquí, una imagen en blanco y negro fijaba nítido el contorno de una mujer con un niño en los brazos, lacerada, póstuma, ojos y manos en desmesurado contrapunto. Una quinta foto parecía detenerse sobre los basureros, abismada en un horizonte gris, ceniciento, en las inconfundibles siluetas humanas que buscan, en horas perdidas, un trozo de carne, una moneda, un recuerdo. La ciudad entera, el mundo, la cara maldita del universo crecían insospechadamente en el dislocado laberinto de las fotografías. Se quedó al cabo, absorto, fijo en una toma al azar, una perspectiva que no había sido prevista. En ella, la ciudad emergía yerma, desolada como un mal presagio, construida en una sucesión de esquinas anubladas por la llovizna, detenida en una tristeza yacente, en figuraciones anónimas, en ojos, en árboles casi humanos.

La inasibilidad lo inficionaba todo, ponía barreras insalvables entre él y las cosas. Se acordaba de un viaje reciente, en misión del periódico. El viaje mismo, sus razones, los resultados, dejaban de tener importancia. Lo que rememoraba era un instante preciso, sentado junto a la ventanilla del bus, en el momento en que cruzaban a toda velocidad una dilatada llanura. Recordaba, como, al par que aumentaba la celeridad del vehículo, también los matorrales, los árboles, las simples plantas despla-

zadas en la extensión contigua a la carretera, parecían movilizarse, transparentaban esa intrínseca vocación de lo vegetal por lo anímico, adoptaban vagas formas zoomórficas. Podían ser, a veces, leves figuraciones de equinos, perfiles de caballos, yeguadas, dibujados a medias, en desenfadada carrera, curvos los cuellos, distendidos los costillares en el espectral afán del galope, avanzando rápidos entre los árboles, hasta detenerse, casi espumantes, esperpénticos, al borde de un río, en el infranqueable espejismo de una laguna. O llegaba a entender, incluso, el quimérico trazo de un solo caballo lanzado al vacío, bosquejado en la dolorosa imposibilidad del movimiento que no logra plasmarse, encabritado en el duro límite de la quietud, del inmovilismo perpetuo. O podía vislumbrar, también, conforme el paisaje se enriquecía de tonos, de medias formas, una iracunda manada de puercos salvajes, o una jadeante jauría, o pájaros en brusca bandada, cuando no la detenida imagen de un toro, volviéndose fiero en mitad de la desaforada estampida. Martínez hubiera querido captar con la cámara ese movimiento elusivo, la agitación soterrada de la llanura. Sabía, de antemano, que ello no era posible ni con una cámara cinematográfica: la fotografía sólo era capaz de fijar los planos inmóviles del paisaje, sus contrastes en el color, árboles y nada más, no la presura íntima, no ese ánimo de trascender y ser otro, ese afán de transmutación que había intuido desde la perspectiva alucinada del ojo, su ojo.

Ahora, como cada noche, en ese final de jornada, repetido, inocuo, se daba a la tarea de reordenar, en alguna forma, el caos vivido, el doloroso, sucio trajín. Apoyado en la puerta, terminó otro Full. En la extensión rojinegra del laboratorio, las volutas flotaban extra-

ñamente inconclusas, sin dispersarse, levitaban apenas cual fantasmas abstractos, cuasi geométricos, entre los frascos y las estanterías de acero. La visión le remitió a otra, una que no podía mirar si no era con deslumbramiento, con cierto terror. Colgados del alambre entre los estantes, sentía el laboratorio poblarse de seres cuya textura aparecía ahumana, inversa, monstruosa. Los veía, en la serie ingrávida de los negativos, atisbando desde sus ojos vaciados, desde una piel de niebla. Los descubría antropomorfos y astrales, desasidos de carne, opuestos a la disposición misma del laboratorio que, si bien espectral, era todavía cognoscible, delimitada. Presintió, en los calcinados perfiles, ahondando en su condición de esqueletos o aparecidos, el enigma que presidía el tráfago diario, atrapado por el lente omnívoro de la cámara. Había en ellos un no sé que de póstumo, de algo que regresa de más allá de la muerte, testimoniándola. De una manera distinta a la fotografía (su sucedáneo), el negativo retenía el rasgo esencial, no visible, del retrato, o de la escena captada, y, precisamente porque imponía lo oscuro u oculto en el lugar de las apariencias, debía ser reinterpretado de otro modo, no sólo en su primera instancia, la que devendría imagen al día siguiente, en las planas de *El Gráfico*. Previó una velada amenaza. Mientras guardaba el artefacto en su abrigo, dejando libre de sospechas la mesa de mármol, en tanto recogía las fotografías para el jefe de redacción, intuyó, de soslayo, que los negativos trascendían la cuerda del laboratorio y refluían, agónicos, desesperanzados, fetales, como una bandada de murciélagos en el fondo de un túnel, como vampiros emisores de un chillido tanto más monstruoso, cuanto silente, una convulsión que se adivinaba cruel, mortífera.

El frío de la calle no fue suficiente para secarle el sudor de la cara. Tenía destrozados los nervios. Ineludible, llegaba su momento, la hora crucial que él mismo había elegido, en un orden donde buscaba dejar atrás su vacuidad o aniquilarse definitivamente. La elección, sin embargo, no era del todo libre. Era, sí, una opción, la más controvertida y riesgosa, pero sólo había sido adoptada, o concebida, al término de una sucesión de distintos, personales fracasos. De pronto, en una tortuosa revelación, reflexionando sobre las lacras del mundo y sus propias derrotas, había entendido que si no le era dable ser el protagonista de suceso alguno, podía al menos convertirse en el nigromante secreto, el perpetrador en la sombra. La repetida visión de las fotografías exacerbaba su rabia. Durante meses, Delia y los demás habían sido testigos de una paulatina, pero inequívoca transformación. Se volvió huidizo, taciturno, irascible. Temeroso de confrontar sus torvas imaginaciones con Delia, solía quedarse hasta altas horas de la madrugada en la calle; muchas veces, el amanecer habría de sorprenderlo en una desolada plaza, en un parque, en alguna cantina, entre desconocidos. Al final, toda la ira latente, los deseos frustrados, desembocarían en un proyecto obsesivo, un juego de vida o muerte, iluminado y tajante. De esa manera, la cámara oscura del diario se transformó en otra clase de laboratorio; de médium, Martínez devino mago. Ahora, enfrentado a esta última noche, oculto el artilugio en el estuche de los accesorios, y al tiempo que imaginaba lo que habría de suceder en la mañana inmediata, cuando se reuniesen el presidente y sus ministros para la sesión semanal de gabinete, a la hora en que dejarían pasar un instante a los periodistas y él depositaría —y activaría— el pequeño

artefacto, en cierto recodo, ya escogido y estudiado por él con antelación, sentía, exaltado y exhausto, que algo nuevo empezaba a fraguarse en el mundo, por elección de su mano, y que, dentro del mismo sortilegio, él sería el ejercitante no público de un recién descubierto poder, el hacedor de este mecanismo que habría de llegar a su clímax con simetría, con la inapelable exactitud de un reloj. Esperaba que la noche pasase rápido, que todo transcurriese precipitada, vertiginosamente. Dispuesto a no encontrar a Delia despierta inició, una vez más, un peregrinaje al azar, casi ciego, vagando, a momentos, por las calles desiertas, semialumbradas, o deteniéndose en cafés malolientes, en algún bar desolado, en una cantina de trastienda. La ciudad, en torno de él, sufría los síntomas de una derivación a una soledad más alta, un principio de devastación, de sutil descenso. En la noche clarividente, los objetos se recortaban nítidos, como fraguados en carne viva, sobredimensionados. Había desenfado, inmediatez, pero también la sospecha de una jerarquía furtiva, secreta, la perversa redistribución de la noche, se decía Martínez. Sin darse cuenta, prorrogaba el regreso al apartamento, recomenzaba inconsciente su periplo internándose en nuevas zonas o niveles de la ciudad, muchos de ellos desconocidos. Experimentó la inmersión átona, discorde, en las discotecas, luces en diagonal, intensificación dramática, hiriente, del rojo, del azul, del verde, pupilas negras, sonrisas aciagas, como bisturís blancos, incandescentes, en la penumbra; siluetas ciegas al fondo, una vibración sincopada que exalta, exaspera, destruye. Y el humo también. Perfiles eternamente sin rostro. Un heroísmo sordo, sin objetivos, sin origen.

En la calle, la soledad ganaba la noche, la urbe. El caos previo, el desenfado impostado de la ciudad moderna, en el norte, el acre y riguroso tropel de las cantinas y los cafés, en el centro, daban paso a presencias insustituibles, seres esquivos, perspectivas inéditas, «la verdadera fauna de la noche», se dijo, lo que queda al final, lo que la ahonda, la personaliza, la delimita y la reconstruye. Repentinamente lúcido, sin rastros de alcohol, se sobrecogió ante el advenimiento de la verdadera noche. Entendía, de pronto. Comprendía el error de todos cuantos, en ese mismo momento, se divertían juntos en las discotecas y cabarets; de los que formaban el conjunto de trabajadores del diario; de los que comían y reían en los restaurantes, reflejados en los mil espejismos de la ciudad. Surgía ante él la cadena rota, el ensamblaje reducido a escombros, diseminadas las partes. Suelen agruparse, recapacitaba. Les gusta estar juntos, suponen ser los engranajes de un todo. Y, sin embargo, están solos. Estamos todos solos, reflexionaba, sorprendidos en la soledad, como si en plena proyección seccionáramos una cinta cinematográfica y no quedaran más que tomas aisladas, quietas, sin relación entre sí. Igual que en la paradoja de Zenón, se decía, donde se refuta el movimiento y se concibe la existencia como una sucesión de instantes fijos, inmóviles. Y la ciudad urgía, la ciudad dividida en planos, contraposiciones, aristas, la ciudad reclamaba, desde la quietud, desde la fijeza, la necesidad de rescatarla en imágenes, de atraparla, no tanto en el ángulo puramente físico, visual, sino en lo subterráneo, en lo que subyace, en aquello que la anima y devora. Sonámbulo, cargó la cámara y dispuso el flash. En la niebla de la una o las dos, su mano

semejaba un trabajoso insecto, el flash un ojo traslúcido e intermitente que horadaba la urbe; enfrentados a él, en la efímera clarificación proyectada, a intervalos, desde la cámara, se resarcían y evidenciaban en su extrema forma, un vértice de pared, una desgarradura de calle, la cuchillada de un charco, la efigie inmovilizada de un pordiosero bajo papeles en el portal, en inasequible descendimiento; la media cara de una puta, recreada por la locura de una fogata interpuesta entre ella y el flash, la llamarada que asciende, petrificada casi en esa hora glacial; los círculos concéntricos de niebla alrededor de un foco, en el poste.

Despertó cansado. Repitió mecánicamente las minuciosidades cotidianas, abrevió una tajante discusión con Delia y sólo volvió sobre sí mismo, es decir, que cruzó otra vez la consabida pausa, el indispensable reflujo de todo su ser, exactamente en el minuto previo a que se abrieran las puertas de la sala de sesiones del gabinete. En tanto los guardias miraban soñolientos su cámara, sin registrarla, graduó, como si se tratara de un cambio de perspectiva, o de ángulo, la desproporción entre el acto que se obligaba a asumir y la brevedad, su pequeñez, el precario, si bien extremo, inaprensible sentido de sus designios. Recapituló el calidoscopio de los días pasados, los afanes fallidos, las noches plagadas de dudas, entre el insomnio y la fiebre, el empeño jamás satisfecho por trascender la circunstancia diaria, el deseo de habitar la piel de las cosas y no su revés, la reiterada ansia por fijar aquello oculto que, sin embargo, contamina y corrompe las cosas, la certeza de una derrucción, de un dolor, de un hambre generalizados, el intento por sorprender el rostro arcano del mal en una al menos de

sus disimuladas representaciones, el loco proyecto de aniquilar esta segura, odiada figuración del mal, de la insania, que eran para él el presidente y sus ministros, cada cual con su baba, sus impías órdenes, sus expoliaciones, sus fraudes. Tuvo la premonición de lo que iba a suceder una vez transcurrido el tiempo marcado en el reloj, el plazo que mediaba entre la puesta en marcha del artefacto y su forzoso estallido. Previó la brusca descomposición de los rostros, el meticuloso descoyuntamiento de cada cuerpo, el ascender de un brazo, de una cabeza, la apresurada iconografía de la explosión y la sangre, la volatilización de un perfil contra la pared, manos dispersas, absorción rápida, como desde una boca ávida, de trozos de vestidos, de muebles, la estampida de mil papeles, el vuelo raudo de las carpetas y las cortinas, de las cristalerías y los miembros humanos desacoplados, desde el palacio a la plaza, al firmamento impávido de la plaza, a manera, todos, de abyectos pájaros, planeando cual signos no elucidados en el encantado fondo de una fotografía. Recordó lo que había intuido la víspera, la fragmentación radical de todo lo humano, esta reducción a compartimientos estancos, a mil soledades distintas e irreductibles. Juzgó que ya no eran necesarios ni el artefacto, ni sus efectos, puesto que él, Martínez, había visto.

Miró entonces, como por primera vez, en la amarilla claridad de la sala de sesiones del gabinete, alrededor de la mesa, desparramados a lo ancho y largo del salón, las caras, las siluetas, los contornos. Discernió los visajes e inquirió, iluminado, las razones secretas de cada rictus, mueca o fruncimiento de rostro. Interpretó, falaz, las sonrisas, los silencios, las imprecaciones adivinadas

en la leve torsión de la boca. La revelación, multiforme, cundía. Se sintió poseído de un extraño poder, de una maniática certidumbre. Frenético, comenzó a disparar la cámara, su ojo pareció distanciarse, expandirse, hacerse una sola, rápida, inquisitiva floración del flash, en esa sumaria explosión de luminosidad que se intercataba entre los claros y oscuros, entre un silencio y una algarabía, a través de múltiples encogimientos. Escogía los ángulos, el encuadre, en un límite excluyente de toda duda, esto es, ceñido al objeto, ajustado al modelo. Tenía la certeza de que cada una de las fisonomías o perfiles que confrontaba la cámara, aún en medio de ese escogimiento al azar, eran fijados, no como devenían aparentemente, sino en el gesto o rasgo esencial que los singularizaba, en un orden que él, Martínez, disponía, redistribuía, creaba. Era él quien sacaba a la luz, a la realidad, una faz, una contorsión única, la mímica que aspiraba a no repetirse jamás. Era él quien descubría los personajes y sus comparsas, sus oropeles y escenografías, sus mentiras y sus verdades, haciéndolos y rehaciéndolos a su antojo, dispensándoles una suerte de materialización o negándoles toda perpetuidad. Se supo febril. Sintió febriles la mano, la cámara, el ímpetu. El flash proseguía su destino de ojo que perfora y exhuma. De repente, se sabía convertido en hacedor, en demiurgo. Los modelos, las cosas, se aparecían en una semblanza, una expectativa, sólo reconocibles para él, y por él. Los retenía o dilapidaba en una sucesión de tomas donde podían alcanzar, ya una existencia efímera, ya la fijeza, la eternidad del gesto detenido en la fotografía; siempre, de algún modo, la muerte. Sabía, al cabo, que todo el conjunto, los rostros, las siluetas, la disposición

de los muebles, la luz, el mundo, eran su materia, que él podía obrar sobre esa materia, destruyéndola o recreándola. Nadie lo sabía, pero a él le bastaba. Tenía un poder, una posibilidad o potencia total, algo redentor, embriagante, un poder que era al mismo tiempo la exaltación y el abismo, el retorno y la fuga, la rememoración y el olvido, el riesgo, el traspaso, la vida.

## RETORNO A LA SERPIENTE

U ribe se detuvo sobre su propio cigarrillo, aspiró el humo y sintió el escozor, la sospecha de que algo no estaba bien, desde el comienzo. Trató de imaginar la calle donde Salgado, fantasmagórico, debía desplazarse reptando junto a las paredes y las vitrinas; intentó visualizar la otra figura, la suya propia, ese negativo de sí mismo que había de ejercer el ilusorio seguimiento, atribuyéndole, apenas, el rasgo inocuo de un impermeable y la persistencia de una mirada luciferina, obsesiva.

Inclinado sobre la máquina, releyó los párrafos, inasequible cabeza de reptil erguida desde el rodillo:

*«Todo cobraba el perfil, la impronta, de un círculo; de repente, en la conclusión de un ciclo inflexible, la libertad, mejor dicho, la sensación de creerse libre, terminaba abrupta, y los sentidos, su ojo, sus poros, el oído, entraban en el infierno de una noche torva, en una suerte de tormenta plagada de aullidos. Aquello execrable, eso guardado en el fondo de la memoria, tornaba puntual, se acentuaba como el principio u origen que era, la señal ominosa que esperaba, exacta, en un imprevisible final».*

Frente a él, la vieja Olympia mostraba la herrumbrosa disposición de sus fierros, eso que conceptuó siempre como una metáfora de la escritura: el graderío de teclas bajo su cara; más atrás, irreversiblemente opuesto, en contradicción flagrante, el semicírculo de caracteres de plomo, prestos a estrellarse ciegos contra la cinta, allí donde por infinitesimal alquimia se producía el traspaso al papel de lo que acaso no se quiso decir, lo que fue o era una conjetura distinta cuando se accionaba la tecla y no su inversa traducción en el párrafo impreso. En la casa, gravitaba el silencio, un silencio de otra índole, al que sabía instalado desde que muriera su padre, una palpable insonoridad, como una presencia, algo que avanzaba sobre su espalda, que argüía y rememoraba, que urgía. Uribe fumaba impertérrito; el humo, a su vez, parecía también una afrenta al silencio, la figuración o la máscara de un inaudible, azuloso sonido. Todo levitaba, en lo que simulaba ser, apenas, la apariencia de un oculto, no elucidado proyecto, o diseño.

Con el cigarrillo todavía en los labios, casi con furia, empezó a teclear de nuevo. El tableteo generaba repentinos ecos, gritos, semialaridos, el ámbito, esto es, la quietud, se agrietaba igual que una página corrugada, el tableteo era como de armas absortas en la ejecución de alguien, un asesinato ordenado desde la infranqueable dimensión del silencio. Luego, al detenerse, suspenso el humo sobre su rostro, aquello insonoro, compacto, llenaba vertiginosamente los intersticios, refluía igual que un agua invisible, a través de las filtraciones producidas por la vibración de la máquina. Una vez más se preguntó, y no quiso formular la respuesta, sobre el porqué de esta compulsión que lo llevaba a escribir la historia no revelada de su enemigo.

Releyó el nuevo párrafo:

*«Asombrado, con la certeza de que volvía a ser un perseguido, un proscrito, Salgado se detuvo y aplastó el pucho del cigarrillo contra los adoquines. La calle se prolongaba incolora, como de sal, bajo un sol de vidrio, un sol que era más bien un espejo trizado, un leve fulgor tras las nubes, sobre la avenida que se alunaba sin vericuetos, recta hasta la alucinación, hasta el desaliento, sin escondites posibles. Había subestimado al hijo, se había subestimado él mismo, en cuanto testigo».*

En rigor, no se trataba de la verdadera historia, era sólo su probable derivación, una de las posibles derivaciones, la que Uribe hubiese deseado perpetrar y sobre la cual dubitaba, cercenado entre la imposibilidad inmediata de hacerlo y el imperativo brutal de la sangre. Ahora, el relato debía enfrentar el imaginario clima de la persecución y la huida, del acoso y el miedo, la visión de siluetas que esperan detrás de las puertas, en un zaguán, en cualquier esquina prevista, instancias que debía inventar en la no deseada pero necesaria suplantación de Salgado y él mismo.

Posó de nuevo las manos sobre las teclas, una vez más la máquina crepitó en la noche, perforó, deformó el silencio:

*«Salgado habría de presentir muchas veces, a lo lejos, el perfil de su perseguidor —escribió—, esta figuración que se aparecía de pronto, intrusa, en su vida, este mensajero de hechos que juzgaba olvidados.»*

La historia se tornaba ilusoria, se emborronaba en sus extremos, en su iniciación y en su término, no sabía incluso si lo que ahora escribía era el final o el principio. Las situaciones previstas para uno y otro, las que sustentaban la acción, eran simplemente inventadas, es decir, arbitrarias, infestadas de intrínseca irrealidad. En cambio, el núcleo del relato, lo que juzgaba su motivo central, la secuencia llamada a explicarlo todo y hacia la cual avanzaba la relación de los hechos, la que debía desencadenar un desenlace probable, era sin duda algo concreto, real, externo e impuesto a él, algo que persistía en su propia, desalada conciencia, como una quemadura. Esa parte todavía no escrita tenía, desde antes, una existencia autónoma y propia, era la realidad misma, su tangibilidad venía marcada por el olor áspero de la muerte: la revelación que, a la ahora de morir, le hiciera su padre.

Recordaba la tarde, la última, en que había fluido, como una ponzoña sobre el mundo, la crucial confianza. Sentado junto a la cabecera de la cama, miraba el temblor de los labios agónicos, el rostro chupado, la reducida carne, testimonios de reiteradas inapetencias; la mano, exhausta, casi transparente, era un alargamiento gris en la intensidad de la sábana. Denotando que aquel artero episodio se había convertido en el centro de gravedad de su vida y su muerte, la voz del padre, al evocarla, no obstante su debilidad, se hacía implacable, admonitoria, tornaba obsesa, una y otra vez, sobre la traición de Salgado, dibujaba, con esa memoria lúcida de los moribundos, los destinos de testigos y víctimas, de condenados y jueces, de pesquisas e inquisidores, seres tocados todos por el estigma, vidas derrumbadas, torcidas de rumbo, extraviadas, por la sola prevarica-

ción de un traidor. La voz paterna historiaba los días, jubilosos y quizás esperanzados, en que el grupo donde anidaba el judas preparaba lo que él aludía como conspiración. Durante meses, y aun años, se habían adiestrado, instruido, organizado minuciosamente, pertrechado incluso, a fin de ser ellos el grupo motor, los dirigentes y orientadores del levantamiento; habían volcado en ello todo el sentido y la energía total de sus vidas. Del grupo, el más entusiasta, el más disciplinado en los entrenamientos, el más radical si se quiere, había sido precisamente Salgado. Sólo que, desde un principio, aún antes de ponerse en marcha el proyecto, cuando recién comenzaban a agruparse, compelidos por la causa común, él, el traidor, tenía ya la misión de infiltrarse, ordenada en los altos niveles del gobierno, el avieso cometido de mimetizarse entre los conspiradores, ser uno más de ellos, si no el mejor. Pero todo eso no se supo hasta después, mucho después, cuando ya la rebelión abortada se había convertido en su exacta contrapartida, el saldo atroz que el moribundo acentuaba tenaz: el derrumbe, la dispersión de los sobrevivientes, las muertes, los años de cárcel, el paulatino desmedro. La delación parecía haber sido como una llama o lengua, helada y mortal, que terminaría por alcanzarlos a todos, que persistía en tanto no lograba cercarlos, reducirlos, matarlos; una fragua maldita que seguiría, por mucho tiempo, alimentándose de pruebas condenatorias, datos comprometedores, testimonios irrefragables. El resultado habría sido diverso según los casos: para unos, sería la muerte limpia y relampagueante, con las armas en la mano, cara a cara con los esbirros; para otros, la tortura, o la persecución y la agonía lentas y dilatadas; para unos pocos, el exilio, el alejamiento perenne; para los más,

la cárcel, la vida dilapidada entre los cuatro muros de la prisión, el silencio, el fracaso. Desde siempre, argüía la voz de su padre, se habría delineado el propósito de perseguir y ejecutar a Salgado; pero distintos obstáculos, entre ellos, como en su caso, los prolongados años de cárcel, habían impedido la realización del proyecto. Por su parte el traidor, debidamente recompensado y protegido, había desaparecido, a la espera, quizás, de que los otros, los traicionados, los sobrevivientes, fuesen muriéndose poco a poco; aguardando, en su propio, personal exilio, la muerte del postrero testigo. Este, por extraña casualidad, era justamente su padre. La voz paterna clamaba porque ninguna de sus revelaciones fuese olvidada; en la imprecación del agonizante se insinuaba, o se exigía, la indispensable venganza. Luego, la voz se había ido apagando, en un susurro rematado absurdamente por un sople de aire. Había sentido sobrecogedor el silencio consecutivo al susurro, acrecentada, la abrupta quietud, por la visión de esa cara lívida, por esos ojos fijos y ciegos, por la mano crispada para siempre en la sábana. Los recuerdos, a partir de ese instante, se fragmentaban, veía su propia mano cerrando los párpados, percibía después un olor caliginoso a ropas guardadas, a terciopelos sacados de baúles recónditos; escuchaba la crepitación de la cera, al tiempo que presentía el alargamiento de los cirios encendidos por los operarios de la funeraria, en torno al cadáver, el aura o halos que irradiaban las velas, semejantes a una constelación extraña e íntima, sobrevenida de pronto en la atmósfera opaca de la habitación. Escuchaba pasos, multitud de pasos, y al final, un silencio, el ataúd como un signo oblongo, indescifrable, un corte cegante, al cabo, el sincopado, sereno, ancestral rumor de las paletadas de tierra, hojas, y en

los árboles, silbidos de pájaros, todo como una lápida, y encima nubes, y nada.

La escena se reproducía íntegra en la página escrita, pero Uribe sabía que faltaba algo clave, lo que tal vez podía explicar la razón de la historia, eso que había empezado a entender, a descifrar, parado junto a la tumba apenas cerrada de su padre y que ahora, sobre la máquina de escribir, cobraba un sentido, una sensación de raigambre, de identidad asumida. Era la intelección del clima que había presidido su vida, esa inapetencia o frustración frente a todo, el huidizo, sórdido ámbito de la infancia, la adolescencia signada de interrogantes sin respuestas posibles, esta misma atmósfera de ahora y de siempre, ese silencio, este reclamo indetenible en la casa. Intuía fatalmente que en el principio, es decir, en un pasaje anterior a cuanto podía recordar, permanecía indeleble, eterna, como un dios oscuro y corrupto, la realidad insoslayable de la traición.

Sobre la página, aún fresca de tinta, la revelación volvía, pero enmascarada; aspiraba a fijarse como motivo central de la historia, pero eso era sólo un disfraz, la simulación, en una suerte de representación falsa, cifrada o incluso mediante lo que parecía ser su reproducción exacta, de lo que transcurría en el fondo: el relato real. Todo alcanzaba un cariz de sueño, pero de un sueño ominoso, deliberado. El propósito más inmediato podía ser la atestiguación de lo visto u oído y, en ese plano de irrealidad de la página escrita, promover la expiación del culpable, castigarlo en su contrafigura apenas imaginada del relato, cumplir en ella el riguroso acoso, ejecutar la sentencia anticipada desde la realidad, decretada ya en el desconocido pasado. La historia entonces se construía como una simbología o espejo de lo que ha-

bría debido suceder; pero cabía también la posibilidad de que esto no fuese sino una llamada mágica, una invocación en clave, para el acaecimiento, en la realidad, de lo imaginado. Juzgaba que su venganza, limitada por ahora al nivel falaz de lo escrito, podía, en un acto de peregrina taumaturgia, generar la verdadera vindicta, en el plano de lo real. Ensayaba así, casi ensañándose en el inasible alter ego de Salgado, todas las probabilidades, temporales e intemporales, de su tortura y castigo, de su persecución y muerte. Las incidencias, los personajes, la atmósfera que los acunaba, fluían, no interpretados, sino mimetizados en la falsificación de lo que en verdad eran, seres dobles, modelos y simulacros a la vez de sí mismos.

Inventaba la yuxtaposición de dos formas de infierno. Una, la suya propia, su dubitación, toda esta acerbidad, todo esto ambiguo y oscuro que le había sido impuesto, desde el instante mismo de la revelación de su padre. El tiempo de este infierno parecía delimitado, se iniciaba con la muerte del padre, debía concluir fatalmente a la hora aciaga de la venganza. La otra forma, la de Salgado, era más prolongada, infinitamente más honda, abarcaba el tiempo de la traición, el tiempo de la huida, el tiempo del exilio, llegaba a la instancia actual, a este ahora en que debía verificar que seguía siendo un proscrito; infestaba el futuro, aguardaba reiterado, cíclico, latente.

Pero esto tampoco parecía ser la verdad. Lo real, lo que ciertamente empezaba para Uribe era al revés: lo delimitado, lo que debía cumplir un ciclo determinado, era el destino de Salgado; en cambio, lo vasto, lo indefinido, lo que germinaba apenas, era lo suyo. Inclinado sobre la máquina, escribía:

*«Salgado y su perseguidor, es decir, el hijo del último sobreviviente de la traición, protagonizaban las dos caras de un mismo infierno; pero éste, para cada uno, era distinto, más bien inverso. Para Salgado, la visión de aquel que seguía sus pasos constituía, nada más, el final que esperaba desde hacía tiempo, desde el explicable pasado. Para el hijo era sólo el principio, la asunción de un pasado y un presente atroces, que gravitarían para siempre en la ya atormentada conciencia.*

*«El pasado —inquiría— aspiraba a reproducirse en un futuro eventual. La culpa de Salgado intentaba desaparecer impregnándose toda en la renovada, reciente culpa del hijo de su víctima. ¿Era ésta la siniestra, verdadera paternidad que empezaba a incubarse? La serpiente mordía la cola de otra serpiente, pero ésta, a su vez, y para sobrevivir, para perpetuarse, había de morder la cola de la primera».*

Uribe ametrallaba la noche y la noche se llenaba de extraños lamentos, de un solo inaudible lamento, hecho de voces y aun de rostros dolientes, figuraciones dotadas de sollozante voz, sonidos que no eran los de la vibración metálica de la máquina, que no eran los del hosco silencio agazapado detrás, a su espalda, pero que estaban allí, acechantes, preñados de confusa exigencia.

En ese desentrañamiento del pasado que se proponía, tentaba nuevos episodios, hechos que, aun cuando imaginarios, podían devenir significativos. El relato avanzaba tortuoso, fragmentado en planos diversos de acción y tiempo. Unos se contraían a la descripción del acoso —nivel donde se oponían, incesantemente,

su propia imagen, en cuanto hijo, y la del delator de su padre—. Otros, ahondaban en reiteradas inquisiciones, búsquedas para explicar las razones de la traición, o definir la sorda confrontación consigo mismo que debe ser la verdad de un traidor.

Inventaba a Salgado lejos, en ciudades extrañas, precariamente abismado en la efímera felicidad que le deparaban su impunidad, sus provisionales refugios. Lo imaginaba, en el transcurso de los años, vigilando, desde el anonimato, los movimientos, las vicisitudes, de sus antiguas víctimas; midiendo, en avieso registro, la probabilidad de sus muertes; contabilizándolas, cuando éstas se producían. Un juego siniestro y secreto, donde la factibilidad de ganar, el riesgo, se daba sólo si el apostador, el tahúr oculto, no moría antes.

Lo veía aferrado a los bienes o gozos, exiguos siempre, propios de una libertad transitoria, frágil, la del proscrito. Cada mueble, cada pequeña cosa adquirida, habrán sido los síntomas de un territorio entrañable, algo que oponer al duro cerco del exilio, un antídoto contra el miedo. Lo reconstruía aguardando, esporádicas, las noticias, agostándose en el clima nada salubre de la espera, acrecentada por la promesa de una liberación posible, conforme iban desapareciendo, una a una, las víctimas. Un día —especulaba-, habría llegado a Salgado la anhelada noticia sobre la muerte del último de los traicionados, el padre de Uribe. Salgado, dispuesto a volver, a fin de ejercitar lo que con seguridad había olvidado en el trajín de los años, esto es, la sensación de saberse libre, resguardado de inconcebibles, temidas venganzas, habría descubierto, sobrecogido, que aún restaba un testigo que no se podía eliminar ni acallar;

una vez desaparecidos los otros, emergía irrefutable el último, el que debía atormentarlo en el interior de sí mismo: *su propia conciencia*.

No obstante, impelido por la primera motivación del relato, Uribe ponía a trajinar a Salgado en las trivialidades del regreso y en las repentinas sorpresas que habría de depararle su reaparición en el mundo, el mundo de los que pueden mirar de frente, sin torvas presunciones en la pupila. Uribe desplazaba entonces la figura del hijo. La hacía evidente, perfilándola poco a poco, acentuándola en apropiadas instancias, como una no esperada fantasmagoría, en la despavorida visión de Salgado. Moroso, iba creando la atmósfera tensa, asfixiante de la persecución. En sus descripciones, la ciudad tendía a despoblarse, a volverse desolada, yerma, reducidos sus habitantes, cuando más, a vagas comparsas, trucas siluetas desdibujadas en el laberinto de las avenidas. En contrapunto, borroneaba, detenido y sutil, el paulatino crecimiento de la sospecha, del temor incluso, en Salgado. El ámbito reconquistado por el fugitivo, comenzaba a filtrarse de siniestros signos: misteriosas llamadas en mitad de la noche; sospechosos silencios al otro lado del teléfono; anónimos amenazantes, soeces; inclusive la aparición de una señal de muerte, el dibujo de una calavera, en la pared de su casa. Sobrevenían entonces las furtivas visitaciones del hijo, esa alucinación de sí mismo, de Uribe, a la enrarecida atmósfera de Salgado. En ese plano irreal del relato, solía colocarlo lejos, ensimismado en la persecución de Salgado, enfundado en grises impermeables, parado en esquinas oscuras, avanzando a través de calles desiertas, difuminándose en el término de un zaguán, o de un patio; en ocasiones, irrumpía

asombrosamente cerca, en peligrosa proximidad con su perseguido. Al final, en el remate de una secuencia de pesadilla, se concretaba la ejecución de Salgado, la esperada e insoslayable vindicta.

Uribe dejó la máquina, puso los papeles en una carpeta y se tendió en el sofá, acogido al silencio. Encendió un cigarrillo, al tiempo que iniciaba un tercer estadio: el sueño de lo relatado, la imposición de lo ya escrito, el sentimiento de que aquello fijado en el papel complementaba una frase; pero quedaba a la vez la sensación de algo inconcluso, de algo para siempre frustrado, que no terminaba y exigía cabal cumplimiento.

Tuvo, de pronto, la certeza de algo asombroso, la verificación de un perverso y no esperado milagro: alguien, o algo, acababa de cerrar la puerta de calle por dentro. Había escuchado nítidamente: primero, la queja furtiva, tenue, de la puerta al abrirse; luego, el chasquido metálico del pestillo. Uribe se irguió y, por unos instantes, aguardó rígido. Pese a que no se registraba ningún sonido, sentía, sin comprobación física, pero de una manera irrefutable y exacta, el riguroso desplazarse de alguien a través de la casa. Más allá de las paredes y las puertas cerradas, sus ojos podían seguir, paso a paso, el prefigurado, gradual acercarse del intruso, desde que iniciaba su itinerario en la puerta de calle y avanzaba hacia la escalera. Adivinaba la silenciosa evolución del extraño, su lento ascender por las gradas, y su asomarse esquivo en la penumbra del corredor; sentía, de repente, que una presencia se paraba ante la puerta misma de su cuarto, una figuración, todavía invisible, pero evidenciada en el aire, pronta a volverse palpable.

Con lucidez, con despavorida lucidez, Uribe comprendió que quien avanzaba en la desolación de la casa era Salgado. Un Salgado viejo, sin duda, posiblemente frágil, pero animado de una ineludible resolución. Alucinado, en un lapso más bien detenido, como en un intento inconsciente por divergir del otro, el tiempo imperioso y próximo planteado por el intruso, se proponía a sí mismo varias hipótesis por las cuales explicar esa insospechada incidencia o instancia. Pensó que Salgado, conoedor, o presumiendo no sin razón, que Uribe hubiese accedido a la verdad, mediante la revelación agónica de su padre, llegaba ahora para eliminarlo. Imaginó que, de algún modo, Salgado sabía de su intento por relatar esa revelación, por lo que venía en búsqueda del texto escrito, riesgo que entrañaba, a su vez, y en cualquier caso, la muerte o desaparición del potencial infidente, esto es, de Uribe. Pensó también que ese horror, ese Salgado introducido repentinamente en la casa, venía, no de la realidad, sino del centro oscuro del relato, hecho carne o sobrecogedora envoltura por arte de inasequible magia, amagando de pronto el mundo con su infamada figura, la imaginada por Uribe en su historia.

La realidad tendía a infestarse del clima inhóspito del relato. Su propio cuerpo, sus sentidos, transcurrían, parecían transcurrir, en el interior de la historia. O era acaso que la historia no había sido sino la transposición engañosa de lo que realmente estaba sucediendo afuera. Sólo que todo se desarrollaba al revés, en una dimensión adversa, en el momento mismo en que el intruso se acercaba más y más a su puerta, mientras pensaba que hubiera sido más fácil, más ético, ejercer la exigida venganza en el simple plano de lo real, allí donde la cum-

plen los simples hombres, en tanto se hacía ostensible, por primera vez, la respiración de Salgado y Uribe se erguía, y uno y otro, no sus sombras, iniciaban un lento reptar en la verticalidad del silencio, separados apenas por la delgada membrana de la puerta, al tiempo que la verdadera confrontación, el cierto y no esperado desenlace empezaba.

## CONCLUSIÓN DE LA ELIPSE

**D**e pronto, el teniente Cándel ha atestiguado ante nosotros su historia. En rigor, no se ha propuesto relato alguno, nada ha contado, pero su desplante, el metálico resonar de las botas en los adoquines, la brusca jactancia atinente a su adiestramiento en el país del norte, la alusión al miedo que por ello, le tendremos en breve, todo salpicado de carajos sordos, parecidos a escupitajos, entre mierdas que caen sobre nuestras caras, a pleno sol, como mierda misma, todo ello escenificado frente a la erizada línea de las bayonetas, más acá de los cascos inmóviles de los guardianes, lo identifica y perfila en lo que es, presta a la realidad un espantajo más, un adverso sentido.

Ahora, el problema radica en sacar a Cándel de mi propia historia. De antemano, juzgo todo intento infructuoso; ambas, su vida y la mía, se han cruzado definitivamente, el futuro a partir de este instante se entinta, en la figuración de una corrugada página, con la escritura rapaz de la angustia. Como en las líneas de la mano, ha tenido lugar una intersección misteriosa. Sólo que el punto en que se produce lo estimo arbitrario, la fricción extrema de dos trayectorias que bien pudieron encontrarse de mil maneras distintas, en otras circunstancias, bajo otros cielos.

Debo confesar que, frente al azar, hay un dato preciso, algo que, provisionalmente, es aún mi secreto, algo que Cándel no sabe, puesto que no me ha reconocido. Hallo que este seccionamiento, este atravesarse de los dos en un punto, ahora, es más bien un reencuentro, configura el final de una elipse. Camuflado entre los presos que han hecho esta tarde, en el asalto a la Universidad, observo a Cándel, trato de recordarlo o señalarlo como era entonces, cuando ambos pertenecíamos al mismo barrio, a la misma jorga, solamente que él, en esta instancia, puede desplegar sobre mí su control omnímodo, y yo, nada más, me reduzco a ejercer un poder fingido, esto que me permite dilucidar su existencia, su metamorfosis y, si acaso, juzgarlo.

*(No era demasiado distinto a nosotros. Su compleción, recia. Su humor, desdeñoso, acre. Parecía albergar un afán de herir, allí donde más podía doler o alcanzarte inerte, desamparado: la revelación de un secreto de familia cuidadosamente guardado, por ejemplo, o el sacar a luz un defecto, una tara, alguna oculta mariconería, cosas de las que no sabíamos cómo lograba enterarse. Su obsesión, o su juego, una vez que obraban en su poder los datos confidenciales, era encararnos con la verdad, confrontarla en público, promover careos, enrarecer la atmósfera hasta el límite de la rabia descontrolada, del llanto, del asco. Eran, por decirlo así, juegos involucrados en la propia dinámica de la jorga. No era muy diferente del resto. Nos probaba, nos probábamos todos. Lo veo en los partidos de básquet, tratando de desmoralizar a los contrarios, insultando soez a los de su propio equipo, cuando cometían errores. Más tarde, cuando empezábamos a dispersarnos, porque uno se iba a vivir a otro barrio, otro entraba a la universidad, otro a los*

*Estados Unidos, etcétera, lo perdí de vista. Supe que se había hecho cadete. Un día, una sola vez, lo volví a ver en una fiesta. Saludó distante, comprendí que habíamos emprendido caminos irreductibles. No supe más de él).*

Me doy cuenta, es una impresión oscura, que las líneas por las cuales se traza esta elipse, nuestras propias vidas, pudieron cortarse, una a la otra, mucho antes. Siento, sin embargo, que esto es también un afán ficticio, una impostura de mi angustiada conciencia. Lo que se me antoja ondula en un plano inasible, ilusorio, es la sospecha de haberme encontrado ya, previamente, con Cándel o, para decirlo con mayor exactitud, con algo como él, algo o alguien que lo prefiguraba, que lo anunciaba, cual si la parábola entera hubiese sido ya seccionada por tangentes análogas en el pasado, en un crescendo que anticipaba su fatal, su definitiva interposición en mi vida. La impresión es la misma que tenemos cuando, inmersos en una situación dada, creemos haberla vivido ya en un tiempo anterior, un tiempo extrañamente cíclico, entre seres u objetos de parecida disposición y textura. ¿Dónde?, es difícil saberlo, pero no pudo ser allá, en esa zona que ha quedado indeleble, único asidero de la memoria, allí no podía ser, en nuestro barrio, en el ámbito de nuestra jorga, cuando éramos iguales. Lo que cobra forma, sospecha, en mi mente, surge después, o estaba también allí, estuvo siempre, encubierto en disfraces diversos, sólo que cada vez ha ido perfilándose con mayor nitidez, con creciente certeza, hasta llegar a este enfrentamiento en el límite, aquí donde yo y Cándel somos meros arbitrios, encarnaciones de algo que se repite, que se reproduce incesantemente, con otras caras, con paralela estructura, en la piel y en la entraña de todo lo que existe.

Ahora, en medio de este ceremonial despiadado, una vez que nos ha lanzado su verdad a la cara, como una bofetada, en tanto lo veo desplazarse a pocos metros de mí, erguido en la escenografía macabra de las bayonetas, lo descubro semejante a un simulacro o personificación de eso precisamente, de eso aborrecible que pugna por hacerse carne e infamarnos con la rotundidad que logra en este mismo momento y recobro entonces, de pronto, las múltiples figuraciones de Cándel entrevistas, en un plano de discontinuidad o de pura apariencia, desbastadas o casi borradas de mis recuerdos, a lo largo de esa curva elíptica que indefectiblemente me deja en esta conclusión de secuencia. Lo veo, y percibo que nunca dejé de intuirlo, mimetizado en correlativas, equivalentes representaciones, entre disimulos o caricaturas, intentos, quizá no fallidos, de esto que es, ya, en este presente, certidumbre, tangibilidad, cotidiano. La memoria se infesta de este arquetipo llamado Cándel, reproduce los mismos gestos agónicos en otras sinónimas situaciones, arroja un parejo resultado de miedo o de odio, cada vez, por ejemplo, que debía presenciar las distintas formas de la sevicia, en cada relación donde uno ejerce su fracción del poder generalizado y otro la necesaria contrapartida, esto es, el sometimiento, el desmedro, el morir; en cada instancia donde un Cándel asume o asumirá el disfraz con que esta totalizadora ignominia, este vasto mal, se acentúa y afianza su imbricación en el mundo. Y siento de repente, otra forma del horror. Comprendo que, de alguna manera, por un azar del destino, podían haberse intercambiado los papeles, que bien podía ser yo el que se desplazara por la perversa curvatura de Cándel y él encontrarse aquí, en mi lugar, entre los detenidos, y yo allá, enmarcado por

las bayonetas, allí donde un ser que no es el de entonces, el de mis recuerdos, gesticula bestial, uno al que han programado para esta representación ahumana, esta parodia, uno del que han logrado esta perfecta mutación, hecho ya sólo para matar, para infringir vilezas atroces.

La revelación, ahora, es completa y empaña el aire, humedece la atmósfera, desciende, es como una esponja abisal escapada de una realidad subterránea, hecha de una materia similar a la que ha usado Cándel para enhebrar sus palabras. Unas horas más y estaremos, cada cual en la distinta dimensión del tormento, uno a uno nos harán entrar en celdas arcanas, nos cubrirán con la acostumbrada capucha y serán, luego, ya los azotes, ya la inmersión en el agua, ya las agujas, el extravagante artefacto que utilizan para arrancarnos las uñas, los armatostes inverosímiles de donde nos cuelgan o en los que descoyuntan, el acercamiento medido y sutil a los propios excrementos. Serán, las dúctiles artimañas, el terror de no saber, cegados por la capucha, si estamos o no al borde de un precipicio, la repetida amenaza de fusilarnos, las noticias sobre supuestas muertes, fingidas delaciones de familiares y amigos. Serán, cada vez, otros más elaborados engaños o estigmas, la creación de sofisticadas, siniestras formas de sobrevivencia, o de lenta agonía, la gota de agua que cae reiterativa sobre tu cráneo a través de los años, el espacio lleno de crecientes, interminables chillidos, o la oscuridad también, conclusiva, excluyente, en una noción de tal manera inacabable de tiempo que, al final, el más leve susurro, la claridad más fugaz, son a la vez otras tantas heridas, lacras que no podrán borrarse jamás, enloquecedoras.

Recordaremos entonces al teniente Cándel, cada palabra suya cobrará una lucidez precisa, una clarivi-

dencia, un espesor profético que ahora, en este instante en que termina de testificarnos su historia, es todavía perplejidad o sorpresa, pero que más tarde, a cierta hora no prevista en mitad del tormento, frente al mismo Cándel, será, quizás, el deseo de tornar contra su cuerpo el filo de un puñal, de una aguja, o de volver hacia su propia carne el cigarrillo que tendrá encendido en la mano, tal será el grado ambivalente de desesperación o de miedo al que habremos llegado, tal habrá de ser la común condición de asesinos en que intentan convertirnos a todos, verdugos y víctimas.

## COSAS DE ÁNGELES

Torno a sufrir la extraña experiencia, lo que no quise admitir, pero que no puedo ni debo negar ahora, esta sensación de marginamiento o exilio, este saberse brutalmente excluido.

Arcangélico, el niño revolotea a mi alrededor. Se posa al borde mismo de la luz, es decir, donde ésta se vuelve frontera con mi propia sombra. Allí está, pequeñísimo, ¿dos?, ¿tres años?, sonrosada la cara, mirándome inquisitivo, asomándose artero a mi intransferible ámbito.

Y por encima de todo, el dolor. Un dolor que persiste absorto o planea sobre mi cara, un dolor que palpita y repercute en las sienes, que palpita él y no la carne, que toca el oído, fusilazo ciego bajo los párpados. El niño más allá, movedizo. Intermitente presencia. Un horizonte de adultos al fondo, en el extremo del corredor. Al otro lado del ventanal, un patio, la vaga figuración de un jardín. El dolor, este dolor ebrio, este garfio en el cuello, superpuesto cual máscara letal en el rostro.

Ámbito. Dolor. Extrañamiento. Palabras. Palabras ahora usuales. ¿En qué momento se inician? ¿En qué momento aparece, o empieza, este exilio? No puedo creer, me niego a creer, en una diferencia de conformación, o de especie, con los demás. Juzgo ello imposible, puesto que precisamente el haber demostrado la iden-

tividad, mi identidad con los restantes adultos, pareciera ser la raíz de este acoso, de esta suerte de enajenación forzosa en que hoy me debato. Frente al espejo, suelo palpar con sospecha la piel; ante las vitrinas, subrepticiamente, me pongo a comparar mi figura con las de los otros. Y no puedo, no logro encontrar diversidad alguna con respecto a mis semejantes, siento angustiado que participo de su unicidad y, sin embargo, que de algún modo soy otro, distinto.

¿De dónde entonces esta alteridad, esta sensación de desprendimiento, como una hoja, como una fruta podrida, de lo que es uno y claramente indistinto? El dolor me ciega, me impide pensar, fagonazo o cuchillo metido entre los maxilares, hueso nuevo que nace, ininteligible, y se instala implacable.

De pronto, el dolor simula concederme una rápida tregua, como si refluyese a una dimensión contigua, conexas, y aguardara latente. Es, lo reconozco, un armisticio mínimo, sé que volverá más agudo, y no es verdad que haya desaparecido del todo, hay un amago de dolor en el hombro. Más allá, el niño, casi transparente, aleutando en la luz. El niño. Niños. Un tal Onetti, uruguayo, plantea un aserto cuyo contenido confluye, misteriosamente, con mis propias investigaciones. Los niños, hemos dicho los dos, y ello parece ser el principio de este acoso, de esta expulsión reiterada, los niños, repito, esas frágiles entidades hechas para llenar de bullicios y gritos las casas y los domingos, éste que me mira curioso y maligno casi en mi propia cara, no son, en rigurosa lógica, los adultos que veremos mañana, los que deberán relevarnos en la tarea de existir o sobrevivir. Son, simplemente, toda verdad es simple, seres de una distinta especie. El dolor vuelve, torna sordo, pero cierto,

acentúa su garra, su garfio, en el rostro. El dolor es una risa atroz, o puñal, que me escinde, que me desequilibra entre la gelatinosidad y la sangre que siento en la boca, y esta especie de paralización marmórea del cuerpo que también duele, y es glacial, y parece anticipara la muerte. Dolor ciego, reverberando autónomo como un halo siniestro en el aire.

Presumo que la hostilidad, el asombro, lo que experimento esta tarde, en este preciso instante, no son más que los atributos con que se invisten los poseedores de la verdad. Lean, si quieren, las vidas de Giordano Bruno, Galileo, Calístenes de Olinto, ese que negaba la divinidad de Alejandro. La verdad es una aguja en la silla que incomoda a los contemporáneos. A veces, lo digo desde esta esquina del dolor, que es provisional, lo sé, esperando que la aséptica máscara del dentista se abata sobre mi rostro, en ocasiones, la reacción que se produce contra lo nuevo, contra lo verdadero, conduce a meticulosos ajusticiamientos, a un generalizado clima de persecución o de miedo que abarca, ya no sólo una vida, sino el lapso agónico de varias generaciones.

El dolor reptá, sigue sinuoso el trajín de las venas, lo infesta todo, la saliva, este sabor a sangre, la mejilla hinchada y pútrida, manos que aprietan la cabeza y agarrotan el cuello.

El niño regresa y se para en el límite de mi sombra. Me sonrío y provoca, en mí, una mueca torpe; me atisba burlón, casi avieso, diría. La mirada de la madre, en el fondo, registra la turbación de mi rostro. Comprendo su propia inquietud, su asquerosa expectativa. Les entiendo a todos, sé que es difícil admitir esa divergencia de especie, la que yo proclamo, con seres cuya presencia nos obsede cotidianamente, que nos cercan con sus mil

ruidos y aun con juegos y trampas alucinatorias, a los que a diario debemos vestir, alimentar, limpiar, castigar inclusive. Situados, como están, en la realidad misma que me rodea, mi negación me ha colocado, como antaño a Calístenes, en el núcleo de un infierno donde ellos, los niños, o sus padres, sus amorosos progenitores, devienen obsecuentes demonios, resplandecientes flagelos.

La negación, mi negación, como otras veces a otros hombres, me expulsa, me separa del paraíso. Y siento, el dolor es sólo la antítesis, un extraño alivio, una suerte de libertad congénita, a la que nada, ni nadie, ningún poder constituido, logra constreñir. Hace ya tiempo entendí que no decir la verdad, acatar la otra verdad relativa, era como pasar de largo frente al árbol prohibido, pero, eso era sólo la aceptación de un paraíso engañoso, su revés exacto, el infierno mismo. Transgredir lo prohibido equivale, así, a libertarse, a ejercer esto que precariamente llamamos libre albedrío. Pero el precio es, sin duda, demasiado alto, es entrar para siempre en el multiplicado laberinto del acoso.

He aprendido a vivir en la periferia, o, por decirlo de algún modo, en el otro lado. Utilizo ahora, de manera deliberada, un lenguaje de alegoría, arcaico. Admito que todo cobra para mí una distinta perspectiva, los parques me parecen irreales, como vistos en otras tantas dimensiones del sueño. Una calle, una casa, la habitación más simple, traslucen una atmósfera ajena, que está y no está, casi excluyente. A ese limbo se acercan a veces, se insinúan, los perfiles de estos seres pequeños y angélicos, a los que niego identidad con la mía, con mi propia sustancia, y los veo apenas de soslayo, con alarma, como lenguas de fuego en trance de consumir el

ámbito en que me refugio o medito, mi sombra. El dolor remarca esta ilusión del edén perdido, la hinchazón señala mi inexorable condición de carne.

Ensimismado, contemplo los arabescos de las baldosas. Al otro lado de los vidrios, y no ciertamente para mí, el sol de la tarde transfigura el patio, resbala en la pila de piedra, siembra de profusos destellos el jardín que, sorpresivo, casi un vitral, se aparece un punto más allá de lo que en realidad es, cargado de penumbras, húmedo, frondoso. Plantas cuyo nombre desconozco se arrastran, a modo de reptiles inmóviles, para erguirse abruptos, igual que serpientes, sacudiendo en el aire inopinadas floraciones. Un viejo árbol tiende sus ramas en el suelo musgoso, en una impronta, asimismo, de un añoso reptil. Helechos hembras descienden, como medusas desde maceteros oscuros. Pienso de repente que lo que veo podría ser un trasunto del paraíso, una imagen del arquetipo, descubierta por mí, accidentalmente, en la ilusoria extensión del jardín. Luego, el dolor borra los perfiles, me limita a mí mismo, mi escueta sombra.

Torno a mirar las baldosas, mis propios pies. Assumo las diversas máscaras que el dolor pareciera ejercitar en mi rostro, caras aviesas, inasibles, superpuestas una a la otra, hechas de hielo, de fuego, de barro, de horror tan sólo. Máscaras yuxtaponiéndose en aquellarre furioso sobre mi cara perdida, mi faz hueca, ahondada en el puro, único, indeleble universo impuesto por el dolor. Y de pronto, otra vez, más cerca, la siempre eludida presencia. Alzo los ojos. Allí está. Remarcada. Resplandeciente en la luz, corriendo, brincando, regresando puntual y ominosa, celeste, vigilando impertérrita la cruel descomposición de mi carne. Más allá, están los adultos. La madre, sentada en el extremo opuesto a mi

silla, sigue atenta la gesticulación de mi cara. No puedo evitar que afloren al rostro mi aturdimiento, una hosca sorpresa. En las demás sillas, otros adultos observan mis reacciones, no miran al niño que me acucia con su sonrisa, su travieso ademán; es en mí donde clavan sus ojos.

No sé qué hacer. Supongamos que respondo a su risa, la mía saldrá forzada, ridícula, la hinchazón completará lo grotesco, los demás sorprenderán mi contracción torva. Si extendiendo la mano, alguien verá el gesto ficticio, forzado, el niño entenderá quizás una velada amenaza, el efecto será contraproducente. Si, por el contrario, conservo mi seriedad, mi frialdad inclusive, recibiré miradas desaprobadoras, se sentirán incómodos, veré, si la veo, en el extremo del salón, una madre angustiada, herida, en trance de agredirme con una palabra, un insulto. Vuelvo a sentir, nítida, esta condena, este marginamiento. Entiendo los rostros de los adultos, caras adustas, graves, como un tribunal que no está ahí, en la sala de espera, sino en otra parte, pero que se transparenta ahora, llega hasta mí de una manera imperiosa, inflexible. El niño es sólo la prueba definitiva, el mensajero, la trampa.

Al fin, el niño se desplaza, saltando, entre los sillones. Pero yo he comprendido. Unos minutos más tarde, sé, me encontraré en la temida silla del dentista que, para otros, seguirá siendo un simple horror, nada más. Para mí, en cambio, será una más de las tantas formas de expiación, de una sola y nunca acabada expiación, una vindicta que es al cabo nuestra identidad radical, nuestra condición esencial, definitiva, sin apelaciones posibles.

## RETORNOS

Porque desnudo y de nuevo  
sin historia vengo...

JORGE ENRIQUE ADOUM

**Y**es entonces, como de la soledad y el desmedro, del fracaso y el tedio, esta manía de volver, la nieve del tiempo blanqueando la sien, este regresar, los muertos a recoger sus pasos, las ratas a su cubil, Ulises a Itaca, los dioses desde el destierro, y yo también, al cabo, detenido en una esquina del tiempo, contemplando de nuevo al barrio, en la tregua que me da el encender un cigarrillo, en la impostura del humo, en mi ojo las mismas casas viejas, las fachadas que la noche torna de un gris gradual, como de negro a negro y casi blanco, visto todo en distancia, los techos erguidos sucesivamente en la oscuridad, la vereda de nuestras correrías, un jirón de niebla colgado de los alambres, en los postes del alumbrado. Y una presencia también, la certeza de una presencia, alguien, o algo, vigilándome.

Y es verdad, como que estoy aquí, aunque sólo fuera para hacer un alto, desde otra noche y otra edad, casi desde otra ciudad, buscando, no la tangible evidencia de estas casas y estos paredones, sino ese otro barrio incólume, no desdibujado, de la memoria, ese otro rumor, ese cierto rumor inacabado que pende al fondo, en lo secreto de uno mismo. Fuera mejor, quizás, que no mirara, o que viera todo apenas en la epidermis, con la pupila falaz del turista, precariamente, pero no es posible

al iniciado dejar de sentir lo entrañable, lo que yace bajo la piel, la pátina en que se reconoce y recobra, en tanto vuelve para rescatar acaso una imagen, una sola imagen, algo que podría ser, nada más, un descascaramiento en la pared, una grada desvencijada, un zaguán, o un patio, o toda esa leve decrepitud que se advierte en las casas, allí donde intuye deben latir las cosas abruptamente familiares, equívocas y, sin embargo, propias, sólo de uno.

Me adentro ahora en la calle, en su ámbito que es a la par reconocible y desconocido. La recorro en un tiempo no actual, en una instancia atemporal en que regresan, tras cada vidrio, en la hondura de ciertas puertas, en el espejismo de la calzada, rostros, siluetas, ademanes, truncas partes de escenas, palabras, vibraciones de la memoria que juzgaba perdidas. La necesaria enumeración de los nombres en que me empecino, mientras observo una a una las casas, acusa, de pronto, un cariz, un tono de evocación, de llamada, que es casi un cántico, la brusca imaginaria de la nostalgia. Las casas parecieran animarse en una reverberación, un súbito fulgor humano, hacerse fugaz vitral donde, por un instante, amagan con reencarnarse los rostros de quienes vivieron en ellas. Aquí las Loor, allá los Uribe, los Martínez, los Borja, el Mora, Freddy, Javier, las Tamayo, las Herrera, las Egas. En esta puerta, puedo adivinarme en un antiguo acceso, abrazado a una núbil silueta, su pelo, sus ojos infantiles, todo su recuerdo carnal, simulan restituirse, para mí, desde la penumbra. Divago, rescato olores, el resplandor marmóreo de un hombro, por ejemplo, la opaca luna de otra cabellera, miedos atroces, un golpe de revés, reiterados orines en los callejones, un beso, un grito, una silueta amada que huye, o que me imagino

que huye, la voz del pájaro espectral, como una lápida, desde el cielo. Arriba, en la esquina opuesta, bajo la lámpara de mercurio cuya luz se circunscribe a sí misma, unos jovencuelos se divierten y patanean, inconscientes aún, seguros de la efímera eternidad de la calle y del barrio, dueños de la perenne tangibilidad de esta noche, sus carcajadas son la sola estridencia que horada este nuevo y viejo trajín, el mío. En el borroso dibujo, entre sombras, vuelvo a reconocerme, tiritando en la esquina semialumbrada, una fotografía descolorida, desmemorias. De repente, me descubro parado ante una casa precisa, mi propia casa, la que vendieron con los retazos de aquellos años irreductibles. La casa me mira desde su absurdo presente y las secuencias se suceden vertiginosas, aun cuando inconclusas, en el riesgo inútil de ponerme a recordar todo, como si de verdad me estuviese muriendo, iniciando este viaje al revés, esa singladura sin regreso porque es el regreso, el destino fatal de los muertos. La certidumbre de alguien muy cerca, alguien como un soplo helado en mi propia piel, me detiene. Es, o parece, invisible. O es, quizás, una transfiguración de mí mismo, una máscara de mi ser vigilándome desde otro tiempo.

El humo del cigarrillo simula una niebla reciente sobre la calle antigua, ancestral, una pregunta que no alcanzo a decir, pero la calle intenta contestarme y es, de pronto, la noche, esta noche la que desaparece, pero el barrio es el mismo, los dioses desde el destierro, Itaca, una hora crepuscular, casi roja, los techos superpuestos en la falda del volcán que preside la ciudad, la ciudad que yace en su propio cuenco, luminosa, ondulante, el barrio, un cierto rumor que retorna, algo inmarcesible, esas voces, esos gritos, esas llamadas, siluetas recorrien-

do esquivas la multiplicada distancia de nuestros ojos, un clamor en el fondo, un imperativo poder, como un grito agudo, un absorto reclamo en alguna parte. Luego, la noche, esta noche de ahora, sin respuestas, sin causas.

Me pregunto si alguien de los que conocí, permanecerá todavía en estas casas, tras los deteriorados visillos. Los demás, fuimos arrasados por la marea que nos llevó, a unos, a las ciudades del norte, a nueva york, chicago o los ángeles; a otros, a los barrios nuevos, a las casas más grandes y limpias y vastas, a las construcciones que una clase más poderosa sembraba como señuelo, como trampa que imitar y donde mimetizarse. En la resaca, unos pocos más desaparecieron, simplemente se los llevó el viento, o fueron tal vez los años, las viles argucias de la ciudad, sus dispersiones, su desmesura. El barrio, sin embargo, siguió, seguirá poblándose y repoblándose, en una creciente, renovada superposición de restos; con distintos, si bien análogos oficios.

La noche es una alta y sonora bóveda. Fluyo entre lo real y lo irreal. De pronto, lo reconozco, he llegado hasta el borde de una ciudad más bien extraña, en el espejismo o extremo de algo que ya no es, que apenas persiste en la tenaz sobrevivencia de las paredes, en sus signos externos. Pudiera, igual, estar en cualquier otra parte, en la sonoridad soñada, lúcida, de otras ciudades, bajo otras ventanas, transfigurado por ajenas iluminaciones, enfrentado a deseadas perspectivas. Pudiera ser esto Tánger, por ejemplo, Marsella, Dakar, nombres fragorosos, apariciones con prestigios marinos, evocación sobre un término que no fue ni será y que, no obstante, espera siempre, más allá de los mares nocturnales y azules. Pero el barrio reaparece, otra vez, erguido en la niebla como un remordimiento de conciencia, una

fantasmagoría, nada más, algo definitivamente extraviado al galope de muchas tardes, emborronado entre los dibujos que otros niños, nuevas generaciones de niños han dejado grabados en estas paredes.

De repente, insoslayable, abrupta, es, de nuevo, la sensación, la certeza de una presencia. Lo mismo que sentí el otro día, solo, en el restaurante. Entonces, tuve la impresión de que no era yo mismo, sino otro, un ser solo, un ser irrevocablemente solo en medio de la ciudad, asomado, en el tráfigo de ese mediodía, como una cifra extraviada, sobre el restaurante desierto. La percepción era aún más compleja: replanteaba algo atávico, algo todavía informe, no reconocible, pero ya instalado dentro de mí, una baba ajena adherida a mi ser, una suerte de vigilancia, algo que volvía y se reencarnaba y es, acaso, lo que esta noche me empuja, ciego, en este regreso. De pronto, sobrecogido, veo aparecerse alguien que sí conocí, alguien cuyo nombre no supe nunca y, frente al cual, un ejercicio constante, por un prolongado lapso, fue el barruntar la entraña de su vida, sus horarios, su posible origen. Aterrado, contemplo su ilusoria evidencia, desprendiéndose del claroscuro el perfil familiar, en tanto avanza, el impermeable flotando en el aire, las solapas alzadas, tal como en otro tiempo. Lo reproduzco nítido en la memoria: solíamos observarlo, me acuerdo, desde la ventana de la sala, siempre a la noche, como a las nueve o las diez, el frío se reconocía en el vaho, en la inmovilidad glacial de los muros, no sabíamos exactamente dónde vivía, quizás, pensábamos, en uno de esos cuartos dispuestos, a manera de enigmas, al fondo de las casas; presumíamos en él uno de esos inquilinos cuyos cuartos perseveran secretos, cerrada la puerta, movilizándose sus ocupantes a horas no usuales, a horas

que son intersticios al margen del transcurrir del reloj, aparejadas de tal modo que, al darnos cuenta, cuando creíamos conocer por fin el rostro del misterioso habitante, simplemente no estaba. Oíamos, o, mejor dicho, presentíamos, en el silencio, el leve resonar de sus pasos; lo mirábamos alejarse, enfrascado en el imperioso trajín de su soledad; recuerdo, incluso, haberlo atisbado ciertos mediodías, arrebuja su silueta en el fondo de algún café, solo, estricto, y ahora, como cumpliendo el final de un ciclo o prevista consigna, lo veo adelantarse en la noche, torno a mirar su rostro traslúcido, al tiempo que pasa junto a mí, sin mirarme, fantasma nada más, la obsesiva obstinación de los muertos marcada en los ojos, vuelto sobre sí mismo, y, mientras se aleja, hasta difuminarse en la niebla o en el silencio, soy yo el que avanzo, yo el que me desplazo, desde mi noche de ahora sobre otra noche, antigua, espectral, otra noche inopinadamente superpuesta a la mía, y comprendo, con mi impermeable, con el humo del cigarrillo detenido en el aire helado, las solapas alzadas, que él se ha ido a una hora no rescatada de otra edad, entreverada, apenas sí, en la memoria, y que yo regreso, yo, o él, al cabo somos la misma figura, la misma soledad, el mismo ir y venir, adentrándose, mi sombra, mi perfil, mi mano, todo en un intervalo o fase que se reitera, sobre la calle semilumbrada, larga.



## ÍNDICE

Francisco Proaño: magia del estilo y del enigma, por Cristóbal Zapata	09
--	----

### OPOSICIÓN A LA MAGIA (1986)

Oposición a la magia	17
Caronte	25
Recordadas secuencias	37
Difusos bajo una luz cegante	43
Dispersión de los muros	50
De bicéfalos y otros	57
Registros en una humedad	80
Proposición del enigma	97
Vértigos últimos en la antesala	114

### LA DOBLEZ (1986)

La doblez	125
Reconstituciones del caos	130
Recordando el mar	138
Iniciaciones	145
Desimaginaciones	154
La heredad de los otros	160
Noción de ceguera	166
Retorno a la serpiente	182
Conclusión de la elipse	196
Cosas de ángeles	202
Retornos	208





Esta edición de OPOSICIÓN A LA MAGIA *seguido de* LA DOBLEZ  
se imprimió en el mes de enero de 2026,  
en los talleres del PrintLab de la Universidad del Azuay,  
con un tiraje de 300 ejemplares.  
Para su diagramación se utilizaron tipografías  
de la familia Minion Pro.





La verdad, igual que siempre, es distinta. Sólo yo puedo saber, o reconocer, que he sido atrapado en la irreversible tela de araña. No importa el tiempo que permanezca fuera de casa y disponga ficticiamente de mí mismo. El ojo-núcleo, la cara-matriz, la vagina concentracionaria, que aguardan en el centro de la telaraña, saben que ésta puede extenderse infinitamente, nutrida, nutridora en sí misma, y que siempre yo deberé emprender el regreso, en el renovado, repetitivo ceremonial de la reconstitución, del retorno. Reconstrucción, reedificación, rehacimiento, restauración, resurrección, reversión. RE, diosa desconocida de la duplicación, de la persistencia cruel, de la inmovilidad circular, de la recurrencia abismal y doblemente opresiva. Ella, mi mujer, ha rehecho el mundo a su medida y alcance, y se ha colocado en el centro. Todo lo demás gira alrededor suyo, pero la ignominia de que he hablado no radica allí...



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora

ISBN: 978-9942-54-024-9



9 789942 540249